

FLACSO (FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES)

SEDE ARGENTINA

TESIS DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

“La palmada invisible”: aproximaciones a la espacialidad, el trabajo y las relaciones entre vivos y muertos en un cementerio del conurbano bonaerense

Autora: Agustina L. Padula

Director: Dr. Nicolás Viotti

Buenos Aires, diciembre de 2024

Resumen

La presente tesis tiene como finalidad el abordaje de las relaciones entre espacio, actores sociales y muertos en una necrópolis del conurbano bonaerense. Nuestra unidad de análisis serán los trabajadores del cementerio. Sobre la base de un trabajo etnográfico realizado en el cementerio Central de San Isidro entre noviembre de 2022 y noviembre de 2024, pretendemos dar cuenta de diversas formas de construcción de la espacialidad y de la memoria colectiva, así como también de las experiencias de los actores en torno al trabajo mortuario. Finalmente, analizaremos las relaciones entre vivos y muertos y las diferentes instancias de mediación que relevamos en el trabajo de campo. De esta manera, nuestro trabajo pretende realizar un aporte a las reflexiones sobre las prácticas y los espacios funerarios en el conurbano de Buenos Aires.

Palabras clave: cementerio, trabajadores, espacialidad, muertos, mediaciones.

Abstract

The purpose of this thesis is to address the relationships between space, social actors and the dead in a cemetery in the Buenos Aires suburbs. Our unit of analysis will be the cemetery workers. On the basis of an ethnographic work carried out in the Central Cemetery of San Isidro between November 2022 and November 2024, we intend to account for various forms of construction of spatiality and collective memory, as well as the experiences of the actors around mortuary work. Finally, we will analyze the relationships between the living and the dead and the different instances of mediation that we found in the fieldwork. In this way, our work aims to make a contribution to the reflections on funerary practices and spaces in the Buenos Aires suburbs.

Keywords: cemetery, workers, space, dead, mediations.

Agradecimientos

A todo el plantel docente de la Maestría en Antropología Social de FLACSO, sede Argentina, por estos años de formación y aprendizaje.

Al Dr. Nicolás Viotti, por su predisposición, por ser un gran guía y saber encontrar siempre orden en medio del caos.

A la Lic. Graciela Blanco, por su exhaustivo conocimiento de los cementerios del municipio y porque, en gran medida, esta tesis es también una larga conversación con ella.

A los trabajadores, extrabajadores y vecinos del cementerio Central, por compartir conmigo sus experiencias, saberes y el amor por la necrópolis.

A los/as compañeros/as de FLACSO, UNSAM, UNTREF y de la vida, con quienes compartí conversaciones sobre esta tesis, en algún momento del proceso.

A mis familiares y amigos/as, que me acompañan en este y en tantos otros caminos. A quienes ya no están físicamente, pero acompañan de otras maneras.

A Nacho Rodríguez, por estar siempre.

A mis ahijadas, Victoria y Francesca, porque insuflan vitalidad.

Índice

Introducción	4
Capítulo 1: El espacio del cementerio	22
1.1. San Isidro y los espacios de la muerte	24
1.2. El cementerio Central	31
1.2.1. Antecedentes históricos	42
1.3. La construcción social del espacio	48
1.4. A modo de conclusión	59
Capítulo 2: Los trabajadores y la “cultura” del cementerio	60
2.1. Las clasificaciones profesionales	62
2.2. El trabajo mortuario: del distanciamiento a la empatía	65
2.2.1. “Como estatuas”: la invisibilización	69
2.2.2. “Olor a cementerio”: las rutinas	71
2.3. Reflexiones generales sobre la muerte	72
2.4. “Se perdió la cultura del cementerio”: el clima de época y los cambios... 74	
2.5. A modo de conclusión	82
Capítulo 3: Vivos, muertos y mediaciones	83
3.1. Los regímenes de mediación entre vivos y muertos	85
3.1.1. “Agua con olor”: el régimen naturalista	85
3.1.2. “Que hay algo, olvidate”: el régimen encantado	87
3.1.3. “Cosas raras”, "casualidades", "cosas fuertes": el régimen híbrido/intermedio	95
3.2. Mediaciones y mediadores	99
3.3. A manera de conclusión	101
Consideraciones finales	102
Bibliografía	105

Introducción

En el año 2016, una colega y yo tuvimos la posibilidad de hacer un recorrido guiado por uno de los cementerios del partido de San Isidro. Nuestro guía, en ese entonces, era uno de sus más antiguos trabajadores. Esta visita vino a ratificar nuestras percepciones acerca de los saberes presentes entre quienes cotidianamente habitan el cementerio. Saberes que hicieron visibles sitios que nunca hubiésemos visto por nuestros propios medios y que dan cuenta de un dominio particular de la espacialidad. Todavía conservo mis anotaciones de ese día. La finalidad era conocer el cementerio y hacer un primer relevamiento, con miras a preparar una ponencia para un futuro congreso. No era la primera vez, ni sería la última, en que recorriese una necrópolis, y en muchas de esas instancias he sido acompañada por otros/as que mediaban esa experiencia: educadores, guías especializados, gestores/as culturales, historiadores/as, arquitectos/as, responsables del área de patrimonio, investigadores en general, entre otros/as. Sin embargo, la particularidad de este recorrido es que quien nos presentaba el espacio era un trabajador de campo, es decir, uno de los encargados de llevar a cabo tareas como la inhumación, exhumación, traslado de ataúdes y urnas y mantenimiento de las áreas comunes. En ese acto de narrar la necrópolis, de seleccionar qué mostrarnos y qué omitir, de nombrar, explicar, ordenar las tumbas e incluso compartir las experiencias cotidianas con nosotras hay formas específicas de construir el espacio. En ese sentido, entendemos que algo de la forma de conocimiento de los trabajadores que pasan todo su día allí puede ser una forma de conocimiento válida en sí misma y, además, puede ser una forma de conocimiento válida para la propia antropología. Esto es así en la medida en que la perspectiva etnográfica que asumimos sobre el cementerio, como para este trabajador, lejos de pensarlo como un escenario o el telón de fondo en el que se desarrollan determinadas acciones, lo entenderá como un *lugar practicado* (De Certeau, 2000).

Ante esto, surgen algunos interrogantes: ¿Cómo son los vínculos entre esta necrópolis y el barrio? ¿Qué prácticas llevan a cabo en este cementerio quienes lo habitan cotidianamente? ¿En qué medida los actores que se vinculan con él lo constituyen? ¿En qué medida el cementerio los constituye también? ¿Qué significa para ellos el “trabajo” en torno a la muerte? ¿Qué relaciones se establecen entre vivos y muertos en este sitio? ¿Cómo se conjugan o entran en tensión la materialidad y la dimensión existencial? ¿De

qué maneras opera la espacialidad como mediación (humanas, materiales, espirituales) en las relaciones entre vivos y muertos?

Esta tesis busca poner en diálogo diferentes dimensiones de la investigación en torno a cementerios. El universo al respecto es múltiple y plural, de modo tal que aquí mencionaremos algunas aristas, sin pretender agotar el vasto campo de estudios. Por un lado, existe toda una línea que ha cobrado mucha fuerza en las últimas décadas y que tiende a focalizar en las características artísticas, arquitectónicas, simbólicas, históricas de estos sitios, para instalarlos dentro de la categoría de “patrimonio funerario” (Blanco, 2020, 2021a; Golfieri, 2018; Maronese, 2005; Meo Laos y Padula, 2011). Sobre la base de la idea de poner en valor los espacios funerarios, no siempre limitados a las necrópolis, estos trabajos se orientan a darles visibilidad y a bregar por su protección. Algunos de ellos se inscriben en una vertiente que propone pensar los cementerios como museos a cielo abierto. En los últimos años, es frecuente encontrar, además de visitas guiadas/mediadas (López y Roco, 2011) y recorridos turísticos, obras de teatro, espectáculos musicales, entre otros, que tienen lugar en estos sitios o que son concebidos especialmente para ellos¹. Por otra parte, se ha desarrollado recientemente una antropología de lo funerario que me interesa explorar. La etnografía aplicada a los espacios funerarios exige no solo la presencia del investigador/a en el campo, sino, fundamentalmente, la centralidad de la interacción con diferentes actores, cuyas experiencias pueden o no coincidir con las lecturas preexistentes sobre el espacio. En otras palabras, los estudios antropológicos sobre la muerte y, más específicamente, aquellos que han abordado el espacio del cementerio son cruciales para la comprensión del modo en que este se habita cotidianamente. Considero que es necesario poner en relación ambas formas de conocimiento, porque en su complementariedad se manifiestan matices e interrogantes que enriquecen las miradas sobre el espacio y sobre los actores.

¹ A manera de ilustración, mencionaremos tres ejemplos actuales. "Una obra más real que la del mundo" (en su sexta temporada, en cartel en 2024) es un recorrido teatral de la compañía La Mujer Mutante que transcurre en el Sexto Panteón del cementerio de la Chacarita, diseñado por la arquitecta Ítala Fulvia Villa; "Nada de carne sobre nosotras" (2019, en cartel en 2024), es un espectáculo dirigido por Analía Couceyro, sobre textos de Mariana Enriquez, concebido como un proyecto *site specific*, es decir, para representarse en cementerios; "Funebria" es un personaje ficticio creado e interpretado desde 2011 por la investigadora y performer Verónica Meo Laos para promover la valoración del patrimonio funerario.

Mi recorrido académico parte de la Literatura y de la Gestión Cultural. Mi interés por el cementerio como espacio empieza a formalizarse alrededor del año 2009 y mi tesis de grado tiene como objetivo la aproximación a los cementerios desde la perspectiva de la gestión cultural (Padula, 2013). La antropología, como formación de posgrado, me ha permitido incorporar más herramientas para pensar los cementerios en relación con los actores que los constituyen. En este sentido, entendemos que hay diversas vías de acceso para el análisis de estos y que no deberían ser excluyentes. Sin embargo, para comprender las lógicas del espacio y, en términos más generales, para reflexionar en torno a las prácticas vinculadas con la muerte esta tesis busca explorar las perspectivas de los trabajadores, actores clave y no siempre considerados.

Esta tesis, entonces, se propone explorar las formas de practicar el espacio, el trabajo en torno a la muerte y las relaciones entre vivos y muertos desde la perspectiva de los trabajadores del cementerio y analizando, particularmente, las instancias de mediación (diferentes tipos de tumbas, ofrendas, historias, sonidos, sensaciones, animales, los mismos trabajadores). A continuación, describiremos brevemente el estado del arte de los estudios socio-antropológicos sobre la muerte y los cementerios y, finalmente, cerraremos esta introducción con una reflexión teórico-metodológica sobre el abordaje de este trabajo.

Los estudios sobre la muerte y lo funerario

Autores como Philippe Ariès (2012), Norbert Elias (2011), Louis-Vincent Thomas (1991), Vladimir Jankélévitch (2006), entre otros, han reflexionado, en términos generales, acerca de la relación del ser humano con la muerte en occidente. Ellos caracterizaron, con ciertos disensos entre sí, el discurso hegemónico moderno occidental en torno a la finitud. A grandes rasgos, la muerte entra en tensión con varios de los principios de la modernidad: la racionalidad, la experiencia de la individualización, el proceso de secularización, el despliegue de la ciencia, la “productividad” de los sujetos en el marco del sistema capitalista. De esta manera, la muerte se camufla, se invisibiliza, se mediatiza, se vuelve un asunto a ser resuelto por terceros. En esta serie de estudios, la muerte también se delimita espacialmente. Hay lugares específicos para morir, para depositar los restos, para vincularse con los muertos que son el resultado de esquemas de racionalización específicos: los cementerios modernos constituyen así un sitio de

confinamiento literal y existencial, atravesado por las ideas higienistas de la época y por una concepción de muerte que se va alejando del ámbito de lo familiar.

Desde el punto de vista de la antropología, es decir, del registro y análisis de formas de entender y vivir la muerte en espacios de alteridad con respecto a occidente, existe una gran cantidad de trabajos. Un hito en el análisis de las relaciones entre vivos y muertos es *Do Kamo*, obra en la que Maurice Leenhardt (1961) analiza la noción de persona entre los kanaks de Nueva Caledonia. En el campo antropológico es posible, además, reconocer tres etapas diferentes en lo que a investigaciones sobre la muerte se refiere (Duché Pérez, 2012). La primera comienza a fines del siglo XIX con las corrientes evolucionistas, se extiende hasta mediados del siglo XX y contempla, con sus variantes, autores como Tylor, Malinowski y Evans-Pritchard. Aquí la mirada está puesta en la religión y en la noción de alma, en los roles de las instituciones en el marco del funcionalismo, y en las relaciones políticas y de parentesco respectivamente. La segunda abarca desde el estructuralismo hasta la antropología simbólica e involucra a figuras como Levi-Strauss, Goody, Geertz, Harris y Rosaldo. En este periodo, interesa fundamentalmente la muerte en términos simbólicos y en relación con la cultura, se exploran los sentidos que se ponen en juego en los rituales y los vínculos que se entablan entre vivos y muertos, la demografía y la dimensión de las emociones. La tercera y última etapa, en los años '90, comprende los aportes de Shepper-Hughes y Augé a partir de miradas transdisciplinarias, relaciones de poder, la memoria y el olvido. En ese recorrido, entonces, la preocupación de la antropología por la muerte va centrando su mirada en diferentes tópicos: el alma, el sentido social, la cuestión del significado, la ecología y demografía, las relaciones entre vivos y muertos, las emociones, la modernidad y la memoria y el olvido (2012: 214).

En América Latina y Argentina, podríamos clasificar las investigaciones en torno a la muerte en tres vertientes: la primera remite a los estudios sobre muerte en general; la segunda, a las relaciones entre vivos y muertos y la tercera, a los cementerios. Sin pretender agotar este amplio campo de estudios, mencionaremos algunas investigaciones que resultan significativas en el marco de esta tesis.

Los estudios sobre la muerte en general

La compilación de Elizabeth Jelin y Victoria Langland (2003) explora, a través de diferentes artículos, las relaciones entre memorias y materialidades en América Latina. Un aspecto destacable de este texto en función de mi trabajo final es la preocupación por la escala. En efecto, el estudio de los “lugares de memoria” implica, para las autoras, la incorporación de la idea de escala, debido a que las marcas territoriales son “locales y localizadas” (2003: 14); no obstante, sus sentidos tienen distintos alcances. En el caso de la necrópolis aquí abordada, la cuestión de la escala es central, porque genera condiciones de posibilidad para muchas de las prácticas situadas.

Los escritos de Bárbara Martínez (2010, 2013) son sumamente relevantes, dado que presentan análisis en los que se construye conocimiento a partir de categorías “nativas” que demuestran la existencia de modos de vivir la muerte plurales, diversos y territorializados. Martínez (2013) aborda la idea de la muerte como proceso a partir de su etnografía llevada a cabo en El Cajón, Catamarca. La autora postula la no homologación entre la muerte y el deceso biológico. Considera los anticipos, los rituales, el viaje al mundo de los muertos y la inscripción del sujeto en otro orden: todas estas instancias, de acuerdo con ella, corresponden, no únicamente a la dimensión biológica, sino también a procesos sociales dinámicos (2013: 2682).

Hay muchos otros estudios sobre la temática que resulta importante mencionar, algunos de ellos son los de Laura Panizo (2010), Gandulfo (2019), Sandoval Ramos et. al. (2022), quienes analizan la muerte en relación con el terrorismo de Estado, la figura del desaparecido y las posteriores restituciones de identidad. Panizo (2018), además, aborda el caso de la restitución de identidad de los soldados caídos en el marco de la Guerra de Malvinas. En el contexto iberoamericano, Francisco Ferrandiz (2009) explora las complejidades de los procesos de exhumación de fosas comunes de la Guerra Civil Española y su inserción en el marco de políticas de "dignificación" o "rehumanización" de los muertos. Asimismo, indaga en los mecanismos de reconstrucción que llevan a cabo los familiares de las víctimas del franquismo y los activistas de la memoria en general para dar con las posibles fosas. Estas "topografías del terror" encarnan el entierro mal hecho, “infrahumano”, y exigen diferentes operaciones para lograr el *entierro digno*. Simultáneamente, estas "acciones de recuperación de la memoria" instalan la temática en el debate público.

Desde la arqueología, Alejandro Haber (2013) problematiza los marcos disciplinarios y las nociones de materialidad e inmaterialidad en el caso de los restos. Haber entiende que en la constitución de la disciplina arqueológica se entabla una relación con el pasado y con los restos que es “epistemológica, y no ontológica” (2013: 54). En otras palabras, la arqueología reproduce una relación asimétrica de poder y colonialidad que no se pone en discusión. Del mismo modo que en el seno de la modernidad occidental se gesta este binomio “colonizado y colonizador” como sinónimos de “conocido y conocedor” (2013: 55), se instala también la dicotomía material/inmaterial como instancias excluyentes. Es por eso que Haber propone una arqueología posdisciplinaria que se desplace “desde la epistemología a la ética” (2013: 57). De esta manera, “indisciplinar” la arqueología es cuestionar los postulados que la hegemonía moderna instaló mediante el disciplinamiento: las “rupturas entre pasado y presente, materia y espíritu, razón y sensibilidad, intelecto y afecto” (2013: 58). En línea con Haber, considero que, en gran medida, las ciencias sociales en sus orígenes son portadoras del discurso de una modernidad hegemónica que sostiene los binomios mencionados. Su mirada sobre los restos insta a construir conocimiento “en conversación con las teorías locales” y sobre la base de la idea de “relacionalidad” (2013: 58). Esta perspectiva se vincula directamente con el lugar de la reflexividad en la antropología.

Relaciones entre vivos y muertos

En Latinoamérica, algunos estudios relevantes son, por un lado, la obra coordinada por Juan Antonio Flores Martos y Luisa Abad González (2007), que reúne etnografías de la muerte en Iberoamérica, y el trabajo de Oscar Calavia Saez (1996), que investiga la muerte en relación con el espacio del cementerio en el contexto brasileño. Un artículo posterior de Juan Antonio Flores Martos (2014) indaga etnográficamente en los procesos de patrimonialización cultural de la muerte en sociedades latinoamericanas a partir de los casos de la Santa Muerte en México y de la adopción de NN en Colombia. Flores Martos refiere así a la categoría de “muertos vivientes” (2014: 116) y explora la influencia de la violencia y de la vulnerabilidad en el contexto del neoliberalismo para la producción de procesos de patrimonialización que se llevan a cabo “desde abajo”, es decir, a partir de los sectores subalternos. El autor menciona también algunos de los “muertos milagrosos” o “santos populares” latinoamericanos para trazar similitudes entre ellos. Además, destaca el lugar de la agencia de los “solicitantes”, quienes pretenden “recuperar la

iniciativa o parte del control de sus vidas cotidianas” (2014: 133), y de las relaciones de reciprocidad presentes en los vínculos con los muertos. Flores Martos señala a La Santa Muerte (con mayúscula), pero también a los “muertitos” o los “muertos con minúsculas” en los que los actores encuentran aliados para lidiar con las urgencias y la incertidumbre cotidianas. Estos serían “zombis” o “muertos vivientes literales” (2014: 136), categorías que instalan modos de existencia diversos y que tienen directo vínculo con la propuesta de esta tesis. En otro orden, los escritos de César Bondar (2013) tematizan la figura de los “angelitos” y lo sagrado en la región mesopotámica y parte del Paraguay fundamentalmente, desde una perspectiva vinculada con los estudios semióticos.

Los cementerios

Desde una perspectiva histórica y ya en el orden de lo nacional, el clásico libro de Luis Núñez (1970) describe cronológicamente el surgimiento de cada uno de los cementerios de la ciudad de Buenos Aires, partiendo desde el primer enterratorio. Como el cementerio Central de San Isidro nace a mediados del siglo XIX, está enmarcado en los discursos de la época y, en ese sentido, un breve recorrido por los cementerios porteños representa una aproximación a ellos. La diferencia entre los cementerios públicos y privados es postulada tempranamente en un escrito de Jesús Martín-Barbero (1981). Allí el autor compara el cementerio Central de Bogotá con un cementerio privado (“*Jardines del recuerdo*”) de la misma ciudad. Su lectura permite cotejar, a grandes rasgos, varias características relevantes de los cementerios municipales en contraposición con los de carácter privado. El carácter público, comunitario, social de la muerte en diferentes contextos históricos parece contrastar con la lógica preponderante de los cementerios privados, mercantilista e individualizante. En este sentido, en relación con mi trabajo, resulta relevante profundizar en las instancias de mediación existentes entre vivos y muertos en el marco de un cementerio municipal, en el que la pluralidad y heterogeneidad de rituales, expresiones, artefactos, objetos todavía es moneda corriente.

Una mención especial amerita el trabajo de Ana Sánchez (2020/2021), quien da cuenta de algunas categorías presentes en los trabajadores del cementerio para el caso de San Vicente, Córdoba, a través del análisis de los procesos de “subjetivación” y “objetivación” que llevan a cabo los empleados del cementerio. Sánchez afirma que los trabajadores operan como “intermediarios” entre el mundo de los vivos y el mundo de los

muertos. Además de precisar su metodología, en este artículo, la autora aborda particularmente las materialidades y la contextualización del cementerio como cuestiones insoslayables, lo que se conecta directamente con esta tesis. En otro escrito, Sánchez indaga en la “porosidad” entre los tratos considerados “propios” y los “impropios” por parte de los colectivos que manipulan restos humanos (Sánchez, 2021).

La tesis de Pablo Esteban (2017) estudia las maneras en que los trabajadores del cementerio de la Chacarita "intervienen" la muerte. Esteban describe el modo en que "los sepultureros, los cuidadores de bóvedas, tumbas y nichos, y los sacerdotes de las capillas construyen representaciones sociales a partir de sus prácticas laborales..." (2017: 5-6). Desde la concepción socio-semiótica de cultura, el autor postula la idea del cementerio como fábrica. A pesar de que la escala de la necrópolis en cuestión dista enormemente de la abordada en la presente tesis, y considero que la escala es un aspecto clave para comprender algunas de las prácticas del cementerio de San Isidro, es interesante recuperar varios aportes de este trabajo. Por un lado, se detiene en las transformaciones de las prácticas funerarias a partir del auge de la cremación y en las repercusiones que esto tiene para los cuidadores de tumbas y nichos; por otro lado, discute la tan mentada distinción entre el mundo de los vivos y el de los muertos, materializada en el espacio del cementerio como “ciudad de los muertos”. En efecto, a partir del análisis de las prácticas llevadas a cabo en el cementerio y del abordaje de este como "fábrica habitada por trabajadores vivos" (2017: 11), Esteban problematiza la distinción taxativa entre vida y muerte y su circunscripción a espacios específicos. Este escrito pone en valor, además, la perspectiva de los trabajadores, sobre la base de la idea de que son ellos quienes "la intervienen a diario" (2017: 12). Esta mirada, tantas veces invisibilizada o convertida en anécdota curiosa en los discursos mediáticos, es aquí analizada con sus complejidades. Como he anticipado, hacer foco en el punto de vista de los trabajadores, en sus prácticas y experiencias es parte fundamental de la presente tesis.

Hay una representación común, además, respecto de trabajar en cementerios, que circula fuertemente en algunos imaginarios e incluso cala en discursos de trabajadores de cementerios de diferentes lugares: es la idea de que enviar a alguien a trabajar allí es una forma de castigarlo. En diferentes contextos, y de acuerdo con las particularidades del caso, es una labor que se presenta como estigmatizada (Sánchez, 2020/2021), poco reconocida socialmente (Tuma et. al., 2005) o que se tematiza mediáticamente para vincularla con lugares comunes, como el morbo o lo tenebroso (Esteban, 2017). En

muchas ocasiones, cuando se hace referencia a las profesiones vinculadas con la muerte, se piensa en los servicios funerarios, en empresarios del rubro, en prácticas como la tanatopraxia o la tanatoestética, incluso en medicina forense, pero, aunque hay excepciones, no tan frecuentemente se registran las experiencias de los trabajadores de campo.

Un antecedente especialmente relevante es el trabajo de Brenda Canelo (2013), quien aborda el caso del Cementerio de Flores, en la Ciudad de Buenos Aires, como espacio de tensión y disputa entre diferentes actores con desigual distribución de poder. Si bien la escala es distinta de la del Central, el eje puesto en la espacialidad y el hecho de que se piense la necrópolis como un sitio con prácticas y usos reglamentados por el Estado hacen de este un texto clave.

Desde una perspectiva ligada al análisis sociosemiótico del discurso, el trabajo de César Cisternas Irrarázabal (2018) da cuenta de la percepción sobre la muerte de los trabajadores, específicamente, sepultureros, de dos cementerios chilenos: uno parque privado y otro de gestión municipal "tradicional". De acuerdo con Cisternas Irrarázabal, en la modernidad existen dos maneras de concebir lo sagrado: por un lado, la que manifiesta la religión, que liga lo sagrado a lo divino; por otro, la que postula la modernidad, que torna sagrada la racionalidad (2018: 147). El autor sostiene también que la sociología de la religión está indisolublemente ligada a los estudios sobre la muerte. A partir de la reconstrucción de las historias de vida y del planteo de una serie de taxonomías, Cisternas Irrarázabal compara los puntos de vista de los trabajadores de los dos cementerios. Una de las conclusiones a las que arriba es que la reflexión sobre la muerte está más presente en el cementerio municipal que en el privado, y vincula esto directamente con la espacialización: "En este sentido, la espacialización de la muerte –la forma en la que la muerte ocupa el espacio– determina la recurrencia del pensamiento en esta" (2018: 153). Encuentra así el autor una relación de determinación entre la racionalización de la muerte por parte de los trabajadores y la racionalización del espacio del cementerio. Además de la voz de los trabajadores, es esta relevancia de la cuestión espacial como mediación la que pretendo explorar en mi tesis. Respecto de este texto (Cisternas Irrarázabal, 2018), si bien considero que hay otras líneas de investigación y, fundamentalmente, muchos referentes en América Latina que aquí no son mencionados, en otras palabras, que se hace una reducción de los estudios sobre la muerte en América Latina, me interesa particularmente que el autor centra la mirada en la escasa

preocupación acerca de las relaciones sociales que existen en el espacio del cementerio y las percepciones que allí se experimentan. Considero que aquí la etnografía como modo de construcción del conocimiento tiene especial potencial.

En relación con la necrópolis en cuestión, es menester mencionar algunos antecedentes. El trabajo de Graciela Blanco (2021a) sobre el primer camposanto -ya desaparecido- y los dos cementerios municipales del partido de San Isidro es un aporte destacable, no solo porque permite cotejar algunos rasgos de estos entre sí, sino también por el relevamiento efectuado en el que interesa particularmente a los fines de este trabajo. Desde una perspectiva histórica, varios textos han dado cuenta de los hitos que culminaron con la constitución del cementerio Central como tal (Béccar Varela, 1981; Blanco, 2020, 2021a; De Masi, 2017; Rivero, 1999;). El trabajo de Pedro E. Rivero (1999), en el marco de la historia de la medicina en el partido en el siglo XIX, recoge archivos de la época y algunas fuentes secundarias bajo el título “Aportes para la historia del actual cementerio de San Isidro”. Rivero (1999) aquí construye una breve cronología que comienza con la problemática en torno al antiguo camposanto situado alrededor de la iglesia fundacional y la necesidad de erigir un nuevo cementerio y culmina con un reclamo salarial que el encargado de la nueva necrópolis efectúa en el año 1858 a las autoridades municipales (1999: 96-97).

Reflexión teórico metodológica

Los estudios sobre la muerte tienen múltiples aristas. El espacio del cementerio, además, ha sido abordado por ellos en numerosas oportunidades. Sin embargo, es menos frecuente la consideración de la perspectiva de los trabajadores. Como hemos observado en el estado del arte, estos actores, que habitan cotidianamente el espacio, no siempre son involucrados en las investigaciones.

En este sentido, esta tesis los propone como la unidad de análisis fundamental: nos concentraremos en las experiencias de quienes se desempeñan laboralmente en la necrópolis en cuestión y de vecinos que tienen o han tenido también un vínculo laboral con el sitio, es decir, de quienes desarrollan o han desarrollado actividades en torno a este espacio. De ahí también, nuestro título, que se desprende de una frase pronunciada en una entrevista por un trabajador de campo: “la palmada invisible”, expresión que refiere a que, muchas veces, a estos actores les toca consolar a otros en los momentos más

dolorosos, pero que no dejan de pensarse como “invisibles” (y podríamos decir, “invisibilizados”) ante los demás.

El partido de San Isidro cuenta con un total de tres cementerios, dos municipales (el Central y el de Boulogne) y uno privado, además de la posibilidad, desde diciembre del año 2022, de inhumar las cenizas de un familiar o allegado en el cinerario de la parroquia de la Catedral. El cementerio Central, en el que realizo trabajo de campo desde noviembre de 2022, fue inaugurado el 29 de julio de 1855. Este cementerio se encuentra actualmente en el área céntrica de la ciudad. Es pequeño (1,50 hectáreas) y puede recorrerse a pie. Mi objetivo general es tematizar las formas de habitar este espacio cotidianamente a partir de tres dimensiones: la construcción de la espacialidad, el trabajo mortuorio y las relaciones entre vivos y muertos desde la perspectiva de los trabajadores del cementerio. Mis objetivos específicos son describir las prácticas de los actores en relación con el espacio; analizar sus teorías sobre categorías como “muerte”, los “muertos”, los “restos”, el “cementerio” y “trabajar en el cementerio”; explorar las diferentes formas de mediación y la construcción de redes entre muertos, objetos, vivos; reconstruir diferentes formas de vínculo y relación con los muertos apuntando a componer un escenario de pluralismo ontológico específico.

Entonces, consideraremos especialmente las prácticas de los trabajadores de la necrópolis, quienes desempeñan sus actividades allí cotidianamente, así como también las de diferentes actores que se vinculan o han vinculado laboralmente con ella de alguna manera, de modo tal que están subsumidos en la categoría de “trabajador”. En este sentido, cabe aclarar que la población “nativa” serán las personas que realizan algún tipo de actividad en el cementerio. Durante el trabajo de campo, he interactuado con diferentes actores que sistematizaré a continuación: trabajadores de campo, cuidadores particulares, extrabajadores, empleados de seguridad, empleados administrativos, vecinos/as, una guía de turismo especializada, visitantes, el administrador y representantes de diferentes iglesias.

En primer lugar, encontramos a los trabajadores de “campo”: se trata de trabajadores del cementerio en relación de dependencia, es decir, de empleados municipales, a cargo de tareas diversas por fuera de las administrativas (inhumación, exhumación, mantenimiento de los espacios, traslado de ataúdes, por ejemplo) y que se llevan a cabo en lo que ellos denominan “campo”, es decir, en todo el cementerio menos en la Administración. Están

a cargo del capataz. El número es fluctuante, actualmente, en promedio, son once personas, sin embargo, durante la mayor parte de la etnografía eran alrededor de siete.

En segundo lugar, hallamos a los cuidadores particulares: personal que es contratado directamente por las familias para cuidar o mantener las bóvedas o nichos de un determinado panteón. No son trabajadores en relación de dependencia. En general, se desempeñan desde hace muchos años en el cementerio, y también lo hicieron sus padres, de modo tal que tienen un espacio, un pequeño cuartito en el que permanecen cuando no están en el campo. Están en el cementerio todos los días en el horario de siete a once aproximadamente.

En tercer término, mencionaremos a los ex trabajadores: hemos podido conversar con una de las personas que más conoce el cementerio y que se ha desempeñado en él durante más de diez años.

En cuarto término, están los empleados de seguridad: se trata de personal contratado encargado de cuidar la seguridad en el cementerio. Muchas veces, colaboran en otras tareas también.

En quinto lugar, nombraremos a los empleados/as administrativos/as: se trata de personal en relación de dependencia que se ocupa de tareas administrativas (registro en los libros, cobros, asesoramiento en general). Son dos empleados y una empleada.

En sexto lugar, mencionaremos a los vecinos/as: se trata, fundamentalmente, de algunos/as comerciantes que tienen o han tenido algún vínculo laboral con el cementerio y que son vecinos/as de él, de modo que los consideraremos dentro de la categoría de trabajadores.

En séptimo lugar, encontramos a una guía de turismo del municipio especializada en patrimonio funerario: se trata de la encargada de generar y organizar recorridos por la necrópolis. Además, podemos agregar otras categorías como visitantes, es decir, deudos y allegados de los fallecidos; el administrador actual y representantes de diferentes iglesias.

Esta tesis gira en torno a las primeras seis categorías fundamentalmente. En términos generales, y a los efectos de mantener el anonimato, consideraremos el término “trabajadores” para denominar a los diferentes tipos de actores que se desempeñan laboralmente en la necrópolis y haremos algunas salvedades cuando el caso lo amerite.

El análisis de las prácticas situadas sobre la base de la etnografía como modo de construcción del conocimiento (Guber, 2004; Rockwell, 2009) me permitirá caracterizar las prácticas de los actores, contextualizarlas y ponerlas en diálogo con perspectivas teóricas pertinentes. El trabajo de campo se llevó a cabo sobre la base de la observación participante, en un periodo que se extendió desde noviembre de 2022 hasta noviembre de 2024. En este sentido, en un primer momento, mi interés estuvo puesto sobre todo en un espacio del cementerio que conocí gracias al recorrido guiado ya mencionado: el osario. Por sus características generales y por ciertas interacciones que había visto con él de parte de deudos, mis primeras visitas al campo -que implicaban siempre un recorrido por el cementerio en general y conversaciones con los distintos trabajadores- se focalizaban en el osario. Sin embargo, el campo me puso sus límites: las charlas informales con los trabajadores tuvieron cada vez más relevancia y un tiempo después comprobé que el osario no presentaba la variedad de prácticas que sí involucraban otras secciones. De manera tal que, si bien el osario está considerado en esta tesis, es leído en términos de su pertenencia a la necrópolis en general y destacado cuando resulta significativo para los objetivos aquí planteados. De manera consciente, además, he recortado mi pretensión inicial de investigar sobre los diferentes actores que se relacionan con el espacio. Después de un tiempo, comprendí que el mundo de los trabajadores en sí mismo ya implicaba información suficiente. Sería interesante, en un futuro análisis, continuar con el trabajo de campo, pero incluyendo a otros actores, como los deudos y allegados que asisten al cementerio.

La observación participante implicó, en este caso, conversaciones informales con los diferentes actores. Muchas de ellas se desarrollaron cuando ellos/as efectuaban sus actividades: caminando por el cementerio, mientras realizaban alguna tarea de limpieza/pintura en una tumba o llevaban algún insumo de un lugar a otro lugar, cuando cerraban una bóveda o mientras asistían a alguien. Asimismo, realizamos algunas entrevistas en profundidad en función de conocer las perspectivas de trabajadores, extrabajadores, vecinos. La gran mayoría de las interacciones fueron cara a cara, lo que entendemos que aportó mucha información, no solo a la exploración del espacio y a la reposición de la mirada de los actores sobre él, sino también a la dimensión vincular: de alguna manera, con el paso del tiempo, ellos/as comenzaron a preguntar por mí y a naturalizar mi presencia en el campo. Solo una de las entrevistas fue realizada telefónicamente, por cuestiones de distancia geográfica; todo el resto tuvo lugar en la

necrópolis o en sus proximidades. Hay algo de la materialidad de la necrópolis y de la centralidad que tiene en esta tesis que viene a ratificar una de las premisas de la antropología: la importancia de estar ahí (Malinowski, 1986). Esto puede ser muy complejo de entender al comienzo del proceso, sobre todo, cuando los lineamientos del trabajo están definiéndose, pero cobra total relevancia con el transcurso del tiempo.

Durante mi trabajo de campo, nunca grabé las entrevistas con mis interlocutores. Esta decisión, más allá de ser recomendada por la colega que me presentó a los trabajadores, tuvo que ver con la incomodidad y el condicionamiento que en este caso representaba la grabación. Esto lo decidí también a partir de una de mis primeras visitas al campo: yo conversaba amablemente con dos trabajadores a quienes acababa de conocer y, en un momento, se me ocurrió consultarles si les molestaba que les hiciera “algunas preguntas”. Mi comentario no tenía ningún sentido, dado que ya las estaba haciendo, solo explicité lo que estaba sucediendo. Uno de ellos me respondió que no tenía problema; el otro, sin embargo, se retiró de la escena. Me di cuenta en esa ocasión de que las conversaciones informales eran una herramienta mucho más eficaz que las instancias más estructuradas. Elementos como el grabador, además, en este contexto, iban a condicionar a mis interlocutores, de manera tal que opté, desde el primer momento, por anotar todo en una libreta. Estas anotaciones, lo más exhaustivas posibles, eran convertidas en texto una vez terminado el trabajo de campo de ese día. Entendemos, siguiendo a Latour (2021), que la escritura es una forma de mediación y que el texto es un mediador. Nos parece importante ser conscientes de eso. Sin embargo, en nuestro caso particular, optamos por implementar un método menos invasivo para registrar lo relevado, que fue la escritura. En varias oportunidades, los protagonistas de esta tesis me hicieron comentarios sobre el acto de escribir, como por ejemplo, después de hablar largo rato conmigo y mientras yo tomaba nota: “¡Hoy anotaste, eh!”. O, respecto de algo que me dijeron y les pareció importante: “Anotalo”. Por el contrario, también me han dicho, después de algún comentario y asumiendo que el escrito terminaría en una publicación: “No lo pongas en el libro”.

Esta tesis implicó, además, el relevamiento de datos históricos y el análisis de material de archivo, como el expediente de creación del cementerio, de 1852, es decir, el trabajo con fuentes primarias para reponer el contexto histórico de surgimiento de la necrópolis. Asimismo, hemos indagado en escritos y presentaciones realizadas previamente sobre ella. Consideramos también fuentes diversas, como artículos de revistas especializadas del sector funerario, noticias y textos de divulgación, entre otros materiales. Mi

experiencia en el campo, entonces, implicaba la asistencia al cementerio y un recorrido por él, así como las conversaciones con diferentes actores. La participación en otras actividades, como visitas guiadas y ceremonias religiosas llevadas a cabo en este cementerio, me permitió vislumbrar, además, otros modos de habitar el espacio. Paralelamente, durante estos dos años traté especialmente de participar en diferentes propuestas que tienen como marco el cementerio, para indagar en diversas formas de experimentarlo y resignificarlo. De esta manera, asistí a visitas guiadas en este y en los otros dos cementerios del municipio, participé de presentaciones de libros y de visitas nocturnas en otras necrópolis, fui espectadora de dos obras de teatro que tuvieron como escenario diferentes cementerios.

Algunas categorías de análisis

Las categorías centrales que consideraremos en esta tesis son espacialidad, memoria colectiva, trabajo mortuorio, relación humano-no humano/relación vivo-muerto, mediación.

La espacialidad es una noción clave, dado que inmediatamente se manifestó como relevante en el campo: los trabajadores tienen sus propios hitos en el cementerio, sus propias formas de denominación y de reconocimiento de algunos sectores, sus propias percepciones y formas de practicar el lugar. Lejos de pensar el espacio como una instancia dada, pretendemos caracterizarlo para dar cuenta de cómo los trabajadores lo construyen. Las contribuciones de Michel de Certeau (2000) serán fundamentales para emparentar las prácticas con la dimensión material y, dentro de ella, con espacios y objetos. En esta línea, entenderemos el espacio como un *lugar practicado* (De Certeau, 2000) y tomaremos los aportes de diferentes autores/as que han indagado en las lógicas de producción de este (Canelo, 2013; Gordillo, 2010a, 2010b; Visacovsky, 2008).

En vinculación con el espacio, surge la noción de memoria. El cementerio es y ha sido abordado en múltiples oportunidades desde diferentes miradas, muchas relacionadas con procesos de patrimonialización, que lo entienden como un lugar de memoria. Así, simultáneamente es reservorio de historias, espacio artístico, simbólico, arquitectónico,

lugar de manifestación de creencias² y ritualidades, fuente educativa. En estos procesos siempre tiene radical importancia el modo en que se conciba la categoría de patrimonio. Pretendemos jerarquizar aquí la mirada de quienes se desempeñan cotidianamente en la necrópolis porque entendemos que son actores fundamentales en cualquier proceso vinculado con el cementerio. La categoría resulta relevante debido a que la necrópolis, entonces, es un espacio de memoria en general, pero, sobre todo, se liga a formas de memoria colectivas y barriales (Halbwachs, 2004). La memoria, además de ser concebida desde la temporalidad, debe pensarse en relación con la espacialidad, dado que no existe memoria en el vacío y que el espacio es siempre un campo de tensiones (Gordillo, 2010a, 2010b).

El estudio de David Sudnow (1971) sobre el estatuto del “trabajo mortuorio” viene a instalar las especificidades de los quehaceres en los que el vínculo con la muerte está a la orden del día y nos permite explorar, de esa manera, las experiencias de los trabajadores, así como también los modos de lidiar con las tareas que se les presentan cotidianamente.

Para indagar en las relaciones entre humanos y no humanos y explorar las distintas formas de mediación, resultan relevantes los aportes de Bruno Latour (2021), pues la noción del actor-red permite explorar lo social como un tipo de relación y no darlo por sentado (Latour, 2021: 19). Del mismo modo, entender a los actores como tales posibilita explorar sus agencias, las instancias de mediación que los involucran (Latour, 2021: 60) con los matices que les son inherentes y no desde un prisma que busque enmarcarlos en categorías preexistentes. Así, nos proponemos indagar en la red entre materialidades, inmaterialidad, actores, actantes e instancias que operan como formas de mediación.

Es necesario destacar que, además de relaciones entre humanos y no humanos, existen relaciones entre vivos y muertos. Esto significa que el muerto puede revestir de formas de humanidad. Para explorar las diferentes lógicas, consideraremos algunos aportes de Vinciane Despret (2021, 2024). La filósofa belga refiere a la necesidad de dejarse “instruir” en las investigaciones sobre esta temática. Caracteriza específicamente las relaciones entre vivos y muertos, un tipo de agencia media entre ellos, diversos “modos

² Entendemos el término “creencias” aquí como una construcción que tiene valor de verdad. Nos parece importante aclarar, entonces, que no concebimos la “creencia” como un orden que se opone a una “realidad” o como una categoría contrapuesta a la idea de “conocimiento”. Para un recorrido por los sentidos de la categoría, ver Williams y Robertson (2023).

de existencia” y la necesidad de instaurar a los muertos en un lugar. Bárbara Martínez (2013) nos proveerá de un marco conceptual para explorar la muerte como proceso y un universo de prácticas vinculadas con ella, en el que diferentes agentes tienen roles diversos.

Estructura de la tesis

Esta tesis consta de tres capítulos. El primero está destinado a presentar una breve caracterización del partido de San Isidro y de los espacios funerarios que existen dentro de sus límites. Luego, nos detendremos en la descripción general del cementerio Central de San Isidro, y en su historia, en función de dimensionar sus orígenes y su relación con otras necrópolis surgidas en contextos próximos. Para culminar este capítulo, abordaremos algunas de las prácticas que los trabajadores llevan a cabo en el espacio para constituirlo como tal. Indagaremos en las relaciones que se tejen entre trabajadores y necrópolis a partir del valor histórico y del respeto en torno a este espacio, que se conecta con la imbricación entre la necrópolis y su barrio en la memoria colectiva.

El capítulo dos tiene como finalidad dar cuenta de la principal unidad de análisis de esta tesis: los trabajadores de la necrópolis. Recordemos que, si bien incluiremos aquí a algunos vecinos, estos tienen o han tenido algún tipo de vínculo laboral con el cementerio, de modo tal que son una variante de la misma categoría. Consideraremos aquí algunas clasificaciones profesionales para organizar sus trayectorias y su vinculación con el cementerio. Exploraremos cómo es trabajar con la muerte cotidianamente, qué aspectos de sus quehaceres les resultan difíciles, cuáles han naturalizado, cómo los actores se desplazan entre el distanciamiento y la empatía. Consideraremos aquí la temática de la invisibilización y las rutinas que ponen en juego en el día a día para separarse del ámbito laboral. En una tercera sección, nos detendremos en las transformaciones, si es que han ocurrido, que trabajadores registran respecto de sus propias concepciones sobre la muerte. Asimismo, este capítulo tiene una sección que tematiza lo que los propios actores han denominado "la cultura del cementerio" y que leeremos en relación con la noción de "nostalgia". Como protagonistas y testigos privilegiados, ellos explican las principales transformaciones que se sucedieron a lo largo del tiempo respecto de los usos del espacio en cuestión y que sintetizan en tres cambios primordiales: el generacional, el producido por las crisis económicas y el que se materializa en la práctica de la cremación.

El capítulo tres tiene que ver con las relaciones entre humanos/no humanos y vivos/muertos desde la perspectiva de los trabajadores. En este sentido, pretendemos explorar las instancias de vinculación y mediación a través de tres regímenes diferentes que hemos propuesto para sistematizar lo relevado en el campo: el naturalista, el encantado y el híbrido/intermedio. Si bien este capítulo explicita algunas nociones que hacen a uno de los objetivos de la tesis, entendemos que está indisolublemente unido a los capítulos anteriores: no es posible arribar a él sin las caracterizaciones previas y, sobre todo, sin comprender antes el papel crucial que juegan los actores. Finalmente, retomaremos los principales tópicos propuestos a manera de conclusión.

Capítulo 1: El espacio del cementerio

“Es un ícono. Un lugar sagrado”.

Expresión de un extrabajador.

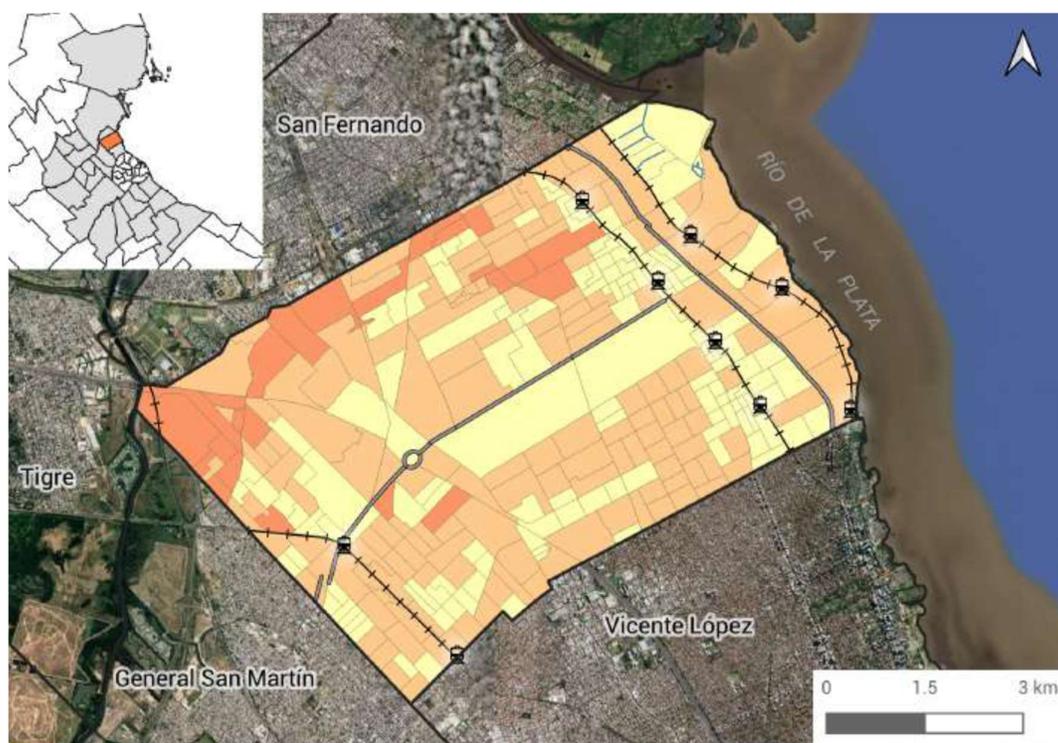
En este primer capítulo abordaremos la construcción social del espacio del cementerio Central desde la perspectiva de los trabajadores. La idea axial que rige los diferentes apartados que presentaremos a continuación es la noción de espacialidad: nuestro punto de partida es que esta se constituye a través de las prácticas de los actores, tal como sostiene Michel de Certeau (2000). Concebir el cementerio desde esta mirada nos obliga a indagar en aquello que los actores sociales hacen y dicen en torno al espacio.

El capítulo está organizado en tres secciones. En primer lugar, caracterizaremos sucintamente el municipio de San Isidro y los espacios funerarios presentes en él. Desarrollaremos, así, una breve comparación entre los cementerios del mismo partido/zona y el que nos ocupa. En esta línea, para analizar las diferencias entre los cementerios de gestión pública y los cementerios de gestión privada, tomaremos un ya clásico texto de Jesús Martín-Barbero (1981) en el que el autor sistematiza algunas de las implicancias de esta comparación. Brenda Canelo (2013) nos permitirá pensar la espacialidad desde las regulaciones existentes en los cementerios de gestión pública y, por ende, tematizará la distribución desigual del poder de los actores. En segundo término, describiremos el cementerio Central, su ubicación, morfología y rasgos generales. En este apartado, mencionaremos, además, algunos antecedentes históricos que nos permiten ubicar la necrópolis en cuestión temporoespacialmente, no solo en el contexto del municipio, sino también, en el de una época e incluso en una tipología de cementerios. En tercer lugar, abordaremos más específicamente la construcción social del espacio. Consideraremos aquí un aspecto relevante que se materializa en el trabajo etnográfico: la noción de memoria en relación con un lugar. Partiremos del concepto de memoria colectiva de Maurice Halbwachs (2004). Luego, tomaremos algunas contribuciones de Gastón Gordillo (2010b) y Sergio Visakovsky (2008) respecto de las formas de construcción y apropiación del espacio.

Finalmente, retomaremos algunos de los aspectos más relevantes a modo de cierre. De esta manera, en este primer capítulo, nos proponemos explorar cómo los vínculos que el cementerio ha trazado y traza con el entorno conforman una red de relaciones dinámicas que lo instalan sólidamente en la memoria barrial. Espacio y prácticas, entonces, se condicionan y construyen mutuamente.

1.1. San Isidro y los espacios de la muerte

El partido de San Isidro se encuentra en la zona norte del Gran Buenos Aires. Según el censo de 2022, cuenta con una superficie de 52 km² y un total de 297.282 habitantes³. Limita con los municipios de San Fernando, Tigre, General San Martín, Vicente López y con el Río de la Plata. A su vez, está conformado por las siguientes localidades⁴: Béccar, Boulogne Sur Mer, Villa Adelina, Acasusso, Martínez y San Isidro, cabecera del municipio homónimo.



Fuente: Ficha municipal del Instituto del Conurbano de la Universidad de General Sarmiento, 2021. Los colores indican la cantidad de habitantes por radio censal en el año 2010. El amarillo representa 165 - 857, el intermedio 857 - 1369 y el color más intenso 1369 - 2704.

San Isidro es un territorio de contrastes: si bien ha estado y está indisolublemente unido a las élites, sobre todo, en la zona del Bajo, que fue tempranamente elegida por los

³ INDEC: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-165>

⁴ Municipalidad de San Isidro: <https://www.sanisidro.gob.ar/localidades>

sectores más acaudalados como paraje veraniego, también alberga uno de los barrios populares más grande de zona norte, La Cava.

A diferencia de otros municipios del conurbano en general y de zona norte en particular, este cuenta con un hipódromo (propiedad del Jockey Club), varios clubes náuticos y de rugby, campos de golf. A mediados del siglo XIX las élites porteñas comenzaron a consolidar una relación con el paisaje ribereño que ya venía dándose, pero que se desplegó in crescendo. En efecto, en esa época comienzan a desarrollarse una serie de prácticas que tienen su origen en la colectividad británica en Buenos Aires y que apuntan a cultivar el gusto por la naturaleza, el aire libre y el ocio en espacios “verdes”, así como también actividades como el nado y deportes náuticos (por ejemplo, vela y remo). Muchas familias patricias fueron trazando un vínculo con el paisaje ribereño que lo constituye como un escenario para ser apreciado estéticamente y con el que se está en contacto en sentido recreativo. Este perfil entra en tensión con grupos subalternos que lo conciben primordialmente en términos productivos (Ríos, 2023).

El municipio, entonces, se caracteriza por una heterogeneidad estructural que podemos vislumbrar en datos. Por un lado, en el año 2008, el producto bruto geográfico per cápita, resultado fundamentalmente de las actividades industriales, en primer lugar, y comerciales, en segundo lugar, duplicaba con holgura el promedio del conurbano⁵. Por otro lado, actualmente, en el Registro Nacional de Barrios Populares, se identifican 17 barrios populares (ocho en Béccar, seis en Boulogne Sur Mer, uno en Martínez y dos en San Isidro) que albergan a 6.191 familias aproximadamente⁶.

Esta heterogeneidad se manifiesta también en los espacios de la muerte. Hoy en día, el partido cuenta con tres cementerios: dos municipales, el Central y el de Boulogne, y uno privado, de nombre “Los Cipreses”. Desde diciembre del año 2022, además, es posible inhumar las cenizas de un familiar o allegado en el cinerario de la parroquia de la Catedral⁷.

⁵ Ficha municipal del Instituto del Conurbano de la Universidad de General Sarmiento (UNGS), 2021.

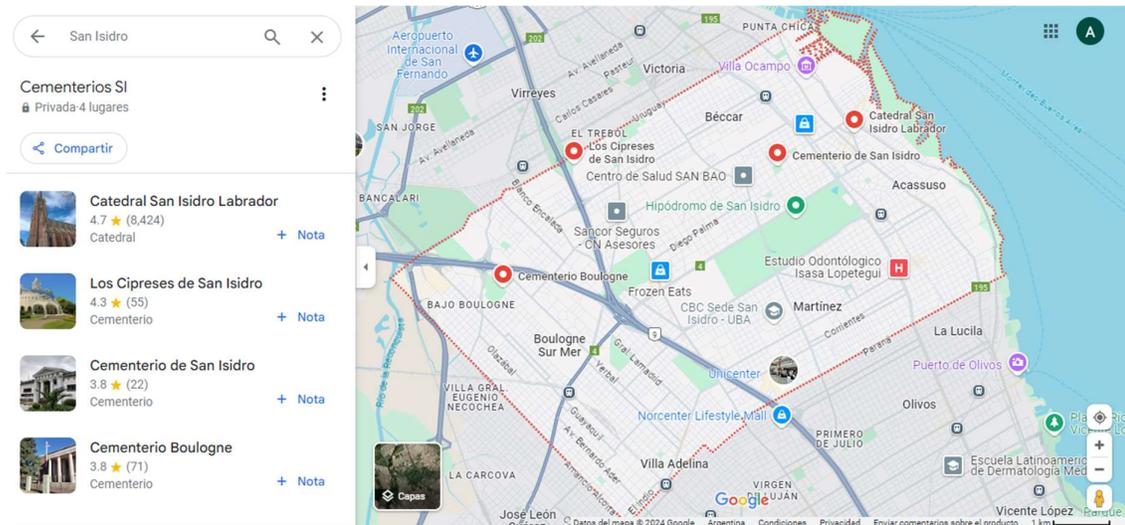
⁶ RENABAP, Observatorio de Barrios Populares: <https://lookerstudio.google.com/u/0/reporting/0a127285-4dd0-43b2-b7b2-98390bfd567f/page/klATC>

⁷ Sobre el cinerario de la Catedral: <https://catedraldesanisidro.org/2023/01/06/informacion-sobre-el-cinerario-de-la-parroquia/>

Esta tesis aborda, fundamentalmente, el espacio del cementerio Central, que caracterizaremos más adelante. Anticiparemos, sin embargo, que esta necrópolis es pequeña y antigua (de mediados del siglo XIX) y estas cualidades, entre otras variantes, propician la articulación de prácticas y relaciones particulares entre cementerio, barrio, trabajadores y visitantes. Es frecuente que, para definir el espacio, se lo compare con el cementerio de la Recoleta: “Un mini Recoleta”, afirma uno de los trabajadores.

La correspondencia entre Recoleta y San Isidro ha sido tematizada en un relevamiento de figuras representativas de la historia sanisidrense que yacen en el cementerio de la Recoleta. En términos generales, podría afirmarse que gran parte de la aristocracia porteña, al fallecer, era inhumada en uno de estos dos destinos, Recoleta o San Isidro, y que era frecuente que, en vida, alternasen entre la ciudad y las barrancas del Pago de la Costa (es decir, las barrancas sanisidrenses). Algunos de los apellidos que figuran en el relevamiento y que dan cuenta de los estrechos lazos entre ambos sitios son Pueyrredón, Ocampo, Sánchez de Velasco y Trillo, Vernet, Bemberg, Aguirre Ituarte, entre muchos otros. Todos ellos tuvieron sus residencias en San Isidro (Blanco y Gesualdi, 2022).

Si bien consideramos que hay estrechos vínculos entre ambas necrópolis y esto, además, se manifiesta en el discurso de los trabajadores, el cementerio Central, a diferencia de la Recoleta, tiene secciones para sepulturas, es decir, para inhumaciones en tierra y varias galerías de nichos, lo que posibilita un mayor grado de heterogeneidad en el segmento poblacional que asiste al cementerio.



Mapa en el que se observa la delimitación del partido y se identifican sus cementerios: el cementerio de Boulogne, el cementerio Central (ambos de gestión pública) y “Los Cipreses” (de gestión privada). También se indica la ubicación de la Catedral San Isidro Labrador.

Antes de focalizar en el Central, haremos una breve mención de los otros cementerios del partido, el de Boulogne y “Los Cipreses”, en función de dar cuenta de sus diferencias y similitudes y de concebirlos también como tipos particulares de necrópolis, cuyos surgimientos se enmarcan en contextos diferentes y se vinculan, además, con “públicos” distintos. Pretendemos también distinguir aquí entre la lógica de los cementerios públicos y la de los cementerios privados.

El otro cementerio municipal, sito en la localidad de Boulogne Sur Mer, se inaugura oficialmente el 25 de septiembre de 1943, en el marco de un creciente y continuo proceso de urbanización. Es un cementerio de 7,58 hectáreas. Su construcción cuenta con la participación de trabajadores locales, esta vez, del ferrocarril (Blanco, 2021a: 15). El cementerio de Boulogne es proyectado como un cementerio jardín. Si bien tiene secciones arboladas y presencia de vegetación, por ejemplo, en la rotonda central y en el sector de sepulturas en tierra, cuenta también con galerías de nichos, bóvedas, cinerarios y un crematorio. Frente al monumental pórtico que lo delimita hay una sala velatoria y varias florerías. En noviembre de 2023 este lugar es señalado oficialmente como sitio de memoria: en efecto, allí comienza el trabajo del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) en 1984, producto del cual se restituye la identidad de, al menos, 25 víctimas del terrorismo de Estado enterradas clandestinamente en el marco de la última

dictadura cívico-militar (Ministerio de Justicia, Secretaría de Derechos Humanos, 14 de noviembre de 2023). El cementerio de Boulogne encarna una tipología de necrópolis que se desarrolló en el siglo XX, con una escala mayor que la del Central, menos monumentalidad, extensas zonas con sepulturas en tierra y galerías de nichos, es decir, formas de enterramiento más económicas. El cementerio de Boulogne se presenta como un espacio diverso y heterogéneo, es la necrópolis más grande del municipio y la que más asociada se encuentra a los sectores populares y a diversas formas de religiosidad.



Cementerio de Boulogne Sur Mer. Fotografía tomada desde el interior⁸.

San Isidro cuenta también con un cementerio de gestión privada, llamado “Los Cipreses”, de 4,45 hectáreas, e inaugurado en 1986. Se define a sí mismo como un “parque natural privado”⁹. Una mención especial amerita la capilla multicultos que este cementerio posee, diseñada por Páez Vilaró. “Los Cipreses” se encuentra ubicado muy cerca de la autopista Panamericana. Se destaca por su diseño paisajístico, que le da la apariencia de un parque, verde y florido. Propone un recorrido que busca apelar al sujeto desde la

⁸ Fuente: <https://www.sanisidro.gob.ar/cementerios>

⁹ Sobre “Los Cipreses”: <https://parqueloscipreses.com.ar/wp9/>

naturaleza: los olores y colores de la vegetación, los sonidos de las aves, el fluir del agua en una fuente. De todas formas, los sonidos del “exterior” se cuelan por momentos, por ejemplo, la música de los vecinos del barrio. “Los Cipreses” encarna otra tipología de cementerios, la de los cementerios parque privados. En este sentido, hay aquí lógicas que contrastan en varios órdenes con las de los cementerios municipales. El cementerio parque invoca la idea del retorno a una imagen de la naturaleza que se presenta como prístina y hasta bucólica. Quienes tienen cierto poder adquisitivo pueden comprar parcelas y, además, costear las expensas que estas conllevan.



Cementerio privado “Los Cipreses”. Fotografía propia. Diciembre de 2023.

Las diferencias entre los cementerios públicos y privados pueden abordarse a partir de un escrito de Jesús Martín-Barbero (1981), en el que el autor compara el cementerio Central de Bogotá con un cementerio privado (*Jardines del recuerdo*) de la misma ciudad. Su lectura permite cotejar, a grandes rasgos, varias características relevantes de los cementerios municipales en contraposición con los de carácter privado. Martín-Barbero sostiene que la proliferación de cementerios privados cristaliza la “sacralización del

mercado”. En palabras del autor, el concepto de cementerio – jardín no es una “profanación de lo sagrado”, sino “una de las más altas cuotas de la sacralización del sistema mercantil”. Martín-Barbero asegura que la muerte no es y nunca ha sido un hecho privado, sino todo lo contrario: es un “enclave fundamental de lo social” y traza vínculos entre los seres humanos, incluso post-mortem. De manera tal que, desde su punto de vista, el cementerio privado produce un “simulacro”, una “parodia” de los ritos de la muerte y la reduce a un asunto de “familia-unidad de propiedad” (Martín-Barbero, 1981).

Así, podemos sintetizar la lógica preponderante de los cementerios privados: en muchos casos, representan aquello que los vivos pretenden asociar con el descanso eterno - parecen más parques que cementerios-, regulan las prácticas rituales y las estéticas posibles a opciones predeterminadas y mercantilizadas, se enmarcan en el discurso hegemónico en torno a la muerte de la modernidad occidental -la “muerte prohibida”, según Ariès (2012)-. Siguiendo esta lógica que repone la dicotomía público/privado, es posible, por un lado, trazar una diferenciación entre los dos cementerios municipales y “Los Cipreses”.

Por otra parte, el cementerio Central y el de Boulogne, además de tener casi un siglo de diferencia entre sí, tienen, a nuestro entender, claras distinciones desde el punto de vista espacial. Ahora bien, el hecho de que ambos sean municipales no significa que estén exentos de regulaciones. Como bien plantea Brenda Canelo (2013), los cementerios son espacios construidos socialmente, pero no todos los actores tienen el mismo poder, por ejemplo, a la hora de reglamentar. La autora analiza el caso del cementerio de Flores, en la Ciudad de Buenos Aires, e indaga en las disposiciones legales estatales que rigen las prácticas en el espacio y cómo están se vinculan con las de los actores. En este sentido, a lo largo de nuestro escrito nos concentraremos en la perspectiva de los trabajadores, varios de ellos se han desempeñado en Boulogne con anterioridad y, en numerosas ocasiones, han establecido comparaciones entre el Central y Boulogne.

Como asegura Graciela Blanco¹⁰, es posible trazar la historia del partido de San Isidro a partir de sus cementerios y entablar así un diálogo con el clima de cada época: comenzamos con el primer camposanto en el atrio de la iglesia fundacional, nos encontramos con nuestra necrópolis, en el marco del siglo XIX; luego, nace el cementerio

¹⁰ Comunicación personal con la autora, en el marco de una visita al cementerio de Boulogne, octubre de 2024.

de Boulogne a mediados del siglo XX; surge después el cementerio parque privado a mediados de la década del '80 y, finalmente, los restos se tornan cenizas, en este último caso, un destino posible desde 2022 es el cinerario de la Catedral. En esta línea, podemos trazar relaciones también entre la heterogeneidad del partido y los “públicos” de cada cementerio. Aunque consideramos que siempre hay márgenes de heterogeneidad, el cementerio de Boulogne parece más asociado con los sectores populares; “Los Cipreses”, con ciertos sectores con mayor poder adquisitivo; el Central, con un orden más “tradicional” y antiguo que, como veremos, hace que el barrio sea inescindible de él.

1.2. El cementerio Central

El cementerio Central, en el que realizo trabajo de campo desde noviembre de 2022, se erige en las llamadas “tierras del Santo” y se inaugura el 29 de julio de 1855. Es un cementerio pequeño, que ocupa 1,50 hectáreas. Se trata de un cementerio muy antiguo que, durante mucho tiempo, fue el único del municipio. En consecuencia, alberga, en algunas secciones, tumbas con esculturas, vitrales, estilos arquitectónicos definidos en función de un discurso que podríamos asociar con la noción de trascendencia. Este fuerte componente histórico es reconocido como un valor por los actores, de modo que, como veremos más adelante, tienen un gran sentido de pertenencia para con la necrópolis y entienden que es un espacio que hay que respetar y cuidar.

Arribar al Central es muy sencillo, ya que este encuentra a pocas cuadras de una de las avenidas que cruza toda la zona norte: Av. Centenario. En efecto, aunque su nombre vaya cambiando (Perón, Centenario, Santa Fe, Maipú, Cabildo, Santa Fe), esta avenida opera como un corredor que conecta gran parte de la zona norte con Capital Federal por medio de una amplia gama de líneas de colectivos. La estación de tren San Isidro de la línea Mitre está a unas diez cuadras de la necrópolis aproximadamente. Otra arteria relevante en la zona es la Av. Andrés Rolón, que está a unas cuatro cuadras. También es posible llegar a pie desde el hipódromo. La necrópolis se sitúa a unas treinta cuadras aproximadamente de la autopista Panamericana.

El barrio en el que está inmerso nuestro cementerio se conoce con el nombre de *La Calabria*, debido a la gran cantidad de inmigrantes procedentes de esa zona de Italia. Algunos de ellos, como veremos más adelante, participaron en la construcción de la necrópolis. La mencionada nomenclatura fue oficializada en un decreto del año 1972

(Blanco, 2021a: 7,8). Este aspecto es clave, porque el barrio crece alrededor del cementerio.

Para llegar al cementerio, habitualmente yo tomaba alguno de los tantos colectivos que me dejaban en Av. Centenario y Primera Junta. Desde allí, cruzaba la calle y caminaba por Don Bosco las cinco cuadras que separan la avenida de la necrópolis. El camino es bastante arbolado y es posible ver el histórico adoquinado en la calle. En contraposición, varias construcciones nuevas de pequeños departamentos dan cuenta de que el barrio no está exento de las tendencias inmobiliarias actuales.

La zona es céntrica y poblada. Caminando por Don Bosco, desde la avenida hasta la necrópolis, encontramos librerías, cafés, panaderías, kioscos, inmobiliarias, en síntesis, comercios de distinta índole, varias instituciones educativas y alguna dependencia municipal. A tres cuadras del cementerio, sobre la calle Don Bosco, hay una escuela primaria y secundaria, llamada Libertador Gral. San Martín. Frente a ella, una plaza que cuenta con juegos y mucho espacio verde, frecuentada por vecinos para llevar niños/as, pasear mascotas, tomar mate, caminar, hacer ejercicio físico, dejar residuos reciclables (la plaza es un “Ecopunto”). Frente a la entrada del cementerio hay una marmolería, un centro de entrenamiento, una fábrica de muebles, una forrajería, una verdulería, un café llamado “La Buena Vida”, entre otros comercios.



Plaza Castiglia, sobre la calle Don Bosco. Fotografía propia.



Llegando al cementerio. Fotografía propia.

El cementerio Central se ubica en calle Don Bosco 530. Cuenta con un pórtico de estilo neoclásico que porta una cruz latina y la expresión *Requiescant in pace* (Descansen en paz) en el frontis, a ambos lados. Quien ingresa se encuentra en el peristilo, a su derecha, la capilla, y a su izquierda, la Administración.

Existe otra entrada sobre la calle 3 de Febrero, pero siempre está cerrada. Esta se utilizó, por ejemplo, cuando el arreglo de la vereda impedía el acceso por el pórtico. Hay una tercera vía de acceso que se conecta con el depósito, pero es de uso exclusivo de los trabajadores. Se emplea, por ejemplo, para el traslado de ataúdes para cremación.

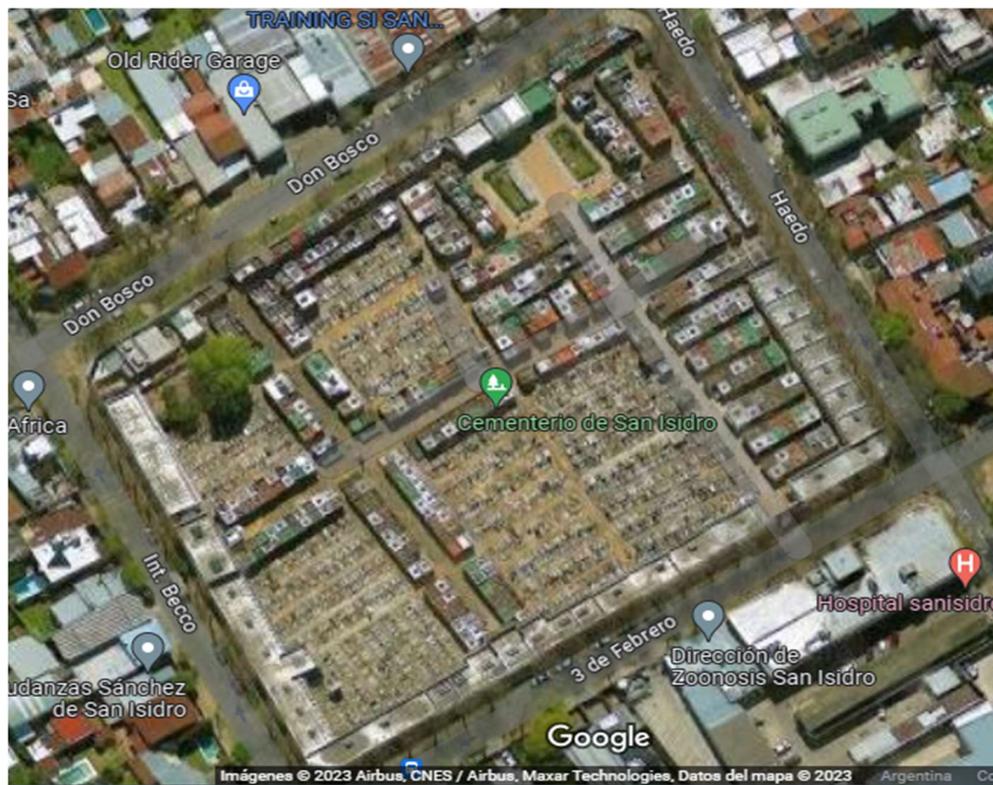
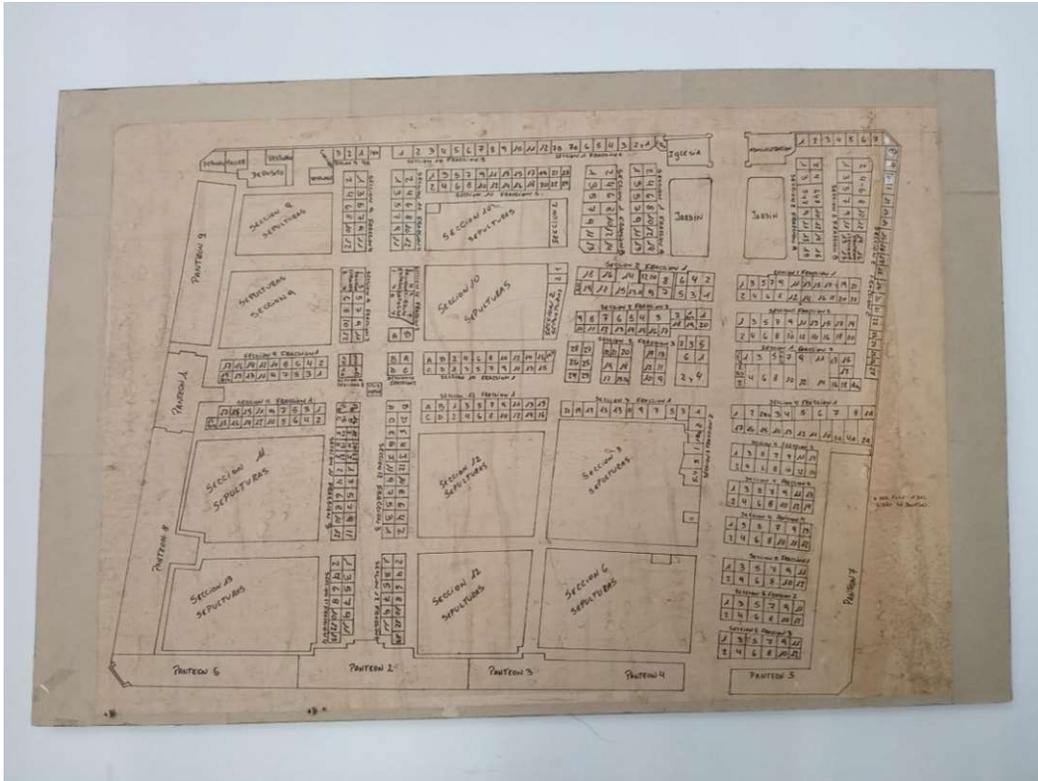


Imagen satelital del cementerio Central de San Isidro. Fuente: Google Maps.



Pórtico del cementerio Central de San Isidro. Vista desde el interior. Fotografía: Graciela Blanco (2021a).

Como podemos observar en el plano que figura en la Administración, la necrópolis tiene diferentes secciones: nueve panteones (denominación para las galerías de nichos), sepulturas en tierra, bóvedas, un osario, entre otras.



Plano del cementerio Central presente en la Administración. Fotografía propia.



Sección de bóvedas y jardín. Fotografía propia.

El Central es un cementerio que puede recorrerse a pie. El acceso, como indicamos, se hace por la calle Don Bosco. El pórtico cuenta con una escalinata, pero también con una rampa y la posibilidad de solicitar una silla de ruedas, que suele estar en la capilla, en caso de que sea necesario. El cementerio está abierto todos los días del año en el horario de 7 de la mañana a 18 horas. De acuerdo con algunos de los trabajadores, el mayor movimiento es por la mañana.

En el camino principal que nace del pórtico, sobre la calle Don Bosco, se hallan el monumento a la Madre y la primitiva cruz de hierro. Esta última estaba originariamente en el sitio que hoy ocupa la cruz mayor.



Primitiva cruz de hierro y monumento a la Madre en jardín. Detrás puede verse una sección de bóvedas. Fotografía propia.

La calle principal de la necrópolis reúne varias de las bóvedas más monumentales de diferentes estilos arquitectónicos. Allí yacen muchos de los apellidos ilustres del partido. Los relevamientos patrimoniales suelen destacar bóvedas particulares pertenecientes a diversas familias vinculadas con la historia local y/o nacional, entre ellas, Márquez,

Rolón, Béccar Varela, Cafiero, Posse, Marcó del Pont-Ortiz Basualdo, Guevara-Lynch - abuelos paternos de Ernesto “Che” Guevara- (Blanco, 2020: 63). Además, hay diferentes panteones (entendidos aquí como un monumento funerario que alberga a varias personas reunidas en un colectivo), como el del Magisterio, de los Bomberos Voluntarios, de la Sociedad Cosmopolita de San Isidro, entre otros. También hay varias galerías de nichos y secciones de sepulturas en tierra.

En el plano general del cementerio que se encuentra en la Administración, el osario está entre las bóvedas séptima y octava y no tiene número. Los trabajadores, además, no lo denominan “bóveda” -término que yo presupuse por su apariencia exterior y que utilicé en mis primeras conversaciones con ellos-, lo llaman “osario”. A firman que está allí desde hace muchos años -uno de ellos refirió más de cuarenta- y que es realmente grande, es decir, que las dimensiones del subsuelo exceden por mucho la estructura visible y llegan “hasta la mitad de la calle”¹¹. Este espacio funciona en lo que era una bóveda que fue expropiada por la municipalidad una vez que cayó en desuso. Su puerta está siempre abierta, ya que este se considera un espacio público, abierto a todos. Es notable, en este sentido, la diferencia con las bóvedas, que pertenecen a familias particulares y que suelen estar cerradas. La luz del osario se enciende automáticamente cuando alguien se acerca. Las paredes están cubiertas de placas recordatorias, fotografías, mensajes. Un pequeño altar es el espacio para albergar urnas y flores naturales y artificiales. Allí mismo hay rosarios, cruces, vírgenes, angelitos, una estatuilla de San Jorge que pelea contra el dragón, floreros vacíos. La trampilla que da al subsuelo es de madera y está siempre cerrada y asegurada con un candado.

¹¹ Expresión literal utilizada por muchos trabajadores.



Osario general del cementerio Central. Fotografía propia.



Bóvedas en una de las calles de la necrópolis. Fotografía propia.

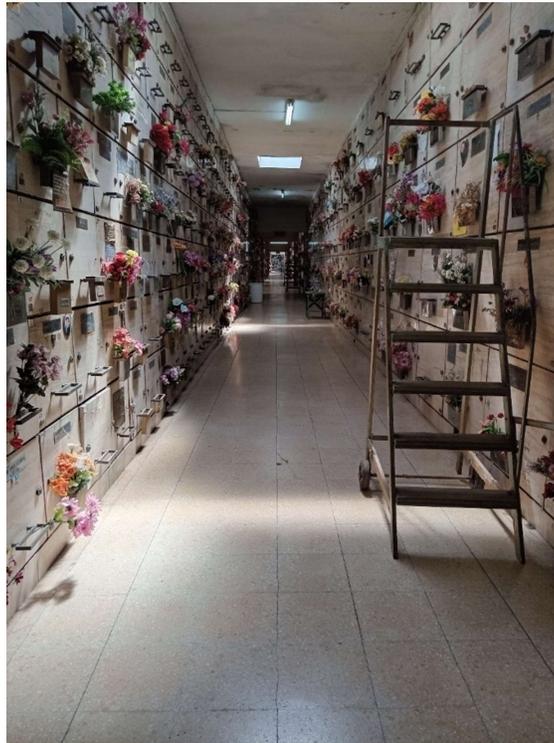


Bóvedas y sección de sepulturas en tierra. Fotografía propia.

Otra referencia insoslayable en el recorrido es la llamada “cruz mayor”. Es frecuente encontrar en este punto flores y diferentes objetos llevados por los visitantes. Contiene la inscripción: “Recuerdo de Santa Misión. 2 de noviembre de 1920”. En otro de sus laterales, reza: “A la memoria de nuestros muertos queridos. Los feligreses de la parroquia de San Isidro”.



Cruz mayor. Fotografía propia.



Vista interior de uno de los panteones o galerías de nichos. Fotografía propia.

Una mención especial amerita el mausoleo público municipal, conocido como “La tumba de las Chicas”, que alberga los restos de doce obreras fallecidas en el incendio de una fábrica de zapatillas en la localidad de Martínez en el año 1950 y está coronado con la escultura de un ángel tamaño natural (Blanco, 2020: 64; 2021a, 2021b).



La tumba de las Chicas. Fotografía: Graciela Blanco.

1.2.1. Antecedentes históricos

En este apartado desarrollaremos algunos antecedentes históricos de la necrópolis para enmarcarla en una tipología particular de cementerios y para observar cómo el barrio crecerá alrededor de ella con el paso del tiempo.

Sostiene Graciela Blanco (2021a) que, hasta el arribo de los colonos que acompañaban a Juan de Garay, estas tierras estaban habitadas fundamentalmente por comunidades

guaraníes que practicaban la agricultura. En el marco del proceso de colonización, se repartieron en forma de chacras. Uno de los beneficiarios fue el capitán y comerciante vizcaíno Domingo de Acassuso, que fundaría el partido de San Isidro el 14 de octubre de 1706, según dicen, a partir de un sueño en el que el santo se le manifiesta (Blanco, 2020).

Dos años más tarde se construyó una capilla, hoy catedral. Justamente, es en torno a aquella que se conforma el primer camposanto del que se tiene registro en el partido. De acuerdo con las costumbres de la época, el atrio de la iglesia era el lugar para las sepulturas. Béccar Varela (1981) afirma que durante un siglo y medio tanto el atrio como la entrada de la iglesia estaban cubiertos de “mármoles blancos, con sentidas inscripciones, que indicaban que debajo de ellas descansaban los restos mortales de un vecino” (Béccar Varela, 1981: 136). De Masi (2017) cita a Pedro Oeyen para caracterizar el camposanto como un espacio que contaba con dos sectores diferentes: el cementerio, por un lado, y el espacio del atrio, por otro, este último reservado para las personas más “encumbradas” del pueblo (Oeyen en De Masi, 2017:120, 121).

El cementerio Central fue inaugurado el 29 de julio de 1855. Su creación tiene directamente que ver con la necesidad de dejar de llevar a cabo enterramientos en el camposanto cristiano, alrededor de la iglesia fundacional, en un contexto de crecimiento poblacional (Blanco, 2020). Este cementerio se encuentra actualmente en una zona céntrica de la ciudad, inmerso en el tejido barrial. En el momento de su fundación, sin embargo, y hasta comienzos del siglo XX, San Isidro se describe sobre todo como un espacio rural, compuesto por chacras y dedicado a la agricultura y a la ganadería (Lozier Almazán, 1995: 71). De modo tal que la distancia entre el primer camposanto y el cementerio Central era difícil de cubrir en el contexto del siglo XIX y se fue acortando conforme creció el casco urbano.

Como hemos indicado con anterioridad, el primer camposanto que se menciona como tal en el partido es el que se halla en torno a la iglesia. Las condiciones de salubridad, el crecimiento de la población y las epidemias de la época instalarán el imperativo de habilitar un nuevo cementerio en 1837 (Rivero, 1999; De Masi, 2017). Sin embargo, será necesario un largo proceso de gestiones de diferente índole para lograrlo. Efectivamente, en el expediente iniciado el 14 de julio de 1852 y titulado “*San Isidro. Expediente sobre Construcción de un Cementerio*” (sic) podemos identificar algunas de las discusiones que culminarán con el emplazamiento del cementerio Central.

El documento comienza con una petición al Juez de Paz efectuada por un grupo de ocho vecinos, quienes solicitan se suspenda la construcción del cementerio de San Isidro, sobre la base de la idea de que el lugar elegido no es el adecuado. Los vecinos aducen que se encuentra muy cerca del pueblo "á tres cuabras de su barrio y calle única principal" (sic).

El terreno al que hacen referencia está, efectivamente, al norte del pueblo. Los vecinos consideran que la proximidad a él y al único camino que dirige a San Fernando lo tornan inadecuado. Refieren, también, a evitar el ingreso al Pueblo con cadáveres. Las autoridades intervienen entonces y solicitan la evaluación del Departamento Topográfico para que dictamine cuál es el lugar en que debe erigirse el cementerio. Estamos en 1852 y el expediente asegura que dieciséis años atrás se compró un terreno con el fin de construir un cementerio, que el terreno está a seis cuabras del Pueblo "y en el lugar de más altura de toda la circunferencia de esta Población". Así, en respuesta a los vecinos, en una carta firmada por Victorino de Escalada, se plantea que ya está colocada la gran Cruz y también realizado un pozo que hará de Osario. Se asegura que el terreno citado está en un camino público y que la mayor parte del tiempo las calles que lo rodean son intransitables. Incluso hay una comparación con Recoleta y se afirma que, en tantos años, ningún vecino se quejó de la proximidad de la necrópolis. No obstante, el Departamento Topográfico da la razón a los vecinos: es necesario construir el cementerio en un terreno más alejado del Pueblo y fuera del tránsito entre San Isidro y San Fernando.

En agosto de 1853 nuevamente se registra ante el Juzgado de Paz y Comisaría el pedido urgente de trasladar el cementerio de San Isidro, que se encontraba en la plaza central, ya que la epidemia de viruela, aún vigente, exigía el enterramiento de cadáveres. Es claro que el camposanto había quedado chico y estaba colapsado. Así, se reitera la necesidad de que se habilite un nuevo cementerio:

"y con motivo de la enfermedad de las viruelas; se han tenido que avrir las sepulturas en que se enterraron los cadaveres haze treinta meses [...] se ha llenado la quarta parte del Cementerio, y ya quasi no se pueden enterrar mas cadaveres" (sic).

En octubre de 1853, el Departamento Topográfico ratifica su dictamen y se ampara en un Decreto del 26 de abril de 1830 que refiere a la inauguración del cementerio de San

Nicolás de los Arroyos. Allí se especifica que debe cuidarse que "los vientos dominantes no dirijan sobre la población las emanaciones mortíferas de los cadáveres" (sic).

En diciembre de 1853, según consta en el expediente, la población de San Isidro era de ocho a nueve mil habitantes y urgía construir un nuevo cementerio, por las condiciones de higiene del que se hallaba en la plaza del Pueblo y en el atrio del templo.

El conflicto continúa. Entre los argumentos contrarios a los vecinos, hay voces que consideran la alarma injustificada: si no los alarmó un cementerio en el templo, menos debería hacerlo uno que esté a seis cuadras, afirman algunos. Se decide optar por la conformación de una comisión de vecinos que sería presidida por el Juez de Paz del Partido. Entre abril y septiembre de 1854, se aprueba la construcción del cementerio en el terreno para ello adquirido dieciocho años antes.

Sin embargo, en octubre de 1854 los vecinos vuelven a "suplicar" se reconsidere la decisión. Los argumentos esgrimidos esta vez dan clara cuenta de los modos de relacionarse con la muerte y de los constreñimientos de la época de algunos sectores sociales. La ubicación asignada, aseguran, es cercana a la plaza y las poblaciones:

"...ahí precisamente se designa para presentar el triste espectáculo de la muerte; ahí, donde en vez de atraer la población huirá, aruinándose, en vez de adelantar este atrasadísimo pueblito: se dirá qué lo mismo sucederá en cualquier otro parage" (sic).

Para algunos vecinos, San Isidro dista aún de los modelos a seguir: la "ilustrada capital" (sic) y, sobre todo, Europa. Debe buscarse atraer a la gente, mucha de la cual se acerca a la zona en busca de distensión y no para presenciar el "triste espectáculo de la muerte". La condición socioeconómica de los pobladores se cristaliza en el fragmento que sigue. Se hace alusión al viento en el verano y a la distancia de la zona en la que la vida del pueblo transcurre. Se considera también el camino para el transporte de los cadáveres:

"...¡-qué horroroso contraste; qué entre tanto gentío que busca [...] Paz y desahogo, se presente una pobre carreta de bueyes, con otro aun mas pobre resto del cadaver de un vecino, qué llega en medio de todo ese bullicio á buscar su ultimo asilo!" (sic).

Las razones son “morales”, sociales y también económicas, ya que el cementerio emplazado al norte, entienden, disminuye el valor de las fincas. Hay una enorme preocupación por la opinión de los extranjeros y por no quedar “doscientos años a la retaguardia de la civilización moderna”, dado que en Europa se “remueven” estos “focos de infección, de podredumbre y de desagrado” (sic). Esta carta es firmada por un número considerable de vecinos, entre quienes saben firmar y quienes solicitan se consigne su adhesión.

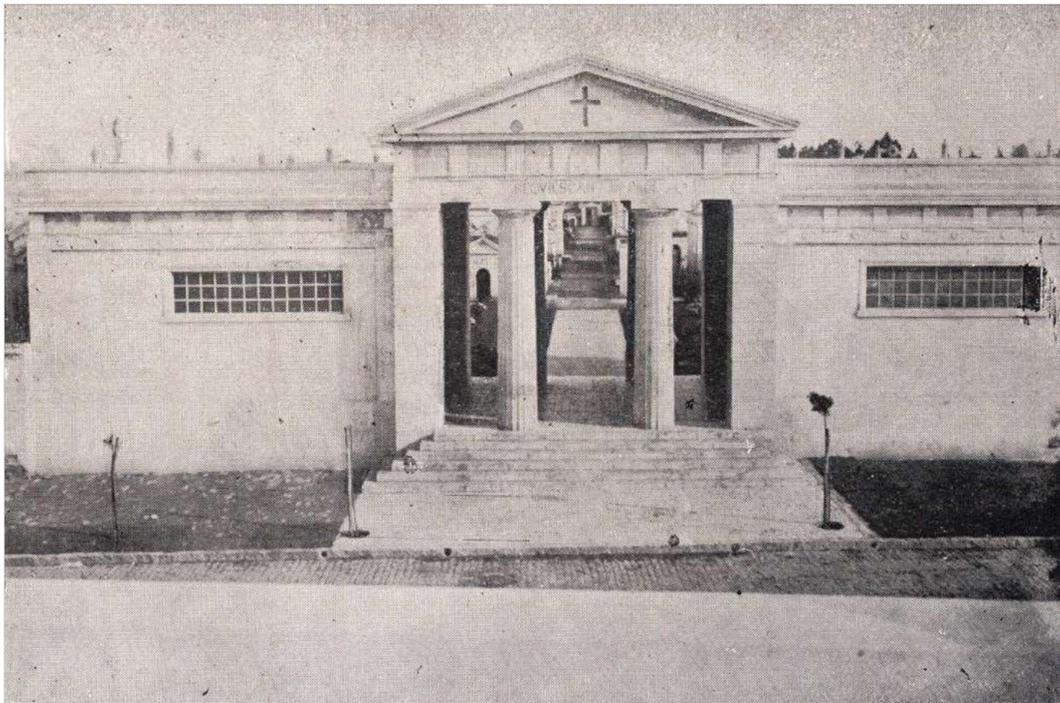
En octubre de 1854 una nueva inspección postula que el terreno llamado de la "Cruz Colorada", originariamente adquirido para la necrópolis, no reúne las condiciones higiénicas para funcionar como tal, ya que se ubica al noroeste en relación con el pueblo y que mayores ventajas presenta el conocido como "del Santo". El 17 de octubre de 1854 se proclama el decreto de creación del cementerio en las tierras Del Santo (Lozier Almazán, 1995; Rivero, 1999). El 19 de octubre del 1854 se estipula:

"tomándose de ese campo todo su frente qe. son doscientas varas, pa. facilitar las entradas precisas pa. los conducción de los cadaveres al cementerio [...] puede asignarse la parte sobrante al que deba encargarse del cuidado del Cementerio, pa. que haya en el algunas pequeñas siembras [...] que debe tenerse en vista á su delineacion, que el Cementerio debe tener su calle por cada uno de sus costados, pa. que quede aislado, y sin qe. en ningun tiempo pueda edificarse en ninguno de sus costados [...]" (sic).

Entonces, finalmente, se opta por las tierras “del santo” y el juez ordena que el terreno adquirido de manera prístina para tal fin quede tal cual está, no se arriende, ni se venda.

Hemos visto que el origen del cementerio Central es el resultado de un largo proceso. Los autores mencionan algunos hitos, como el inicio de las gestiones para trasladar el primer camposanto en 1837 (Lozier Almazán, 1995; Rivero, 1999), la ya mencionada inauguración en 1855, el traslado de restos del camposanto -que comienza en 1856 y que lleva varios años, sobre todo por la resistencia de las familias de quienes yacían en el atrio- (De Masi, 2017), el aumento de la extensión hacia el fondo y el cultivo de las plantas y arbustos en el frente en 1872 (Rivero, 1999), las mejoras llevadas a cabo durante la

intendencia de Béccar Varela en el periodo 1913-1915. En este último caso, es notable cómo las obras que se efectúan en el cementerio, entre las que se destacan, sobre todo, el pórtico y algunas dependencias, se realizan con las contribuciones de los vecinos y vecinas del barrio, que aportan desde dinero y materiales hasta mano de obra. Actores clave en este proceso son los inmigrantes italianos, fundamentalmente calabreses (Blanco, 2021a: 7,8).



Nuevo pórtico construido en 1914¹²

Sin duda alguna, la activa participación de los vecinos en la constitución del que funcionó durante algo menos de cien años como el único cementerio del partido es parte del proceso de conformación de la necrópolis como tal y de una memoria barrial que se ha forjado en relación con el cementerio. Como veremos más adelante, hay quienes trabajan o han trabajado en el cementerio de adultos, pero que lo recuerdan desde su infancia. Hay una vecina que se recuerda a sí misma paseando y jugando de pequeña en el cementerio. Hay trabajadores que de chicos asistían a sus padres, también trabajadores del cementerio, en

¹² *Memoria Administrativa del Intendente Dr. Adrián Beccar Varela 1913-1915*. Buenos Aires, G. Kraft, 1914. En Blanco, Graciela (2021a).

algunas tareas. Un extrabajador recuerda en una entrevista: “Yo era chico, iba al colegio y pasaba por el cementerio”. Barrio y necrópolis parecen estar imbricados en relaciones que se transformarán a lo largo del tiempo, pero que no hacen posible pensar en uno sin la otra y viceversa.

1.3. La construcción social del espacio

En una entrevista con un extrabajador, quien se desempeñó durante más de diez años en la necrópolis, él expresa que considera que todo pueblo o ciudad debe recurrir al cementerio para conocer su historia. Respecto de las particularidades del Central, argumenta que es el que tiene “más historia” que los otros del municipio, porque Boulogne “es más joven”. Sostiene que el Central “Es un ícono. Un lugar sagrado”. Los vecinos lo toman como un “lugar nuestro, lo defienden”. Nuevamente, explicita el sentido de pertenencia, que se ha desarrollado a lo largo del tiempo. Mi interlocutor también enfatiza su parecido con la Recoleta: “históricamente, muy, muy parecido, solo que la Recoleta es más grande”. En este sentido, destaca el arte y la historia presentes en el Central. Solo por mencionar un ejemplo, nombra ciertas piezas de herrería que define como “no soldadas ni remachadas”. Además de desempeñarse en el cementerio durante muchos años, él era un vecino del barrio y vivía muy cerca de allí. De modo que todos lo conocían y lo llamaban o iban a su casa ante un fallecimiento, a cualquier hora del día, hasta de madrugada, incluso estando él de vacaciones. Asegura que siempre entendió la política como “ayudar a la gente” y que trataba de ayudar a todo el mundo. Define su rol como el de una especie de “asesor funerario”.

En otra ocasión, al hablar con trabajadores sobre la posibilidad de incorporar formas de pago electrónico, uno de los empleados expresa que estima que mucha gente grande no se manejaría de esa manera: “las señoras que van siempre y pagan van a querer seguir pagando” (en referencia al efectivo). Para argumentar esto, me explica que el cementerio es “tradicional”. Nuevamente, este calificativo da cuenta de relaciones históricas entre la necrópolis y sus visitantes, en las que ciertos usos y costumbres parecen tener relevancia.

Michel de Certeau (2000) parte de la distinción entre dos maneras de percibir la ciudad: la “ciudad-panorama”, por un lado; la “ciudad metafórica”, por otro. Así, el autor

establece un contrapunto no necesariamente excluyente entre el espacio “geométrico”, “geográfico” y “teórico” que presenta la ciudad como planificada y legible -esta es la ciudad que puede percibirse desde una mirada panóptica, la visión general del espacio urbano, susceptible de ser captada desde las alturas o plasmada en algunas representaciones gráficas- y la experiencia “antropológica”, “mítica”, “poética” de la ciudad vivida, habitada, constituida a partir de las prácticas sociales que, al mismo tiempo, condiciona. Esta misma distinción se materializa en la oposición entre el “sentido literal” de la ciudad y su “sentido figurado” (2000:113). Dentro de este sentido figurado aparecen las desviaciones: la sinécdoque y el asíndeton son dos figuras retóricas que de Certeau vincula con los desplazamientos por el espacio urbano. De esta manera, la operación metonímica -que considera una parte por el todo- y la elipsis -que omite- darían cuenta de los sujetos practicando un lugar, es decir, de un *espacio* (2000:129) construido a partir de las prácticas sociales.

En efecto, siguiendo a de Certeau (2000), podemos tener una mirada panorámica del cementerio al observar su plano o sus imágenes generales, pero las formas de experimentarlo, habitarlo y vivirlo se hacen presentes en relación con las prácticas de los actores. En este sentido, hay una analogía recurrente entre el Central y la Recoleta presente en varios discursos que se sustenta en la proximidad temporal, en la correspondencia espacial con la idea de “norte” -tomando como centro de referencia la Ciudad de Buenos Aires- y en algunas características estéticas. Aquí, representaciones e imaginarios confluyen para generar sentidos y sostener esta comparación.

La experiencia antropológica del espacio nos insta a detenernos en las formas en que los trabajadores se desplazan por el cementerio, lo denominan, lo habitan y transforman. Un domingo después del mediodía, mientras conversaba con uno de los trabajadores en el pórtico del cementerio, noté que él podía contarme la historia de cada una de las personas que ingresaba al lugar: no solo sabía qué rol la unía al fallecido/a, sino que también era capaz de decirme en qué sector del cementerio se hallaba este/a: “Esa señora que va con las nenas tiene un familiar en bóveda”. Yo las seguía con la mirada y notaba que, efectivamente, se dirigían al sector de bóvedas. Poco después: “Esa señora que entró con paraguas no viene tan seguido”. En varios casos, además, mencionaba detalles que había podido observar con el tiempo, como el hecho de que familiares que antes asistían juntos ya no lo hacían. Durante nuestra conversación, además, me contó que cuando no reconocía a alguien, prestaba especial atención. Mientras lo hacía, controlaba por el

rabillo del ojo el acceso al lugar. Así, trabajadores conocen y reconocen a los visitantes frecuentes, los saludan, a veces, conversan con ellos y detectan claramente a los nuevos asistentes. En muchos casos, unos y otros se llaman por el nombre.

Uno de los vecinos, que actualmente tiene más de sesenta años, cuenta que está en la zona desde los dieciocho. La entrevista se lleva a cabo debajo de un árbol que él plantó hace más de treinta años, uno de los tantos del barrio: "Donde pongo un árbol, termino", afirma. Explica que, en su juventud, fue en diferentes momentos novio de las hijas de diversos comerciantes, y siempre terminaba trabajando en el negocio de la familia: el puesto de flores, la marmolería, la remisería. Este vecino continúa vinculado con el cementerio en el orden laboral, pues realiza y coloca las placas y gestiona trabajos de albañilería (por ejemplo, para quienes quieran construir sobre la sepultura). Hasta la pandemia de Covid19 se dedicaba fundamentalmente a esto, pero las restricciones del momento produjeron su quiebra y tuvo que incorporar otro rubro: ahora tiene una verdulería. Allí se acercan quienes quieren encargarse algunos de los trabajos anteriormente mencionados y, si alguien consulta en el cementerio, él es el recomendado: "Me fundí diez veces y diez veces me levanté", asegura.

Frente al cementerio hay una marmolería que otrora funcionaba en la esquina, donde actualmente existe un café. A pesar de su ubicación, hace ya mucho tiempo que esta no trabaja con el cementerio, cuarenta y cinco años aproximadamente. Quien hacía bóvedas y, además, escribió de puño y letra uno de los primeros libros del cementerio era el dueño original de la marmolería, el suegro de la entrevistada. Ella recuerda que, de pequeños, su suegro y sus hermanos cuidaban bóvedas en la necrópolis, ya que el padre de ellos hacía sepulturas. Explica que antaño el cementerio era un "descampado". Estaba alambrado, sin pared. Tanto su suegro como su marido, que continuó con la tradición de la marmolería en el negocio con apellido familiar, aunque ya no trabajando en relación con el cementerio, eran muy queridos en el barrio. Ambos yacen ahora en la sepultura familiar en el Central. Algo de la memoria barrial puede reconstruirse a través de su discurso: pone mucho énfasis en que su suegro y su marido eran "de una generación donde la palabra valía". Explica que todo se arreglaba de palabra y cuenta de las dificultades que tuvieron cuando, ya fallecido su suegro, quisieron sistematizar la base de datos para continuar con la marmolería. Todos eran: "el Poroto, el Rubio, el Pelado, el Chueco". Y hace referencia a la sorpresa de algunos de estos vecinos y clientes cuando les pedían el nombre, dado que se conocían mediante los apodos. Nuevamente vemos aquí la

proximidad de las relaciones, los vínculos cara a cara. Todos parecen conocerse, conocer a las familias, conocerse del barrio. De acuerdo con la entrevistada, el valor de la palabra es una cuestión de esa generación que se fue perdiendo con el tiempo. Retomaremos este punto en el capítulo dos.

Maurice Halbwachs (2004) entiende la memoria colectiva como una memoria ligada a la experiencia y a la vivencia de un grupo de personas. Son los recuerdos los que mantienen unido al colectivo, mientras que el olvido es el principal enemigo. Esta memoria genera un tiempo y un espacio que se encarna en las tradiciones del grupo y que se actualiza en las rememoraciones. En las prácticas de los entrevistados, en sus dichos y en sus acciones, es posible rastrear un sentido de pertenencia. Por un lado, este está presente en quienes trabajan en el cementerio, vivan o no cerca de la zona, y se manifiesta, por ejemplo, en el interés por cuidarlo de los robos, en la intención de participar de visitas guiadas para conocer más sobre su historia y asesorar a los visitantes que consultan, en el hecho de que varios trabajadores son hijos de antiguos trabajadores de la necrópolis y tienen recuerdos del lugar desde su infancia. Por otro lado, esta noción de pertenencia se manifiesta en los comerciantes que también son vecinos y tienen vínculos laborales con la necrópolis que, en algunos casos, también trascienden generaciones.

La memoria colectiva, entonces, no debe pensarse únicamente desde una dimensión temporal, sino también espacial. Gastón Gordillo (2010b) afirma que la memoria es, siempre, memoria de un lugar. Esto significa que no existe memoria en el “vacío” y que memoria y espacialidad se constituyen mutuamente por medio de relaciones dinámicas. Así, lejos de concebir estas nociones como estáticas o dadas, es necesario indagar en los procesos que las conforman: “Ello implica ver a la memoria [...] como parte de un proceso dinámico de producción espacial” (Gordillo, 2010b: 21,22).

La prueba de que estos procesos son dinámicos se cristaliza si analizamos los vínculos entre los trabajadores y la necrópolis: la familia de la marmolería hace ya muchos años que no trabaja con el cementerio, pero recuerda con cierta nostalgia el pasado y, sobre todo, las generaciones anteriores, en una memoria familiar que es inescindible del barrio; el mismo vecino que hacía placas y trabajos de albañilería en el cementerio hasta la pandemia continúa con su actividad, pero además, tiene una verdulería enfrente de la que hoy “viven cinco familias”; los dos únicos puestos de flores que hay en la entrada de la necrópolis funcionan juntos en fechas relevantes, pero la mayor parte del año alternan y abre una semana cada uno, ambos vendedores están allí hace muchos años, son conocidos

por todos y guardan las flores junto a la verdulería, que funciona en un local cuya dueña es la señora del puesto. Cuando quise entrevistarla, me respondió que estaba muy ocupada porque le habían llegado las flores.

El Central está imbricado con el barrio que se constituyó a su alrededor: es por eso que aparece frecuentemente en el discurso de los vecinos y comerciantes próximos, con quienes sigue trazando vínculos. Quienes visitan el Central entran y salen por el mismo pórtico, la necrópolis puede recorrerse fácilmente a pie. Dadas las condiciones de accesibilidad, cercanía a avenidas y a medios de transporte, muchos “pasan” por el cementerio y continúan con su rutina. Esto tiene que ver con la ubicación y posición hoy céntrica, pero también con su tamaño. Uno de los cuidadores refirió al cementerio durante una entrevista como “un pañuelito”: “Quedó un pañuelito esto”.

Al interior de los muros, el cementerio también se fue transformando con el paso del tiempo. Sin embargo, es posible identificar lápidas fechadas en el siglo XIX, así como también registros de inhumaciones en los libros correspondientes. Parafraseando a de Certeau (2000), el cementerio-panorámico y el cementerio-metafórico son instancias no excluyentes, pero diferentes. Los trabajadores tienen un conocimiento particular del espacio en gran medida internalizado y naturalizado. Hay sitios que se modificaron y solo ellos pueden dar cuenta de lo que allí había. Un día muy lluvioso en el que iba a entrevistar a uno de los trabajadores, él me invitó a pasar a una galería de nichos para conversar allí. Como poco después ingresó un visitante y no queríamos importunarlo, tuvimos la conversación en el interior de un panteón. Yo me senté en un escalón, en el altar, a mi alrededor, nichos, placas y fotografías de fallecidos. Él dejó la puerta abierta y se sentó en la baranda de la escalera que daba a los subsuelos, sin ningún tipo de apoyo en la espalda. A mí me impresionaba la soltura con la que se manejaba: claramente, yo estaba conociendo un lugar que él dominaba por completo.

En una oportunidad, ante mi consulta, uno de los empleados me explicó cómo leer algunas de las abreviaturas que aparecen en los libros del cementerio. Si el fallecido está en tierra, se consigna sección - tablón - fila - sepultura. Las primeras tres categorías se indican mediante la señalética en la necrópolis. Para llegar a la sepultura, en cambio, hay que contar individualmente. Si hay una bóveda, esta vale por cuatro sepulturas. Me mostró esto en el plano del cementerio, me contó que los entierros son “cabeza con cabeza” e incluso hizo un dibujo para graficar la sección y su interior (era una especie de rectángulo dentro del que delimitaba otro espacio que era el tablón y dentro, las sepulturas). Sin

embargo, me explicó que hay algunas secciones que tienen “trampa”. Entiendo que esto tiene que ver con la antigüedad del cementerio, las ampliaciones y remodelaciones. Si el fallecido está en un nicho, se indica panteón - c (la "c", si aparece, significa “central”) - fila - número de nicho.

Si alguien se acerca al cementerio buscando una sepultura, estos son los datos que se le consignan en un papel. Es clave que la persona sepa el nombre del fallecido/a y la fecha de defunción, para poder ubicarlo en los libros. En varias oportunidades me tocó observar que llegaran a la necrópolis con este tipo de consultas, y siempre los empleados asistieron estas demandas con atención y excelente predisposición. En muchas ocasiones, además, el visitante recibió el acompañamiento de los trabajadores para llegar a la tumba buscada. En fechas especiales, como el Día de la Madre, la gran mayoría de los trabajadores (de campo, cuidadores, de seguridad, etc.) colaboran ayudando a los deudos a llegar a las sepulturas si estos no saben cómo hacerlo, incluso aún culminado su horario laboral.

Luego de las explicaciones, para comprobar mi entendimiento del asunto, mi interlocutor me solicitó que encontrara una sepultura en tierra: me hizo anotar sección - tablón - fila – sepultura, nombre del fallecido y salir a buscarla, como en una especie de desafío. Poco después, vino a comprobar si la había encontrado.

“La historia comienza al ras del suelo”, sostiene de Certeau (2000:109) para caracterizar el espacio urbano como un espacio vivido en el que ciertas prácticas pueden “escapar” de la disciplina que caracterizara el pensamiento foucaultiano, pero sin estar del todo fuera de ella. En ese sentido, de Certeau se detiene en los intersticios, las posibilidades de acción de los sujetos en los márgenes de la estructura. Resulta sumamente interesante la analogía que el autor establece entre el andar y la teoría de la enunciación: el “yo” define un lugar en el discurso -el lugar del que enuncia- e instaura otros; hay términos, los deícticos, cuyo sentido se define a partir de la posición del hablante. “Todo relato es un relato de viaje, una práctica del espacio”, afirma de Certeau (2000:128). Ahora bien, ¿cuáles son categorías que manifiestan los trabajadores del cementerio?

Una de las categorías que aparece frecuentemente en el discurso es “campo”. El campo refiere al cementerio en general, por fuera del sector de la administración. En otras palabras, los trabajadores usan expresiones como “en campo hay X (cantidad)” o “está en el campo” para referirse a que uno de ellos está en algún lugar del cementerio. Uno de ellos lo sintetiza del siguiente modo: “Salí de la oficina para acá y todo es campo”. Otro

término que usan asiduamente es “servicio”: con él se refieren a los sepelios. Es habitual que afirmen “hoy hay X (cantidad) servicios”, por ejemplo.

Respecto de los modos de denominar a los muertos, surgen algunas diferencias interesantes vinculadas, entre otros factores, con la cuestión espacial. Uno de los primeros lugares en los que pusimos especial atención al comenzar el trabajo de campo fue el osario, que fuera otrora una bóveda. En determinado momento, la municipalidad la expropió para, luego, excavar y ampliar el subsuelo, donde funciona el osario propiamente dicho.

Los difuntos que llegan a este sitio lo hacen en forma de huesos, dispuestos en bolsas de consorcio, o en forma de cenizas, contenidas en una urna. Los trabajadores hablan de “restos” cuando se trata de restos óseos, y disponen estos en bolsas sobre la trampilla que da al subsuelo. De acuerdo con las palabras de los trabajadores, los restos se “bajan” rápidamente, en función, por ejemplo, de evitar profanaciones. Es frecuente que la bolsa que contiene los huesos tenga una etiqueta con el nombre del difunto/a o alguna de las placas recordatorias de la tumba sobre ella. Las cenizas, en cambio, permanecen en el altar del osario, cada una en su urna, con la denominación correspondiente. En palabras de varios de los trabajadores, las cenizas se dejan allí un tiempo, que puede ser variable (“una semana”, “un mes”, “hasta que se llene el estante”), ya que los deudos suelen volver a visitar el osario una vez allí dispuestas. Entonces, el tratamiento es diferente y los sitios que ocupan los muertos también, de acuerdo con la materialidad de los restos. Una vez que estos descienden al subsuelo, también se disponen de manera diferente según se trate de restos (huesos) o cenizas. Los primeros se ubican en el osario propiamente dicho, las últimas se apilan en sus respectivas urnas. Esta taxonomía se replica en el libro de inhumaciones cada vez que se registra un traslado al osario.

El osario parece ser, en gran medida, el espacio de la indiferenciación. Aun cuando en el discurso de los trabajadores hay distintas percepciones sobre él, como veremos más adelante, las formas de denominación, una que vez se llega allí, son las planteadas anteriormente. Varios harán referencia al osario como un sitio prácticamente invisibilizado, hasta “escondido”: en efecto, para muchos visitantes es una especie de “elipsis”, en términos de Certeau (2000). Yo misma lo conocí gracias a que allí me llevó uno de los trabajadores, pero muchos de los asistentes al cementerio ignoran su existencia. Sin embargo, uno de los trabajadores más antiguos afirma: "Si me preguntan a mí, el osario es el mejor lugar". Explica que si estás en una bóveda o un nicho quizás con el

tiempo tu familia deja de venir o te remueven, en cambio, ahí sabés que “quedás” en el cementerio.

Distinto es el caso de los modos de referirse a las bóvedas. Los cuidadores particulares, personal externo contratado directamente por las familias para cuidar sus bóvedas, se refieren a ellas generalmente por el apellido que figura en la fachada. Cuando denominan a los familiares que han contratado sus servicios, en general, se refieren a ellos como “clientes”. Respecto de sus tareas, uno de ellos me dijo: “Esto es como tu casa”, para expresar fundamentalmente la necesidad del mantenimiento que exige, regar las plantas, limpiar, lustrar, entre otras tareas.

Pero varios de los empleados del cementerio, cuando mencionan las bóvedas, refieren a alguna característica particular de quien las habita. Por ejemplo, en una ocasión, conversando una colega y yo sobre una bóveda con uno de los trabajadores, para ubicarlo espacialmente, le describíamos el recorrido que había que hacer desde la entrada del cementerio para llegar hasta el pasillo en cuestión. Su respuesta fue: “La del médico” (haciendo referencia a la profesión del fallecido). Y luego: “La del músico” (por un relieve dispuesto en el frente en homenaje a otro fallecido, que yace en esa misma bóveda). En este último caso, sobre todo, la referencia no era para nada evidente. Esto da cuenta de ciertas formas de conocimiento y apropiación del espacio que tienen directamente que ver con el quehacer cotidiano de quienes lo habitan.

"Ando por todos lados", me dice uno de los trabajadores de campo. Y luego agrega que el cementerio es "su casa". Afirma que, por la cantidad de horas que pasa allí, es como su “segunda casa”. Asegura también que él pintaría algunas bóvedas “gratis” solo para entrar y ver algunos vitreaux. Cuenta que a veces la gente sorprendida le pregunta cómo él sabe si asiste o no al cementerio y me explica que la gente es como su "familia". Hay en este último discurso otra cercanía y proximidad con el espacio y con los asistentes al cementerio. La casa, aquí, se menciona como sinónimo de espacio familiar que se habita, en el que se trazan relaciones, mientras que en el discurso anterior estaba asociada predominantemente a la dimensión del mantenimiento y cuidado: como una casa, una bóveda debe atenderse.

Sin duda alguna, el modo en que denominamos los lugares da cuenta de nuestra relación con ellos y viceversa. Sergio Visacovsky (2008) postula categorías de actualización de los espacios mediante las prácticas y sistematiza cuatro operaciones: nominación, reglas

y orden, lengua oficial e itinerarios de viajes. Aun cuando la etnografía en cuestión no refiere a un espacio funerario, es posible considerar la aplicación de estas categorías a las prácticas de los trabajadores: los espacios tienen nombres, hay reglas de “entrada, salida, circulación y permanencia” (Visacovsky 2008: 99; Canelo, 2013), hay una jerga profesional y también desplazamientos que organizan “narrativas espaciales” (Visacovsky, 2008: 99). En lo que atañe a este apartado, consideraremos especialmente la cuestión nominal, dado que nos permite acceder al modo en que organizan y refieren al propio espacio a partir de la forma en que lo nombran.

Otra bóveda del cementerio es conocida como la del “Angelito”, porque allí yace un niño. En el contexto del cementerio, la categoría “Angelito” es bastante amplia y refiere siempre a un niño/a fallecido, cuya edad puede variar notablemente. Incluso, ese término aparece utilizado en el libro de inhumaciones. El “Angelito” implica una categoría particular de difunto, ya que es una constante en las diversas conversaciones con los actores que se mencione como una condición que impone necesariamente un límite en el quehacer cotidiano: es el fallecimiento de un niño/a el acontecimiento que varios mencionan como un hecho que inevitablemente los afecta. En el caso de la bóveda mencionada al comenzar este párrafo, existe otro modo de denominación frecuente: “la de la jueza”. Esta denominación alude a la profesión de un familiar del angelito.

Hace ya varios años, dos trabajadores armaron una sección especial para los angelitos. Este espacio se constituyó con estatuas, floreros, entre otras cosas, que diferentes personas descartaban de otros sitios del cementerio. Les decían: "Esto si querés vendelo, regalalo", por ejemplo, al desocupar una bóveda, y ellos iban poniendo todo en ese sector, debajo de unos árboles, cerca de uno de los pocos bancos que hay en la necrópolis. Luego de contarme cómo surgió este espacio, mi interlocutor, uno de los gestores de esta sección, agrega: "Los chicos tienen que tener un lugar". En este ejemplo podemos observar cómo en la práctica, además de denominar y jerarquizar algunos sitios del cementerio, el espacio se construye en función de lo que aquí se plantea como imperioso, otorgar un lugar a quienes no lo tienen y, como veremos más adelante, son una categoría particular de fallecidos. En otras palabras, además de habitar los espacios, narrarlos, describirlos, los trabajadores pueden construirlos y, de ese modo, darles existencia.

Un hito obligado es una de las tumbas mencionadas en la presentación: el único mausoleo público municipal del cementerio, una sepultura que contiene a los restos de doce jóvenes fallecidas en un incendio en una fábrica de zapatillas en Martínez, el 26 de agosto de

1950. En la primera recorrida por el cementerio, como hemos anticipado, el trabajador que nos guiaba nos dio a conocer este lugar, coronado con un gran ángel que lleva una rosa con el tallo quebrado en su mano, y se refirió a él como “la tumba de las Chicas”. Tanto el osario como la tumba de las Chicas son referencias a las que muy difícilmente hubiese llegado en mis primeras visitas al campo, de no ser por aquel recorrido guiado de 2016. El osario es, para muchos, imperceptible, y la tumba de las Chicas está en una de las secciones de sepulturas en tierra, y el ángel de tamaño natural está dentro de una hornacina de espaldas al camino por el que la gente transita.

Un extrabajador, en una de las entrevistas, menciona esta última y aclara que tiene una estatua de mármol de carrara: “Siempre quería que lo limpien”. Y destaca la necesidad de “respetar ciertos lugares”. Respecto del monumento a la Madre, un extrabajador afirma que allí “siempre dejaba flores. Me ocupaba de que el pasto esté perfecto cortado”. Lo consideraba un “lugar lindo para que la madre se sienta representada” y, además, para que vea representada “la madre quien no la tenía.”

En el caso de las bóvedas, fundamentalmente, los trabajadores parecen instaurar al muerto allí a partir de algún rasgo característico: la profesión, la edad (el Angelito, las Chicas), incluso la profesión de un familiar. Esto resulta significativo porque muchos de ellos tienen pleno conocimiento de la arquitectura de las bóvedas, por ejemplo, porque las pintan o porque las ven a diario y, sin embargo, las formas de referirse a ellas no tienen tanto que ver con las estructuras visibles ni con la ubicación convencional (en tal pasillo, en tal sector, por ejemplo), sino con las particularidades del fallecido/a o hasta de algún familiar, lo que podría interpretarse como una relación de familiaridad con los muertos, a quienes instalan a partir de quienes fueron en vida/son en el cementerio.

Hay un tópico transversal en este apartado que es la cuestión del respeto. Las relaciones entre trabajadores y el espacio del cementerio se erigen sobre la base de la idea de que este es “un ícono”, un “lugar sagrado”, como afirma el epígrafe que da inicio a este capítulo. Esta necrópolis se concibe así como un sitio que alberga la memoria barrial, que tiene valor patrimonial y que es necesario respetar, cuidar y defender. Varios de los trabajadores de la necrópolis están sumamente interesados en conocer más y mejor el lugar en el que se desempeñan. Explican que muchas veces les consultan por alguna tumba y ellos quieren saber dónde está para asesorar a la gente. También han manifestado que les gustaría asistir a las visitas guiadas que se hacen en el cementerio para conocer más sobre él o incluso que, a partir de estas, empezaron a detenerse en la historia, en los

símbolos y en otros aspectos de la necrópolis. Esto da cuenta de la valoración particular del espacio y alimenta un sentido de pertenencia que se expresa en sus prácticas.

1.4. A modo de conclusión

Este capítulo propone un recorrido que nace en el partido de San Isidro para llegar al cementerio Central y su barrio. Hemos comenzado con una breve presentación del municipio y de su heterogeneidad para detenernos, luego, en la caracterización general de los espacios de la muerte que existen en el partido. En este sentido, hemos procurado trazar similitudes y diferencias entre los cementerios y sus “públicos” y leerlos desde sus relaciones con los contextos en que surgen para enmarcarlos en diferentes tipologías de necrópolis.

La descripción del Central, la necrópolis en cuestión, posibilita conocer sus rasgos generales. La revisión de los antecedentes históricos permite ubicar los orígenes de este cementerio en términos espaciales y temporales y encuadrarlo en un clima de época que explica algunas de las correspondencias con el cementerio de la Recoleta. La tercera y última sección se propone dar cuenta de la construcción de la espacialidad por parte de trabajadores. El espacio, lejos de ser inerte o un simple escenario, es construido mediante las prácticas de los actores a quienes, simultáneamente, construye.

La necrópolis y el barrio aparecen imbricados e instalados indisolublemente en la memoria colectiva. Las formas de construir espacialidad varían: se puede nombrar el espacio de modos particulares, se lo puede cuidar, transformar, defender, intervenir, hacer visible para otros, quizás recordarlo con nostalgia o habitarlo con una “naturalidad” que solo porta quien lo conoce, se lo puede llenar de relatos y de experiencias o describir desde un plano, pero, sin duda alguna, hay un sentido de pertenencia entre los trabajadores que tejen vínculos con el cementerio.

Los muros del Central revisten de cierta ambigüedad: si bien delimitan material y simbólicamente el cementerio, son, claramente, porosos, pues no impiden las relaciones entre el interior y el exterior. Esa misma porosidad puede aplicarse a las relaciones entre vivos y muertos en el caso de la necrópolis, como veremos en los próximos capítulos.

Capítulo 2: Los trabajadores y la “cultura” del cementerio

"Siempre la muerte ronda en todas las cosas, siempre".

Expresión de un extrabajador.

En este capítulo daremos cuenta de cómo es trabajar en el cementerio a partir de la perspectiva de diferentes actores que, de algún modo, se vinculan laboralmente con él. En un primer momento, presentaremos algunas categorías de trabajadores y exploraremos sus trayectorias vitales y profesionales para, luego, desarrollar sus diferentes puntos de vista a la hora de narrar sus experiencias. En este sentido, haremos una primera distinción que tiene que ver con recorridos diversos: quienes se desempeñan en el cementerio siguiendo una “tradición familiar” y quienes arriban a él después de haber tenido otros empleos. En un segundo apartado, nos detendremos en las contribuciones de David Sudnow (1971) respecto del “trabajo mortuario” y quienes lo llevan a cabo. En este punto, nos interesa especialmente examinar un aspecto transversal a todas las categorías de actores que desempeñan actividades relacionadas con la muerte, es decir, indagaremos en cómo los actores perciben su propia tarea, cuáles son las dificultades más frecuentes, qué dimensiones de sus quehaceres cotidianos han naturalizado. Consideraremos, además, algunos escritos en los que se ha abordado específicamente la figura del trabajador del cementerio, como es el caso de María Elena Tuma, Liliana Lalanne y Liliana Rothkopf (2005), Pablo Esteban (2017) y Ana Sánchez (2020/2021, 2021). Nos detendremos también en algunas de las rutinas que los actores llevan a cabo en el día a día para separarse del ámbito laboral, aunque retomaremos este punto en el capítulo final. En una tercera sección, presentaremos algunas reflexiones que los trabajadores han manifestado sobre la muerte en general, pensamientos estos que ligan a la experiencia que tienen o han tenido en el cementerio.

Ser parte de la necrópolis confiere a los trabajadores un lugar privilegiado para observar y experimentar los modos de vivir la muerte y sus transformaciones a nivel general. En este sentido, en la cuarta y última sección, ahondaremos en las percepciones y los registros que ellos manifiestan respecto de cómo ha mutado lo que varios denominan “la cultura del cementerio”. Para abordar este apartado, tomaremos algunos aportes de Olivia Angé y David Berliner (2015) en relación con la categoría “nostalgia”. Nos

concentraremos, además, en tres de las variantes que los propios actores reconocen como relevantes para caracterizar el clima de época: el cambio generacional, las crisis económicas y la extensión de la práctica de la cremación. Finalmente, retomaremos los principales aspectos del capítulo a modo de conclusión.

2.1. Las clasificaciones profesionales

Abordaremos aquí algunas de las diferentes categorías de trabajadores para, luego, aproximarnos también a cómo se produce la llegada de estos al cementerio. En este apartado consideraremos especialmente dos tipos de actores: los cuidadores o cuidadores particulares y los trabajadores de campo. Los cuidadores particulares son personal que es contratado directamente por las familias para cuidar y mantener una bóveda o un nicho en un determinado panteón. No trabajan en relación de dependencia, sino que son contratados por los deudos de manera particular. Están en el cementerio todos los días en el horario de siete a once aproximadamente. Tienen un espacio, un pequeño cuartito en el que permanecen cuando no están en el campo. Los trabajadores de “campo” son empleados municipales, es decir, trabajan en relación de dependencia y están a cargo de tareas diversas por fuera de las administrativas (inhumación, exhumación, mantenimiento de los espacios, traslado de ataúdes, por ejemplo) y que se llevan a cabo en lo que ellos denominan “campo”, es decir, en todo el cementerio menos en la administración. Están a cargo del capataz. El número es fluctuante, actualmente, en promedio, son once personas, sin embargo, durante la mayor parte de la etnografía eran alrededor de siete. Las trayectorias vitales de los trabajadores del cementerio son diversas. La primera distinción que haremos será entre quienes acceden a trabajar en el cementerio a partir de una relación de parentesco, es decir, siguiendo una especie de tradición familiar y quienes no. En este último caso, los actores ingresan a la necrópolis después de haber incursionado en otros trabajos.

En el caso de los cuidadores hay una tónica que podríamos llamar “hereditaria” o “transgeneracional”, mediante la cual ellos asumen un trabajo que era de sus respectivos padres. En otras palabras, desde pequeños son parte del espacio, ya que acompañaban a sus padres para colaborar en fechas particulares. Por ejemplo, recuerdan que cuando ellos eran chicos, en el cementerio había unas pocas canillas adelante y otras atrás y eran los encargados de llevar agua en tachos, tarea por la que la gente les daba una propina: “Lo mamamos de chiquitos”, me explica uno de ellos. Esto mismo, aseguran, sucede con uno de los encargados de los puestos de flores. A partir del fallecimiento de los padres, son los hijos quienes se hacen cargo de continuar con las tareas. Sus padres, cabe aclarar, tenían dos empleos para mantener a sus familias, uno de estos era en relación de dependencia, el otro, en la necrópolis. Mis interlocutores me explican que en esa época

“era así”. Recordemos, además, que los cuidadores particulares no tienen un salario fijo, sino que tratan directamente con los deudos, quienes, si aceptan sus servicios, les pagan por su trabajo. De modo tal que su escenario puede fluctuar en diferentes épocas. Aun cuando la experiencia de sus padres en el cementerio es parte de un tiempo pasado que caracterizaremos más adelante, dejan en claro que los dos empleos eran necesarios para mantener a sus respectivas familias.

Uno de los cuidadores es veterinario, y concibe esta profesión como aquella a la que aspiró toda su vida. La muerte de su padre, que recuerda como “un balde de agua fría”, lo obliga a hacerse cargo de continuar con la tarea, a “armar registros, porque la gente demandaba”. Este armado de registros tiene que ver con que mucho del trabajo del padre era de palabra. Entonces, lo primero que hace es recopilar y organizar esa información. Afirma: “Me lo cargué al hombro yo solo [...] Es el [trabajo] que le dio de comer toda la vida a mi familia”. En la actualidad, cuida 200 bóvedas aproximadamente. El cuidado de una bóveda implica tareas de diversa índole: limpiar vidrios, vitrales, avisar a los propietarios si algo se daña, evaluar la colocación de membranas, secar umbrales, entre otros. Básicamente, todo el trabajo de limpieza y mantenimiento, menos lo que corresponde a pintura y albañilería.

Podría observarse en los casos aquí incluidos una especie de mandato implícito que opera en diferentes direcciones: por un lado, los trabajadores continúan con el legado de sus padres, como en una tradición que atraviesa las generaciones, aun cuando tengan otros intereses y/o profesiones; por otro lado, dentro de la clientela, hay quienes conservan la bóveda familiar “por mandato”, sosteniendo como por inercia una costumbre instalada por quienes los precedieron. De alguna manera, entonces, los actores mencionados siguen una tradición familiar que los vincula con el espacio y las tareas: una especie de herencia que han recibido y que les ha permitido también ser testigos y partícipes de algunas de las transformaciones observables en la necrópolis a lo largo del tiempo. Respecto de los visitantes, afirman que hay gente que viene casi todas las semanas o dos o tres veces por semana inclusive. Hay otros, en cambio, que no vienen nunca. Lo sintetizan de la siguiente manera: "Es muy personal, depende el mandato o cómo se siente con el fallecido".

La entrevista se lleva a cabo en un pequeño cuarto en el que hay dos sillas, una mesa, una estantería con bidones de agua, un poster de Messi sobre una especie de armario, una pava eléctrica, un insecticida, una radio encendida, entre otras cosas. Al reflexionar sobre

sus tareas, me cuentan que, en muchas ocasiones, les toca “poner el oído” y que los vínculos con los deudos pueden ser diferentes: "Sos como la persona que le está cuidando al ser más querido, sos especial [...] Otros no te valoran. Otros no te quieren pagar. O creen que les querés sacar plata. Hay de todo”.

En el caso de los cuidadores particulares, la tecnología les permite hoy sostener el vínculo laboral con sus clientes telefónicamente: ellos envían fotografías de las tumbas a los deudos y reciben sus pagos vía transferencia. Entonces, no necesariamente se encuentran personalmente con los familiares, como antaño, aunque sí sucede con los casos en que los familiares asisten frecuentemente a la necrópolis. La tecnología, en otros órdenes, puede ser también un inconveniente: el uso de la “sopladora” para limpiar las superficies de pasto, después de cortarlo, genera, por ejemplo, que restos de pasto lleguen incluso hasta el subsuelo de las bóvedas. Cuando estamos finalizando la conversación, mis entrevistados enfatizan el hecho de que el trabajo en la necrópolis les trajo muy buenos contactos, con “gente importante”, es decir, se detienen para destacar esto como un beneficio. Muchos de sus clientes son producto del vínculo que antes tuvieron con sus padres, de modo tal que aquí también podemos considerar el peso de lo transgeneracional.

Como hemos anticipado, los recorridos son diferentes. Varios trabajadores de campo tuvieron diversos empleos, desde pintar en altura hasta manejar vehículos o desempeñarse en un taller mecánico, hasta que llegaron a la necrópolis. Uno de ellos, de menos de cuarenta años, tuvo una experiencia cercana a la muerte, un accidente que no llegó a mayores pero que considera clave a la hora de explicar por qué aceptó trabajar en el cementerio. Enfatiza que se planteó la necesidad de tomarse las cosas con más calma y aceptar un empleo que le diese más tiempo, aunque menos dinero.

Varios de los trabajadores de campo han estado previamente en el cementerio de Boulogne. Como hemos anticipado en el primer capítulo, la escala es distinta: el de Boulogne es un cementerio más grande y de mediados del siglo XX. Sin embargo, a pesar de las diferencias, varios refieren a Boulogne para narrar su experiencia laboral en el área. Dos de los entrevistados reconocen el trabajo en el cementerio como el mejor que tienen o han tenido en sus vidas. En este sentido, el aspecto que destacan es el hecho de “ayudar” a la gente en el momento en que más lo necesita. Manifiestan con claridad que les toca desenvolverse en un ámbito en el que el sufrimiento está a la orden del día. Sin embargo, son estas mismas circunstancias las que enaltecen una especie de vocación de servicio que se cristaliza en sus prácticas. Como veremos en las secciones siguientes de este

mismo capítulo, muchos de los trabajadores reflexionan profundamente sobre sus roles, sus labores y sobre la muerte misma.

2.2. El trabajo mortuario: del distanciamiento a la empatía

Las nociones que presentaremos en este apartado son aplicables a todas las categorías de trabajadores abordadas en esta tesis, es decir, a los cuidadores, a los trabajadores de “campo”, a los extrabajadores, a los vecinos/as involucrados en las tareas cotidianas del cementerio, a los empleados de seguridad, a los empleados administrativos. Existen ciertas transversalidades vinculadas con el hecho de trabajar con la muerte que nos interesa explorar y que, entendemos, se manifiestan de alguna o de otra manera en todas las clasificaciones anteriores. Sin embargo, algunas de ellas, las que más directamente tratan con el cuerpo muerto o con los familiares y allegados son especialmente relevantes en este sentido, ya que lidian cotidianamente con dimensiones de la muerte que muchas veces son inaccesibles o poco accesibles para quienes no tienen el estatuto de trabajador mortuario.

Las tareas que desempeñan exigen cierto distanciamiento: "Si voy a llorar por cada muerto que me entre, estaría loco [...] No me lo voy a tomar a pecho", afirma uno de los cuidadores. Sin embargo, dentro de esta naturalización que tiene que ver con el quehacer cotidiano, el límite parece ser la muerte de un infante. Este será un motivo recurrente entre los trabajadores: el entierro de un “angelito” los afecta inevitablemente, como veremos más adelante. En el discurso es frecuente que utilicen expresiones como “injusto” o “injusticia” para hacer mención a esos casos.

En *La organización social de la muerte*, David Sudnow (1971) sostiene que poco se ha dicho sobre el acto de morir en las sociedades occidentales contemporáneas a partir de investigaciones empíricas. Es por eso que realiza un estudio etnográfico en torno al "trabajo mortuario" y quienes lo llevan a cabo en el que se propone indagar en las diferentes operaciones que hacen a la que llama la "actividad «matriz»: la producción de la persona muerta o moribunda" (1971: 15). Si bien la etnografía de Sudnow (1971) remite a otro contexto, es sumamente relevante para nuestra tesis el hecho de que reflexiona sobre las tareas vinculadas con la muerte y quienes las ejecutan. El autor sostiene que los acontecimientos biológicos que denominamos y reconocemos como "muerte" implican necesariamente actividades sociales (Sudnow, 1971: 15). En este

orden, sería complejo intentar discernir entre las dimensiones biológica y social del fenómeno en cuestión¹³. Sudnow se detiene en la burocracia, en los equipos que se utilizan ante una muerte y, sobre todo, en las múltiples actividades que esta supone en la rutina diaria.

En síntesis, para quienes trabajan con la muerte, esta es parte de la cotidianidad e implica, fundamentalmente, un repertorio de actividades. El modo en que la experimentan los administrativos es diferente del de aquellos que tienen contacto directo con el cadáver. Para el caso de la necrópolis esta diferenciación opera, pero con algunas salvedades, ya que quienes están en la administración tienen contacto con los deudos. En otras palabras, si bien sus actividades son diferentes de las del resto de los trabajadores del cementerio, son empleados cruciales en la interacción con los familiares y allegados, lo que no siempre les resulta una tarea sencilla, dado que están en contacto con el dolor de los otros/as.

En el caso analizado por Sudnow (1971), la muerte de alguien, como hecho social, implica actos de diferente índole. La tarea de amortajar el cadáver corresponde generalmente a ordenanzas y asistentes. Aun cuando la realizan habitualmente, es una actividad que definen como desagradable y, si es posible, muchos evitan llevarla a cabo. Sudnow explica que se ponen en marcha distintas estrategias para evadirla, como extender el momento de recreo o incluso camuflar la muerte de un paciente para que tenga que ocuparse de la tarea el personal del turno siguiente (1971: 73). También refiere a situaciones en las cuales aparecen ciertas formas de humor que suponen un distanciamiento respecto de lo que está sucediendo. A pesar de que define su etnografía como un análisis organizacional para el caso en cuestión, estipula que “morir” y “muerte” no pueden ser categorías definidas de antemano (1971: 141). Este aspecto también nos parece destacable, ya que lejos de naturalizar las denominaciones, el autor problematiza los alcances de las diferentes categorías mediante la etnografía.

¹³ "Puede realizarse una distinción tentativa entre «muerte clínica»; la aparición de los «signos de la muerte» en el examen físico; «muerte biológica»: cesación de la actividad celular; y una tercera categoría, «muerte social», que dentro del ambiente del hospital, se da en el momento en que el paciente es tratado ya como un cadáver, si bien «clínica» y «biológicamente» esté aún vivo" (Sudnow, 1971: 67). El autor trabaja también la categoría "muertos a la llegada" (1971: 86), que refiere a pacientes que están arribando al hospital y son clasificados como muertos aun cuando no necesariamente lo estén, por lo que Sudnow la considera una categoría ambigua.

En esta línea, retomando la expresión de uno de los actores de la necrópolis, trabajar con la muerte implica cierto distanciamiento, de otra manera el quehacer cotidiano se vuelve insostenible. La contracara del distanciamiento es la empatía y, junto con ella, la vulnerabilidad. Estas parecen manifestarse ante ciertas categorías de fallecidos. En el caso del cementerio, como hemos visto y como veremos, sin duda alguna, el límite lo encarna la muerte de un niño/a.

Un extrabajador, que se desempeñó durante más de diez años en el cementerio, asegura que en ese trabajo "Ayudás a la gente en su peor momento". Destaca que en su quehacer trataba cotidianamente con los deudos y que estos los querían mucho. Y agrega: "Hay que bancarse todo [...] Uno está para consolar". Me explica también que en el cementerio surgen "problemas que la gente no está acostumbrada a escuchar". Menciona, por ejemplo, la pérdida de líquido raquídeo de un ataúd en bóveda o nicho. Cuando tiene que mencionar lo que le resulta difícil de soportar, nombra a los "angelitos": "Te pega en el pecho [...] A todos los empleados. Ninguno soporta eso". Narra que cada uno pone lo mejor de sí y hace su parte, pero lo plantea como un límite que inevitablemente los afecta. Durante la entrevista, me explica también que hay días en que es "todo tristeza" y que quienes trabajan en el cementerio tienen que construir una "coraza [...] De lo contrario, sos una especie de esponja [...] se absorbe todo". También refiere a la relevancia de "sacarte el traje para volver a tu casa bien [...] Pocas veces vivís algo con alegría¹⁴". Cuenta que, por ejemplo, si fallece una persona muy, muy mayor, "y decís, la vivió toda", se despide a la persona a modo de homenaje. Explica que su trabajo le encantaba, pero que "tenés que hacerte fuerte". Nuevamente aquí aparece, mediante la noción de "coraza", la necesidad de estar allí, llevando a cabo las tareas que hay que hacer, con clara conciencia de que es un momento doloroso y que hay que generar fuerzas para poder desempeñarlas. Nos detendremos en este punto más adelante.

Mi interlocutor destaca la relevancia de respetar lo que la gente quería. Menciona el ejemplo de una señora que le pidió tapar el ataúd de su compañero fallecido con una frazada aduciendo que su marido "es friolento". Agrega: "Cada uno el dolor lo vive como puede". Por eso, entiende que su labor se trataba de "apoyar como sea", de colaborar con

¹⁴ Otro aspecto relevante que aparece en algunos discursos es la necesidad de contar con algún tipo de asistencia psicológica, por lo menos, una vez cada tanto, porque, en palabras de uno de los trabajadores, "este trabajo no es para cualquiera".

lo que la gente necesitaba. Afirma que hay miles de historias así. Hay quienes quieren dejar un osito de peluche en la sepultura de un bebé, quienes asisten todas las tardes a tomar mate y a conversar con el familiar fallecido, quienes no vuelven nunca más al lugar. Este extrabajador expresa:

"Cada cual lo vive como puede y como quiere [...] El cariño se ve. El extrañar a la persona. Se ve los que van por culpa. Hay muchos [...] Yo no juzgaba a nadie, cada cual lo vive como puede o quiere".

Es por eso que destaca la importancia de "defender las ofrendas que les llevaban a los fallecidos". Me da un ejemplo: "Si vos querés poner un palo de golf, trataba de que ese palo de golf no lo sacara nadie". En este sentido, reflexiona respecto del contexto de la pandemia y asegura que le hubiese resultado sumamente problemático (él ya no se desempeñaba en la necrópolis para ese entonces), dado que las reglamentaciones para gestionar los entierros bioseguros limitaban la posibilidad de despedirse de los seres queridos.

Uno de los trabajadores de campo, con experiencia en este y en otro cementerio, durante una conversación que tenemos en el pórtico, me narra el que, a su juicio, fue el mejor entierro que recuerda, hace ya varios años, en el que una familia que define como "medio hippie" fue con la guitarra a cantar canciones que le gustaban a la mamá fallecida mientras compartían una bebida, habla de "energía copada" en ese caso. Por el contrario, recuerda ocasiones en que fue destrutado por algún deudo, a quien caracterizó como "gente de plata". En esa oportunidad, cuando él comunicó que tenía que "proceder" (es decir, sacar el ataúd de la capilla para trasladarlo a su tumba), le respondieron que él no podía prohibirles despedirse del ser querido. Ante esto, asegura: "Y yo estoy haciendo mi trabajo. Es mi trabajo. Alguien lo tiene que hacer". El episodio, finalmente, requirió de la intervención de "los muchachos" (otros compañeros). Afirma que otros familiares, en cambio, le piden disculpas y le dicen que están "en una nube" (hace un gesto con la mano, como cubriéndose la cara temporalmente, como si alguien estuviera embotado). Aquí nuevamente podríamos mencionar la rutinización de las tareas: mi interlocutor sabe perfectamente cuál es su trabajo y tiene plena conciencia de las circunstancias con las

cuales está lidiando. En este quehacer diario, hay algunos casos, sin embargo, que, para bien o para mal salen de la cotidianidad y son relatados como episodios particulares.

2.2.1. “Como estatuas”: la invisibilización

Uno de los trabajadores de campo más antiguos, con amplia experiencia en este y otro cementerio, afirma: "Yo amo este trabajo". Me explica que reforzó valores que traía desde su casa, habla del crecimiento y del respeto. Me cuenta que las cosas que escucha o vive “no pasan de largo”. Narra que muchas veces ellos están ahí, parados, escuchando, “como estatuas”, pero que algo de todo eso queda, “no son palabras que pasan y listo”. Muchas veces les toca escuchar, contener, también abrazar. Define su trabajo como “la palmada invisible”. Este aspecto nos parece sumamente importante porque tiene que ver con una propia lectura de la invisibilización. Ellos están allí, como si fuesen parte del paisaje, “como estatuas”, pero son quienes están acompañando a otros en el momento más difícil. Y lo que viven como parte de sus tareas repercute en ellos también. Mi interlocutor habla de su "sobrevoluntad" para ayudar, porque entiende que nadie va allí "de shopping". Entonces, por ejemplo, les sugiere a las señoras mayores esperar a la sombra, les alcanza un vaso con agua. En este sentido, afirma que al cementerio “viene mucha gente grande”. Otra de las cosas que reforzó con su experiencia laboral es charlar las cosas en vida, algo así como no dejar pendientes y aprovechar que se está vivo/a. Entre las tareas más difíciles, nuevamente, aparecen los angelitos, a quienes define como una “persona en miniatura”. Explica que cuando muere alguien joven piensa: "No dejó ni una semilla". También menciona como situación difícil que ha experimentado alguna vez en su vida laboral el traslado de un cuerpo de un ataúd a otro cuando aún no se trata de huesos.

Un escrito de Tuma, Lalanne y Rothkopf (2005) indica algunos hitos en la historia de la labor de los trabajadores del cementerio, fundamentalmente con centro en el caso del cementerio de la Chacarita. Las autoras mencionan, por ejemplo, el contexto de la epidemia de fiebre amarilla como uno de los hechos en los cuales se puede visibilizar la “función social” del sepulturero: en dicho momento, la muerte de doce sepultureros obliga a que otros, incluido el jefe de policía, deban suplir ese rol. Al caracterizar el lugar de los trabajadores, los consideran “intermediarios”, un tercero en una relación dual entre muertos y vivos. De hecho, citan a Caronte, la típica figura de la mitología griega encargada de transportar en su barco a quienes se dirigían del mundo de los vivos al

mundo de los muertos y hacen mención a que este suele ser caracterizado como un ser monstruoso. El aspecto más significativo de este texto es el que postula que la mayor parte de los testimonios expresan “una percepción subjetiva por parte de los mismos que visualizaba su ocupación y profesión como insuficientemente reconocidas” (Tuma, et. al., 2005).

Las contribuciones de Ana Sánchez (2020/2021, 2021), aun cuando su contexto y caso de estudio sean diferentes del nuestro, son significativas. Al abordar los procesos de “subjetivación” y “objetivación” de los restos humanos y de las prácticas consideradas “propias” e “impropias” respecto de estos en el Cementerio de San Vicente, Córdoba, la antropóloga se detiene en las perspectivas de los trabajadores. Sánchez entiende la espacialidad como una clave y asegura que “los restos aparecen en diálogo directo con el espacio” (Sánchez, 2021: 233). Sus escritos caracterizan el cementerio en cuestión en el marco de un contexto mayor (el “cementerio de los pobres”, “tierra de nadie”, con poco personal, un sitio sobre el que pesan denuncias y allanamientos por “irregularidades” de distinto orden) y explicitan, desde el punto de vista metodológico, los diversos interrogantes que fueron surgiendo en el campo. Sánchez entiende que, en su caso de estudio, hay una relación directa entre los procesos de “subjetivación” y los lugares más concurridos y mejor mantenidos del cementerio: para la autora, la subjetivación se sostiene a partir de la vinculación con los vivos. Por el contrario, entiende que las tumbas de los sectores más postergados del cementerio tienden a perder su dimensión de “sujetos” (Sánchez, 2021: 232). Sin embargo, afirma que esta frontera es “inestable” (Sánchez, 2020/2021: 30). Sánchez interpretará a los trabajadores como “intermediarios” (2020/2021: 23) o “mediadores” (2021: 230) en las relaciones entre vivos y muertos. Al explorar sus cotidianidades, expresa que algunas dimensiones de sus tareas, que al comienzo pueden asomar como “amenazantes” o “repulsivas” se naturalizan, mientras que el dolor de los familiares genera repercusiones en ellos. En sus palabras:

“Lo que al principio aparecía como amenazante o repulsivo ahora aparece como otro aspecto más de la labor. Es un mecanismo muy humano. Pero también los empleados se muestran sensibles al dolor ajeno, son testigos del sufrimiento de los *deudos*, entendiendo los *servicios* como el momento más denso de su tarea, algo que les produce un *quiebre*. Los empleados se desplazan en un eje en que, entre la “domesticación” defensiva y

adaptativa a un medio difícil y la apertura empática en que son “tocados” por el dolor ajeno, viven” (Sánchez 2020/2021: 29-30).

En nuestro caso, el contacto inicial con las tareas generó, de acuerdo con el testimonio de varios de los actores, sobre todo incertidumbre y cierto grado de “curiosidad”. El hecho de ser “trabajadores mortuorios” (Sudnow, 1971) implica un nivel de acostumbramiento y rutinización. No obstante, sin duda alguna, muchos aducen que gran parte de lo que escuchan y viven permanece en ellos, no pasa sin más. Muchos expresaron, además, que a partir de sus empleos empezaron a pensar más en la muerte (en la propia, en la de cercanos, en la muerte en general) o en la vida, comenzaron a valorar cosas cotidianas y a reflexionar sobre el tiempo. Nos resulta muy ilustrativa la frase final de la cita anterior de Ana Sánchez (2020/2021), esta idea de desplazamiento que exige considerar los dos extremos de la operación. Por un lado, la necesidad de adaptarse a un contexto en el que surgen problemas “que la gente no está acostumbrada a escuchar” (como afirma uno de los extrabajadores), y en el que el dolor está a la orden día, que se manifiesta también en frases como “hacerse fuerte”, construir una “coraza”, entre otras. Por otro lado, el otro polo del eje: la empatía, la sensibilidad para con los demás, el quedarse reflexionando sobre lo que escuchan a pesar de estar allí “como estatuas”, el ser la mano que da “la palmada invisible”. Focalizar la investigación en los trabajadores es cuestionar, aunque sea parcialmente, esa idea frecuente que presenta el cementerio como la “ciudad de muertos”. Por el contrario, la mirada está puesta en los vivos que se desenvuelven allí y en el espacio como lugar de trabajo (Tuma et. al. 2005; Esteban, 2017). Estas dimensiones, en ocasiones, se invisibilizan en nombre de la “ciudad de muertos”.

2.2.2. “Olor a cementerio”: las rutinas

Algunos de los actores tienen naturalizado su empleo y no registran ninguna acción particular para separarse del ámbito laboral una vez culminado su horario de trabajo. Otros, en cambio, sostienen pequeñas rutinas que, a veces, son propias; a veces, de miembros de sus familias, y que se constituyen como una especie de corte para con el cementerio. En general, quienes protagonizan estos pequeños rituales pasan gran parte del tiempo en el campo y han tenido experiencia desenvolviéndose laboralmente en otras

necrópolis. Uno de los actores, por ejemplo, menciona que, en ocasiones, al llegar a su casa, le hacen quitarse el calzado.

Otro de los actores me habla del "olor a cementerio". Afirma que siempre tiene la necesidad de bañarse cuando se va de la necrópolis: "Lo primero que hago es bañarme. Te limpiás". Dice algo así como "te sacás todo". Cuenta que antes se bañaba ahí, pero actualmente, lo hace en su casa. Me explica que "no importa que haya sido un día tranquilo [...] tenés olor a cementerio". A veces, además, asegura tener la necesidad de "ingerir algo". En su explicación, es como si el olor se volviese gusto y se quedara en la garganta. Un tercero también me habla de ducharse. Me explica que ellos tienen dos mudas de ropa pero que él siempre insiste a sus compañeros para que sean cuidadosos con el calzado, dice algo así como: "No sabemos lo que llevamos en los pies o lo que pisamos". Entonces, me habla de la importancia de eso. Afirma, además, que suele decir la siguiente oración al irse: "Que me vaya como llegué. Que no me lleve nada". Como veremos más adelante y como él mismo aclara, esta expresión remite tanto a cosas "visibles" como a cosas "invisibles". El cementerio, entonces, es para algunos de los actores un espacio de límites difusos en muchos sentidos. Retomaremos este aspecto en el capítulo final.

2.3. Reflexiones generales sobre la muerte

Desempeñarse cotidianamente en el cementerio genera condiciones de posibilidad para las reflexiones en torno a la muerte. De esta manera, muchos de los actores han expresado y vinculado explícitamente con su experiencia laboral una serie de ideas acerca de la muerte propia, de los cercanos y, sobre todo, de la muerte en general.

En el caso de los cuidadores, en líneas generales, mis interlocutores entienden que desenvolverse en el cementerio no cambió sus percepciones sobre la muerte. Uno de ellos refiere a cierta "curiosidad" que sentía al principio. Este rasgo estará presente en varios discursos, aunque las funciones de los enunciadores en la necrópolis sean diversas. Muchos referirán a una especie de "curiosidad" inicial o a la sensación de incertidumbre por no saber cómo sería el trabajo. En este caso puntual, hay una especie de acostumbramiento que se liga en el discurso al hecho de que venían "de chiquitos": "Te vas quedando", asegura uno de mis entrevistados. Y agrega: "Tenele miedo a los vivos". Esta última expresión remite a la célebre idea de que son quienes están vivos, en realidad,

los que pueden hacer daño y de quienes habría que cuidarse. Los muertos aquí son concebidos literalmente como tales, en consecuencia, en el contrapunto entre vivos y muertos, es a los primeros a quienes hay que temer. Retomaremos esta idea en el capítulo tercero.

Cuando le pregunto a uno de los trabajadores de campo, incorporado hace unos pocos años, por su relación con la muerte o con los muertos a partir de su trabajo en el cementerio, responde que lo que cambió fue la relación con la vida, que este trabajo le hizo "ver la vida de otra manera". Explica que esto es difícil de entender para los demás, porque "este no es un trabajo del que vos llegás a tu casa y te ponés a hablar, como si volvés de una oficina". Al contrario, asegura que todo pasa por "el interior". Pero sí destaca que la vida se valora de otra manera, se le da menos importancia a lo material, por ejemplo. También en este caso se habla de "choque" cuando mueren niños o alguien joven.

Uno de los vecinos entrevistados dirá respecto de este mismo tópico: "me arruinó el trabajo mi hijo [...] se me hacía carne a mí". Esto último en referencia a cada vez que fallece un niño/a o chico/a joven. En esta misma línea, marca una clara distinción entre el fallecimiento de una persona grande y el de un niño/a. Cree que, si es una persona muy grande, de alguna manera, es comprensible y lo expresa con una pregunta: "Y yo digo "¿cuánto querés que viva, más que el *magiclick*, 104 años?". En cambio, explica que cuando veía la foto de un chico joven "se me hacían carne todos los nenes [...] Eran todos parecidos a mi hijo".

Un extrabajador hace una reflexión sobre su propia experiencia: menciona que iba frecuentemente a dejarle una flor a la sepultura de su abuela, pero que le costaba muchísimo ir a la de su mamá. Entiende que hay una diferencia entre vivir las cosas y verlas desde afuera. Respecto de su propia relación con la muerte, luego de su experiencia en el cementerio, entiende que sí se empieza a hablar más de la muerte, "estando con la muerte todos los días". Asegura que "la muerte es algo más, siempre lo fue". Expresa que lo ha cambiado el "ver a mucha gente que no lo respeta, yo sí respeto más a los muertos". En este sentido, pone como ejemplo casos como los de Juan Castro o Fernando Peña y me explica que suele decirse "siempre los recordaremos y después no es así". Menciona a sus amigos y vecinos, muchos de los cuales han muerto jóvenes. A muchos de sus amigos, confiesa, los sigue saludando en el Facebook para su cumpleaños. Dice que vio "gente muy buena" que "a los dos meses está sola". Luego, aclara, "es una manera de

decir, pero no venía a dejar una flor nadie”. Confiesa que se pregunta cómo será el día en que se muera:

“...eso siempre me lo pregunto. Creo que esas preguntas me surgen por el lugar en que estuve laburando. La gente dice "quiero dejar una casa a mis hijos". Está bien, pero yo quiero ver si a mis hijos les dejé alguna enseñanza, tantas preguntas”.

En la cita anterior podemos observar cómo este actor vincula directamente algunos interrogantes con su labor en la necrópolis: es su experiencia allí la que lo hace pensar distinto. Finalmente, afirma: “La muerte la tenés que vivir como vos puedas”.

Otro trabajador, de menos de cuarenta años, padre de familia, que antes tuvo experiencia laboral en Boulogne, me explica que todos los días piensa en cómo se va a sentir cuando mueran su papá, su mamá o él. Y que piensa qué pasaría con sus hijos si su mujer o él muriesen. Me dice que "la muerte es parte de la vida", pero que trabajar en el cementerio te hace pensar en el tiempo, en la vida. Particularmente, confiesa que cuando comenzó a desempeñarse en cementerios, él empezó ganando mucho menos que lo que ganaba en otros trabajos, sin embargo, con ese empleo, podía llevar a su hijo al jardín. En su experiencia, la muerte es un “pensamiento diario”. De aquí surge la necesidad de valorar el tiempo, en vez de "correr para los demás", valorarse a sí mismo, a las personas. Con la muerte “convivís a diario”. Asegura que en su quehacer cotidiano “absorbés muchas energías negativas” (con esta expresión refiere a convivir con el sufrimiento de los otros) y que se tiene más dimensión de la muerte estando en el cementerio.

2.4. “Se perdió la cultura del cementerio”: el clima de época y los cambios

Es posible identificar en las diferentes conversaciones con los actores, sobre todo, en las que tuvimos con aquellos que hace tiempo son parte del cementerio, una clara percepción de que “la cultura del cementerio”, como ellos mismos la denominan, se ha perdido. Esto significa que recuerdan haber sido partícipes y testigos de una época en la que asistía mucha más gente a la necrópolis, sobre todo los domingos. En ese momento, los puestos de flores no daban abasto (cuentan que uno llegó a vender mil doscientos ramos de rosas, más claveles, en una fecha especial), los cuidadores particulares eran muchos más y tenían

sus propios empleados. Personal de tránsito de la municipalidad tenía que intervenir en fechas importantes, como el Día del Padre, por ejemplo, para organizar la circulación de los vehículos en el exterior. En la calle principal de la necrópolis se disponían cuatro o cinco tachos para que los visitantes arrojasen los papeles de los ramos de flores. En el escrito de Pablo Esteban (2017) sobre los trabajadores del cementerio de la Chacarita, algunos de los entrevistados también refieren a la reducción de la práctica de la visita al cementerio como una “cultura” que se perdió o que ha cambiado (Esteban, 2017: 85).

Olivia Angé y David Berliner (2015) se detienen en la categoría “nostalgia” para explorar sus sentidos y su potencial en diferentes casos. Los autores refieren a una "moda nostálgica" que todo lo abarca en la sociedad occidental contemporánea. Sostienen que la nostalgia opera como la añoranza de un pasado ante la aceleración de las transformaciones en el presente. Entienden que las ciencias sociales no son la excepción: para Angé y Berliner (2015), estas se han constituido "sobre un discurso modernista estructurado por la nostalgia". En el caso de la antropología, esto se expresa en cierta idealización de las sociedades "primitivas" y en lo que Berliner denomina "*exo-nostalgia*", que postula el sufrimiento por la pérdida cultural "de los demás" (2015).

Lejos de presentar la noción como algo acabado, Angé y Berliner (2015) enfatizarán el carácter polisémico del término “nostalgia”. Este no remite únicamente a la idea de quedarse en el pasado, sino que también, en contextos etnográficos particulares, puede ser una fuerza generadora¹⁵. La nostalgia, aun cuando tome diversas formas, es parte de las identidades colectivas y tiene un rol fundamental en la interpretación del presente y en la proyección del futuro. En este sentido, los autores ponen como ejemplo la *magdalena* de Proust para dar cuenta de cómo los objetos pueden comportarse como mediadores, generar repercusiones en las personas y conectarlas con la memoria de su pasado.

¹⁵ "Por supuesto, la nostalgia siempre está incrustada en ontologías temporales específicas y culturalmente situadas. Como antropólogos, nuestra tarea es precisamente captar las múltiples expresiones de arrepentimiento en el flujo de contingencias históricas. Pero el análisis de estas expresiones conmemorativas no sólo nos invita a afinar nuestra comprensión de la temporalidad. Si bien las representaciones y prácticas sociales sufren mutaciones constantes y persisten en el tiempo, el estudio de la nostalgia también arroja luz sobre las operaciones de continuidad y discontinuidad a través de las cuales las sociedades se reproducen y evolucionan" (Angé y Berliner, 2015).

En nuestro caso particular, es posible considerar esta noción para comprender las perspectivas de los trabajadores. En general, es una idea que aparece en quienes tienen más de cuarenta o cincuenta años y amplia experiencia en el trabajo en cementerios. En el caso de los vecinos, surge en quienes hace mucho tiempo son parte del barrio. En este sentido, hay una especie de “edad dorada” que se evoca, en la que la visita a la necrópolis era parte de salida familiar. El espacio del cementerio se hallaba plagado de gente, sobre todo, los domingos y en fechas especiales. En el año 2023 asistí a hacer trabajo de campo el Día de la Madre. Ese domingo, la diócesis¹⁶ de San Isidro había organizado una misa en la calle principal de la necrópolis. El movimiento de personas que entraban, salían o permanecían en la misa era constante. Nunca había visto tantas personas transitando el lugar. Cuando se lo comenté a uno de los cuidadores particulares, me dijo que eso era “un diez por ciento de lo que se veía antes”. Claramente, su comparación era con épocas anteriores.

Nos resulta interesante la categoría de nostalgia, sin embargo, no solo para dar cuenta de un pasado que se añora, sino también, por su potencia generadora (Angé y Berliner, 2015). En este sentido, los discursos de los trabajadores no están anclados en tiempos pretéritos: sus experiencias le permiten elaborar explicaciones, identificar rupturas y continuidades y hasta hacer pronósticos futuros. En general, tres cuestiones aparecen como recurrentes en las prácticas de trabajadores a la hora de analizar la transformación de “la cultura del cementerio”: el cambio generacional, las crisis económicas y la extensión de la práctica de la cremación.

Un cuidador afirma: "La gente joven no es la de antaño". En forma iterativa se manifiesta la cuestión generacional: la gente joven encarna un paradigma diferente, en el que el cementerio como espacio no tiene el valor que le adjudicaban generaciones anteriores. Esto aparece, además, ligado a la extensión de la práctica de la cremación que mencionaremos más adelante.

El corte generacional surge para abordar las diferencias a la hora de vincularse con el espacio post-mortem, pero también cuando se señala que quienes asisten a la necrópolis

¹⁶ Cito el texto del flyer de invitación a la misa por el Día de la Madre: “Cada vez que mire las estrellas, sé que estás ahí para guiar mis pasos. Día de la Madre. Domingo 15 de octubre 9,30 hs. Cementerio de San Isidro. Presidida por Monseñor Guillermo Caride. Habrá bendiciones y oraciones en los sepulcros, recordando a aquellas mamás que ya no están. Parroquias del Decanato San Isidro. Don Bosco 530. San Isidro.” San Isidro, 15 de octubre de 2023.

frecuentemente, son personas mayores. Asimismo, los cuidadores particulares sostienen que su clientela está compuesta, fundamentalmente, por gente mayor.

Un vecino afirma: "Venía mucha gente los domingos. Ahora ya no viene nadie [...] Se perdieron un montón de esas cosas" [Haciendo referencia a las visitas al cementerio].

Para muchos de los actores, las nuevas generaciones optan por la cremación. Algunos afirman que las nuevas generaciones dicen que no hay "nada" (en el sentido de que lo que queda en el cementerio no sería nada). Un empleado administrativo me cuenta que gente grande se ha acercado para alquilar un nicho por anticipado: "Te pago un año de nicho por adelantado", le dijeron. El personal de la necrópolis le explica que eso no se puede hacer, pero el planteo da cuenta de una preocupación respecto del futuro post mortem y el interés de yacer en la necrópolis.

Vecinos y trabajadores de campo recuerdan que antes la gente "venía a tomar mate con los fallecidos [...] Cuando era costumbre venir al menos todos los domingos." Un vecino de mediana edad lo sintetiza de la siguiente manera:

"la cultura del cementerio fue cambiando [...] cada vez menos, cada vez menos, cada vez menos [...] La cultura del cementerio cambió cien por cien [...] Cada año menos [...] Antes era, a las nueve, viene María; a las nueve y media, (otra persona), después, se muere María y a las nueve, nadie".

Esta expresión nos parece muy gráfica pues ilustra cómo en algunas personas mayores estaba instalada como rutina la visita al cementerio (siempre el mismo día, siempre en el mismo horario) y, al fallecer estas, nadie continuaría con ese hábito.

Entre las fechas más destacadas, varios mencionan el Día del Padre, el Día de la Madre. Algunos aluden a que los hombres "se mueren más". También podríamos agregar a la lista el 8 de Diciembre, Navidad y el 2 de Noviembre como otras fechas especiales en las que suele haber más movimiento.

Un extrabajador, que se desempeñó más de diez años en la necrópolis, asegura: "Antes la salida a la mañana al domingo era al cementerio y después el resto del día". Uno de los cuidadores particulares me dice que "ya nadie viene al cementerio", que él hace mucho tiempo que está y antes venía mucha gente y ahora no. "Antes se hacían misas en la capilla

y en la calle y ahora tampoco eso. A veces, para el Día de Muertos, hacen”. La idea que enfatiza es la diferencia con el pasado, tiempo en que la visita al cementerio era un hábito. Los cuidadores me explican que, si me siento en el pasillo de entrada, veré entrar diez o doce personas por día, cuando antes entraban “cien o doscientas personas”. Dos de sus expresiones sintetizan sus discursos: "No somos México" y "Cambió la gente. Cambió el cementerio".

Las crisis económicas son otra variante que ha sido mencionada en varias oportunidades. Fundamentalmente, los años '90 y la crisis de 2001 surgen como quiebres a partir de los cuales es posible empezar a identificar transformaciones de distinta índole en “la cultura del cementerio”. Uno de los cuidadores lo sintetiza con una expresión: "Como se cayó el país, esto también".

Varios actores (cuidadores, extrabajadores) mencionan el 2001 como el momento a partir del cual empiezan a percibir más robos en el cementerio, por ejemplo, de las rosetas de bronce que sostienen las placas de los nichos, de floreros, de placas, entre otros. Cabe aclarar, como hemos indicado, que el Central es un cementerio que está cuidado, en el que es posible ver piezas que no siempre se encuentran en otros cementerios del AMBA, aun en el caso de las bóvedas que no están atendidas por sus propietarios. Por poner un ejemplo, uno de los empleados de seguridad logró evitar recientemente el robo de varios floreros.

La cuestión de la crisis económica es clave y se hace patente. Uno de los cuidadores afirma: "Las prioridades cambian, gente que no se puede hacer cargo [...] la gente se ocupa de comer, de vestirse". Esto, incluso, se vería reflejado en los sectores más privilegiados. Y agrega: “Tener una bóveda no es para cualquiera”, en referencia a que implica poder adquisitivo. Me explica que mantener una bóveda es lo mismo que “mantener una casa” entre impuestos, limpieza, sucesiones.

Otro de los cuidadores asegura que, en una época, cuidó entre cuatrocientos y cuatrocientos cincuenta nichos. Hoy en día, tiene a su cargo setenta aproximadamente. También sostiene que en la década del '60, cuando su padre trabajaba en el cementerio, había uno o dos años de espera para acceder a un nicho. Hoy, “hay 60 nichos vacíos”.

En este sentido, es menester considerar que las transformaciones en las prácticas funerarias tienen implicancias en algunas de las tareas que se desempeñan en la necrópolis, como el cuidado de bóvedas y nichos (Esteban, 2017). A mayor cantidad de

cremaciones, menos trabajo para quienes cuidan tumbas. Si bien el escrito de Pablo Esteban (2017) tiene como escenario el cementerio de la Chacarita, extremadamente diferente del nuestro en su escala, el hecho de que se centre en la perspectiva de los trabajadores nos posibilita considerarlo. Además, Esteban (2017) discute la tan naturalizada idea de pensar el cementerio como la “ciudad de los muertos”. Para su caso particular, propone pensarlo como una “fábrica” en la que se pone en marcha un proceso productivo cada vez que arriba un difunto. Los trabajadores “intervienen” sobre la muerte y su quehacer es un medio de vida (Esteban, 2017: 110). Desde esta perspectiva, el autor busca alejarse de los sentidos comunes y las representaciones mediáticas más habituales ligadas a quienes desempeñan sus tareas en el cementerio.

Otra de las transformaciones en “la cultura del cementerio” es la que encarna la modificación de las prácticas funerarias a partir de la cremación. En el número de junio de 2023 de la revista Mundo Funerario Argentino, publicación especializada en el rubro, salió una nota en la que se menciona el crecimiento poblacional y el colapso de los cementerios como algunos de los factores que llevan a ciertos países a incentivar e incluso, a imponer, la cremación (Vivas Yepes, 2023). Su autora se detiene fundamentalmente en el caso de China, que premia a quienes optan por alternativas como entierros ecológicos o arrojar las cenizas al mar. Se menciona también el proyecto de los “cementerios flotantes” y prácticas como el decomiso de ataúdes sobre la base de la idea de que el espacio “es para los vivos”. El artículo sostiene que varios países se plantean problemas semejantes y que los cementerios que conocemos hoy serán diferentes en el futuro: se tornarán “museos abiertos aquellos que aún se conserven con el paso del tiempo” y habrá cementerios “naturales” (como bosques, mares, montañas) o cenizas guardadas en los hogares. Define la falta de espacio como un problema “político, social, económico y hasta religioso” y afirma que tendrán que pensarse “nuevas formas de honrar a los muertos y darles un lugar” (Vivas Yepes, 2023).

Ya en nuestro contexto, el auge de la práctica de la cremación puede leerse en vinculación con diversos factores, entre ellos, su aceptación por parte de la Iglesia Católica en 1963. Además, la proliferación de hornos crematorios, como sostienen algunos actores, facilita la cuestión.

En el partido de San Isidro el crematorio funciona en el cementerio de Boulogne. Si se quiere cremar a alguien inhumado en el Central, el servicio de crematorio pasa generalmente cada quince días o cuando se le notifica que hay restos o ataúdes que retirar.

En la percepción de varios de los trabajadores, la cremación aparece hoy como la alternativa más elegida. Los cuidadores particulares afirman al respecto: "Cambió el paradigma de la gente [...] Papá y mamá van al mar... o a un jardín".

Un extrabajador menciona la década del '90 como el momento de quiebre, incluso nombra al presidente Menem. Recuerda que cuando su mamá tuvo que cremar a su abuelo fue un "trastorno" para ella. Cuando él la acompañó, ella se preguntaba: "por qué me hacen esto, habiendo tantos nichos libres". Explica, además, que antes había crematorios solo en Chacarita y Berazategui. Y también menciona la multiplicación de los cementerios privados:

"Yo creo que desde ahí empezó a caer, la gente más joven crema, lleva al memorial que tiene parquecito, aunque después te cobran un montón. Hoy tenés veinte millones de cementerios parque. Y crematorios. Antes para cremar lo tenías que llevar a Berazategui, entonces, decías "para eso, lo llevo a tierra a San Isidro [...] Creo yo que va a llegar un punto en el que la gente directamente va a cremar y el cementerio va a perder lugar".

De acuerdo con otras lecturas, en el cementerio se junta todo: "apellidos [...] bolivianos, peruanos [...] a los argentinos los vamos perdiendo", esto último en relación con los ritos funerarios, con asistir al cementerio. Otro actor me dirá que peruanos y bolivianos "lloran mucho". Entonces, si bien aparece la necrópolis como un espacio heterogéneo, hay también en algunas interpretaciones un recorte arbitrario desde la supuesta nacionalidad que lee de manera extranjerizada algunas prácticas (Canelo, 2013).

El osario general, en un principio, estaba ubicado donde hoy se encuentra la cruz mayor. Sin embargo, en una fecha que aún no podemos precisar, la municipalidad expropió una bóveda ubicada en una de las esquinas del cementerio y excavó por debajo de ella para constituir el osario propiamente dicho. Todos los actores insisten en que es "enorme", "llega a la mitad de la calle", "chico es lo que está a la vista". En efecto, como hemos indicado en el primer capítulo, por su aspecto exterior, el osario parece una bóveda. Sin embargo, en su interior se observa una trampilla de madera que permite el descenso al subsuelo por medio de una escalera de hierro. Algunos afirman que el osario "no gusta mucho", porque es una fosa común. Uno de los trabajadores más antiguos me explica que

es como un "pozo" y gesticula con la mano para mencionar el lugar en el que ponen los huesos (hace como el gesto de pasar los huesos al osario propiamente dicho).

Un trabajador reciente me cuenta que "el que es nuevo baja" (como si fuese una especie de rito de iniciación). Me explica, además, que las cenizas se dejan en urnas y los huesos en bolsas, y que con el tiempo las bolsas se desintegran. Uno de los trabajadores con más experiencia lo considera "el mejor lugar del cementerio", porque asegura que de ahí "no te mueve nadie". Ante la práctica de la cremación, los trabajadores de campo afirman que, muchas veces, la gente crema, pero después no sabe qué hacer con las cenizas. Entonces, a veces retornan con ellas al cementerio y solicitan ponerlas en la tumba de algún otro familiar. Si es en tierra, por ejemplo, se hace un pocito o se levanta una cerámica y se colocan allí. Este dato nos parece relevante porque indica que, a veces, a pesar de la cremación, las cenizas retornan de alguna manera al espacio del cementerio.

2.5. A modo de conclusión

Hemos abordado en este capítulo diferentes clasificaciones profesionales e indagado en algunas trayectorias que organizamos en dos grupos: por un lado, están los que tienen con la necrópolis y con sus quehaceres un vínculo transgeneracional, casi “hereditario”; por otro, aquellos que acceden a la labor luego de haberse desempeñado en otras áreas. Más allá de estas distinciones, hay ciertas lógicas que son transversales a la figura del trabajador mortuario. Quienes se encuentran cotidianamente con la muerte en el orden laboral entienden que esta se traduce en un repertorio de tareas que hay que llevar a cabo. En esta línea, una dimensión clave es la del distanciamiento, necesario para poder lidiar con la cotidianidad. Sin embargo, la contracara de este es la empatía. El trabajo de campo demuestra que los actores se mueven entre esos dos extremos entre los que, además, existen múltiples matices. La idea de la “palmada invisible” expresa cabalmente, por un lado, la percepción de falta de visibilidad o reconocimiento; por el otro, el hecho de estar acompañando, escuchando, sintiendo a pesar de no ser visto. Mencionamos, además, algunos pequeños rituales que explican quienes tienen experiencia en este y en otros cementerios y que se llevan a cabo, fundamentalmente, para separarse del ámbito laboral. Retomaremos este punto en el capítulo final.

Desempeñarse en la necrópolis genera ciertas condiciones de posibilidad, esto es, propicia un tipo particular de reflexiones que los actores ligan a sus experiencias. Así, reunimos algunas reflexiones generales respecto de la muerte, y de la vida, que los trabajadores y han manifestado. Las transformaciones en torno a lo que ellos mismos denominan “la cultura del cementerio” convocan la noción de “nostalgia” (Angé y Berliner, 2015). En esta línea, hemos observado cuáles son las narrativas que los protagonistas construyen para explicar rupturas y continuidades con el pasado. Tres tópicos son recurrentes en sus análisis, todos vinculados con la categoría de transformación: se trata del cambio generacional, de las crisis económicas y de la extensión de la práctica de la cremación, es decir, las transformaciones en las prácticas funerarias

Dar cuenta de la mirada de trabajadores respecto de sus tareas cotidianas es problematizar, aunque sea parcialmente, esa idea frecuente que instala el cementerio como la “ciudad de muertos” y jerarquizar las prácticas de quienes se desempeñan en él habitualmente.

Capítulo 3: Vivos, muertos y mediaciones

"Que me vaya como llegué. Que no me lleve nada".

Expresión de un trabajador.

El presente capítulo tiene como finalidad explorar las relaciones entre vivos y muertos en el espacio de la necrópolis desde la perspectiva de los trabajadores. Para ello tomaremos como punto de partida el material surgido del trabajo de campo.

A partir de las diferentes experiencias y conversaciones compartidas con los actores, sistematizaremos los regímenes de relación humano-muerto de tres maneras: el régimen “naturalista”, el “encantado” y el que denominaremos “híbrido/intermedio”. Vale aclarar que consideramos que ninguna de estas categorías de análisis es completamente rígida ni excluye del todo las otras. En el primer caso, nos referiremos a quienes entienden que en el cementerio no hay más que restos humanos y despliegan argumentos que fundamentan esta posición, en el marco de una lógica racional occidental moderna. En el segundo caso, mencionaremos a los actores que están convencidos de que, sin dudas, hay algo que vincula el espacio con otros modos de existencia que están más allá de lo natural. El último caso instala un régimen intermedio entre las posiciones anteriores, en el que se presentan a simple vista ciertas ambigüedades, pero que no son experimentadas como tales para los actores. Para indagar en las diferentes taxonomías propuestas, consideraremos diversos aportes. Por un lado, en relación con el régimen “naturalista”, retomaremos algunas ideas de Phillippe Descola (2005). Por otra parte, a la hora de explorar el “encantado” y el “híbrido”, nos detendremos en las contribuciones de Bárbara Martínez (2013), quien nos otorga herramientas para examinar la fauna y los indicios en torno a la muerte que se manifiestan en las prácticas, y de Vinciane Despret (2021, 2024), quien estudia las relaciones entre vivos, muertos, lugares y narrativas.

En esta línea, consideramos pertinente referirnos a las relaciones humanos/vivos y muertos, sobre la base de la idea de que, tal como hemos planteado a lo largo de la tesis, el muerto no necesariamente carece de identidad, incluso puede ligarse a otros “modos de existencia” (Despret, 2021, 2024). Es decir, el muerto puede seguir revistiendo de formas de humanidad.

Si bien a lo largo del trabajo etnográfico hemos trazado diferencias entre los fallecidos propios y los de otros y consideramos que no son dimensiones equiparables, también es cierto que algunos discursos no presentan una distinción tajante o significativa entre ellos, y sí aparecieron prácticas en el ejercicio de habitar la necrópolis en las que los muertos pueden tornarse cercanos, aun cuando no se haya tenido previamente un vínculo con ellos en vida.

Es por eso que adoptaremos la noción “no-humano” (Latour, 2021: 107) para denominar espacialidades, objetos, animales, plantas, entre otros, es decir, distintas instancias de mediación en las que participan diferentes variedades de agencias (Latour, 2021: 40) no revestidas de humanidad.

3.1. Los regímenes de mediación entre vivos y muertos

Como hemos anticipado, abordaremos aquí las relaciones entre vivos y muertos a través de tres regímenes que proponemos para dar cuenta de lo relevado en el campo. Estas categorías pretenden agrupar a los actores de acuerdo con sus prácticas, mas no reducir la complejidad de estas.

Los regímenes de mediación entre vivos y muertos se sistematizan en tres órdenes: el naturalista, ligado a la lógica racional occidental moderna; el encantado, que reconoce otros modos de existencia que están más allá de lo natural en el espacio del cementerio y el híbrido/intermedio, que combina las posiciones anteriores y manifiesta una articulación entre ambas.

3.1.1. “Agua con olor”: el régimen naturalista

Los actores aquí incluidos son los que mejor encarnan la categoría que denominamos “naturalista”. En términos generales, es posible observar que sus prácticas están racionalizadas en función de los parámetros de la modernidad occidental: al conversar sobre las relaciones entre vivos y muertos, utilizan expresiones como “soltar”, refieren a la “elaboración del duelo” y mencionan la psicología. A modo de ejemplo, en una ocasión, cuando les pregunto a algunos cuidadores si ellos perciben casos en los que los familiares hablen de los muertos como si estuviesen vivos, me responden que no, que “para tanto no”, y hasta parecen asociarlo con cierto nivel de locura o patología. Cuando me explico un poco más aparecen expresiones como “macumba”, “cosas raras”, “peticiones”. En sus discursos, utilizan frases como “tenés que soltar”. En algunos casos, en referencia al fallecimiento de alguien, explican que hay gente mayor que todavía “no lo puede absorber, racionalizar, no lo supera”.

Las alusiones a la necesidad de superar el duelo o inclusive la mención a la idea de racionalización dan cuenta de una ontología naturalista, en la que humanos y no-humanos están claramente delimitados. En esta perspectiva antropocentrista, además, la cultura se define en oposición a la naturaleza (Descola, 2005). Desde este enfoque, los vivos y los muertos, la cultura y la naturaleza corresponden a universos claramente delimitados. El fallecimiento de alguien iniciaría un proceso de duelo que culminaría con la aceptación

de esa muerte: “Está estudiado”, me explica uno de ellos, en referencia a la importancia de hacer el duelo y asumir la pérdida, tal como lo estipularía la psicología.

Uno de los cuidadores me cuenta una anécdota: un día vio a una señora que estaba realizando tareas de limpieza bajando la escalera del pórtico del cementerio al revés, es decir, de espaldas a la calle y de frente al interior de la necrópolis. Asombrado, le preguntó por qué lo hacía, y ella respondió: "No me quiero cargar las almas en mi espalda". Mi interlocutor remata con la siguiente aclaración: "Yo en esas cosas no creo".

Como sucederá en los otros regímenes, hay una diferencia entre los propios muertos (los muertos familiares, cercanos) y los otros. En este caso, mis interlocutores tienen familiares inhumados en la necrópolis. Sin embargo, una variable que aparece como relevante en la conversación respecto de la relación con los propios muertos es el paso del tiempo: cuando les pregunto cómo es, si visitan las tumbas de sus allegados, uno de ellos responde que es “como todo, al principio sí, después menos”. Y agrega: "¿Qué queda? El traje. El alma se fue [...] agua con olor".

En estas últimas expresiones notamos que hay una clara separación entre lo terrenal y lo simbólico. Aquí sí se admite la existencia del alma, lo que nos vincula con los regímenes siguientes, pero ella no permanece en el cementerio. Este parece ser así el lugar para los restos, para la cáscara, pero lo trascendental ya no está ahí. La expresión “agua con olor”, que elegimos para titular este apartado, es sumamente ilustrativa en este sentido: refiere a la idea de que no queda absolutamente nada de lo que la persona fue en vida, el alma se ha ido, lo material se va desintegrando, literalmente pudriéndose hasta desaparecer, aun cuando se trate de muertos propios. Nuevamente, la oposición naturaleza/cultura se materializa en el discurso y podríamos considerar que se recuperan algunas de las grandes dicotomías que legitima la modernidad occidental: naturaleza/ cultura, cuerpo/alma, terrenal/espiritual, material/simbólico.

Uno de los cuidadores particulares me cuenta que, en una oportunidad, le envió una foto de la tumba que acababa de limpiar a una clienta. Luego, ella le agradeció por mandarle una foto de su “marido”. Él hace un gesto y dice: "Yo le mandé una foto [de la tumba] y ella piensa en el marido". La distinción es clara: mientras que para la viuda es una foto de su marido (ya que hace una asimilación entre su familiar y la tumba y, por ende, entiende que el trabajador está cuidando de su marido); para él, es literalmente la fotografía de un nicho.

Respecto de los hábitos de la gente que visita el lugar, mencionan casos en los que los asistentes les piden que dejen la puerta de la bóveda abierta mientras transcurre la visita, o inclusive que el cuidador aguarde afuera: "Dejame la puerta abierta", "¿Se queda un ratito afuera?", serían expresiones que demuestran que, a veces, los familiares o allegados se sienten intranquilos al permanecer en soledad en el interior de una bóveda.

Un empleado administrativo, al referirse a su quehacer, por ejemplo, asegura que nunca le pasó nada sobrenatural. En cambio, sí hace mención a lo difícil que es, muchas veces, el tener que lidiar con familiares que están atravesando una pérdida. En otras palabras, su análisis del orden laboral se muestra racionalizado de acuerdo con el régimen naturalista.

En los casos anteriores, es decir, en este régimen en particular, podemos observar que los actores reconocen su rol, sus tareas, y que muchas veces les toca "poner el oído". Ahora bien, prima en sus prácticas una perspectiva acorde con la racionalidad occidental secularizada (o parcialmente secularizada). De hecho, hay una diferenciación entre las creencias (Williams y Robertson, 2023) de otros y las propias. Uno de mis interlocutores sintetizó la idea con la expresión: "locuras de la gente". Interpretamos esta expresión, en el contexto de la conversación, no tanto como una búsqueda de estigmatización de quien "cree distinto", sino, sobre todo, como un intento de diferenciación de otros regímenes y un pronunciamiento respecto de cuáles son las creencias¹⁷ propias. Consideramos también que la distinción entre naturaleza/cultura tiene que ver aquí, entre otros factores, con el perfil de las tareas que desempeñan los actores que implican poner en marcha diferentes formas de organización y orden en el quehacer cotidiano.

3.1.2. "Que hay algo, olvidate": el régimen encantado

Son las 18 horas en el Central cuando uno de los trabajadores ve a una mujer vestida con una remera roja y un pantalón marrón que dobla desde atrás de una bóveda y desciende por la escalera que da al subsuelo para ingresar en el panteón más antiguo. Él le avisa que el cementerio está cerrando. Ella lo ignora y baja la escalera. Él la sigue. Cuando llega al

¹⁷ Recordemos que entendemos el término "creencias" aquí como una construcción que tiene valor de verdad, y no como una categoría que se opone a una "realidad" o contrapuesta a la idea de "conocimiento". Para un recorrido por los sentidos de la categoría, ver Williams y Robertson (2023).

subsuelo, no ve a nadie, pero siente un viento helado que lo atraviesa y le pasa alrededor. Sin darse vuelta, se va del panteón.

Al llegar a su casa, comenta este acontecimiento con su familia. Un familiar le explica que lo que vio no era “malo” porque la visión era “en color”. Por el contrario, si hubiese sido en blanco y negro, sí podría leerse como señal de algo “malo”.

Uno de los vecinos que frecuentemente realiza tareas en el cementerio cuenta que ha ido en invierno, a las ocho de la mañana, cuando aún no hay nadie, a trabajar en los panteones y que ha visto sombras: "Sombras, diez mil [...] Sabía que pasaba alguien, algo era".

En otra oportunidad, cuando están cerrando el cementerio, desde la vereda, un empleado municipal que no trabaja allí ve una mujer vestida de negro en el interior. Ingresaron a buscarla antes de cerrar, pero no la encontraron y, según cuenta mi interlocutor, quien la había visto empalidecía cada vez más.

Hay una historia presente en varios discursos que refiere a una nena que fallece en un accidente. Las versiones varían, según algunos, yace en un panteón, según otros, en un nicho, otros señalan otros sitios. Un vecino asegura: "La risa de la nena esa la escuché cien veces". Y explica que él la saluda y le pregunta cosas como: "¿Cómo estás? ¿Ya estás afuera de nuevo?". Luego, aclara que jamás aparece la risa cuando hay gente o cuando él va acompañado. Aparece en el silencio. Y culmina asegurando: "Algo hay".

En este régimen incluiremos aquellas perspectivas en las que se manifiesta una mirada “encantada” del mundo. El cementerio aparece aquí como un espacio liminal, en el que se revelan sutilmente indicios de otras lógicas. A veces, más; a veces, menos evidentes, estas marcas pueden aparecer tanto dentro como fuera de la necrópolis, pero están indisolublemente ligadas a ella.

A pesar de que uno de los trabajadores entrevistados tuvo varias experiencias que podrían denominarse “sobrenaturales” e incluso algunas fueron vividas en conjunto con otros, explica que estas manifestaciones no son evidentes. Muchas de ellas coinciden, como veremos, con las narradas por los trabajadores de campo. Así, sonidos inconfundibles, sensaciones táctiles, sombras, “cosas negras”, determinados animales son materializaciones de algo más.

Entre los sonidos mencionados por varios actores, está el del carro que se usa para transportar ataúdes o el de una carretilla. Ambos objetos son pesados, difíciles de trasladar

y los sonidos que indican movimiento, “inconfundibles”, según mis interlocutores, se han percibido incluso en momentos en que el cementerio está cerrado.

Uno de los vecinos (recordemos que los vecinos están subsumidos en la categoría de trabajadores) explica también que, otras veces, se trata de un cambio de temperatura, de una sensación táctil: "Que hay algo, hay [hace un ruido como de leve brisa] shh, shhh, [...] vos lo ves de reajo, no ves nada". Esta última frase refuerza la idea de que lo que se descubre, no es evidente. Y agrega: "Se ve que cuando todo está en silencio [...] "Es extraño". Así, las cosas se manifiestan en el silencio y no cuando hay gente circulando.

En este sentido, varias de las historias que aparecen en este apartado y en el siguiente - aunque no todas- se ubican en horarios liminales, es decir, a la mañana, bien temprano, incluso, antes de la apertura al público o a la tardecita, cuando el cementerio está cerrando. Temporalidades estas en las que reina el silencio y escasea la gente.

El cementerio se constituye, así, como un espacio en el que se hacen presentes otras lógicas, otros órdenes de existencia. Se tejen historias, se instalan hitos en las propias experiencias de habitar este lugar. Se convive con lo inexplicable desde la perspectiva naturalista, pero rara vez lo que se revela lo hace de modo evidente. Se trata, entonces, de percibir mediante los sentidos aquello que se muestra en el silencio. En contraposición con el ruido y la gente que circula por la ciudad, el cementerio es quietud y tiene sus propias lógicas temporales y espaciales.

Otra cuestión recurrente en las prácticas de los trabajadores, como veremos, es la de no “llevarse nada”. En este punto, la idea axial es que quien está en contacto con el cementerio puede “llevarse” consigo algo “pegado”. Así, en las diferentes conversaciones aparecen mencionados “un hombre de negro con sombrero”, “una luz”, o simplemente “algo”. Una mañana, bien temprano, uno de los trabajadores está colocando la llave para abrir el cementerio -aún cerrado- cuando ve un hombre alto, de espaldas, vestido de negro, parado al lado de la fuente que se halla sobre el camino principal. Inserta la llave en la cerradura, vuelve a mirar y no hay nada.

“Algo” o “nada” refieren instancias de indefinición, a la dificultad para nombrar con las categorías del régimen naturalista. En estos episodios hay una fuerte presencia de lo sensorial en detrimento de las explicaciones racionales convencionales, que resultan insuficientes.

Los animales son presencias recurrentes en algunas de las historias que incluimos en esta categoría y en la siguiente. Perros, gatos, ratas, abejas, colibríes son actores no humanos que encarnan, en algunos casos, formas de sensibilidad diferentes de la humana y capacidad para percibir fenómenos que los humanos no podemos percibir; en otras ocasiones, serán manifestaciones de fallecidos o sinónimo de presencias sobrenaturales.

Una de las anécdotas protagonizada por un vecino se ubica en el subsuelo de una de las galerías de nichos. Está solo, es muy temprano, por la mañana. De repente, siente el zumbido de “20.000 abejas”. Su primera reacción, ante el posible ataque del enjambre, es tirarse debajo del carro que se usa para transportar ataúdes. Poco después, percibe que no había nada.

Cuando recorro el cementerio, noto que es posible detectar la presencia de algunas abejas, generalmente, alrededor de los tachos de basura en los que se depositan las flores marchitas, en los sectores de las sepulturas en tierra. Pero el episodio anterior no refiere a unas pocas abejas, sino a un enjambre y, además, este circularía por el subsuelo de uno de los panteones, en invierno y bien temprano. Aquí el sentido privilegiado es el auditivo, pues es el que genera la reacción de protegerse.

En una oportunidad, uno de los vecinos alude a un episodio que se repetía frecuentemente en su casa un verano. Una amiga “tarotista” le había anticipado que en su casa había “algo”. Él vivía solo. Ese verano hacía mucho calor. Él solía ducharse y tenderse en la cama una media hora, con el ventilador encendido. Cuando volvía al baño, encontraba una rejilla fuera de su lugar. Esa secuencia se repite varias veces: él la deja puesta y aparece corrida, descolocada. Hasta que un día pregunta en voz alta si hay alguien ahí, pide que le diga qué precisa, y agrega algo así como que le dé una señal: "Si estás acá, decime qué precisás". Escucha un ruido. Se asusta. Poco después, se encuentra frente a frente con una rata "así" (en nuestra conversación, hace un gesto con las manos que indica “grande”). La rata no corre, se para en dos patas y se rasca la nariz. "¿Sos vos?" Dice él. "Una rata te ve, yo pienso que sale corriendo [...] ¿Ya está? ¿Ya está? [...] Pero ¿y si era él?". La rata se vuelve a meter por la rejilla y él compra tornillos y la asegura.

En el episodio anterior está latente la idea de que los límites del cementerio son porosos. En consecuencia, es posible “llevarse” algo de él. Esta será una constante que atraviesa varias prácticas. Aquí se insinúa que la rata no se comporta como un roedor común y corriente, tiene un gesto que podría leerse como una personificación (“se para en dos

patas, se rasca la nariz”) y encarnaría ese “algo” que estaba en su casa. Increparla, preguntarle si “ya está” sería el modo de saber si va a irse.

Como hemos anticipado, los animales son recurrentes en estas narrativas. Un día, uno de los trabajadores más jóvenes me cuenta una historia de un amigo suyo que fallece en un intento de robo. Por los vaivenes de la historia, se interpreta que él podría haber estado ahí para ver morir a su amigo o, incluso, que le podría haber tocado fallecer a él, pero por una serie de situaciones y sincronicidades no fue así. Se detiene a explicar cómo se sintió al ver a todos sus amigos en el funeral. Aunque pasaron más de 17 años de ese hecho, me cuenta que un colibrí va a su casa y agrega: "Y viste lo que dicen... es mi amigo".

Bárbara Martínez (2013) aborda la idea de la muerte como proceso a partir de su etnografía llevada a cabo en El Cajón, Catamarca. La autora postula la no homologación entre la muerte y el deceso biológico. Considera los anticipos, los rituales, el viaje al mundo de los muertos y la inscripción del sujeto en otro orden: todas estas instancias, de acuerdo con ella, corresponden, no únicamente a la dimensión biológica, sino también a procesos sociales dinámicos (Martínez, 2013:2682). Los fenómenos que anticipan la muerte se denominan *tipia* y, en gran medida, tienen que ver con signos de la naturaleza, por ejemplo, la aparición de algunos animales. Martínez sostiene que los cajonistas tienen sus propias taxonomías para establecer asociaciones simbólicas a partir de un animal y su conducta. Asimismo, ellos expresan que hay diferentes modos de concebir el alma y que es posible que esta esté deambulando aun cuando alguien esté vivo desde el punto de vista biológico. El deceso biológico, además, indica el inicio de una serie de rituales sin los cuales no puede garantizarse la inscripción del muerto como tal en un nuevo orden. El velorio, la novena y el lavatorio son algunas de las instancias necesarias para el tránsito al otro mundo. El alma del difunto deberá atravesar luego una geografía particular para la que necesitará de un guía, y es por eso que se sacrifica uno de los perros del difunto. En este camino, deberá atravesar tres ríos, uno de agua, uno de leche y uno de sangre (Martínez, 2013:2686). Luego, hay fechas especiales como el 1 y 2 de noviembre y el primer aniversario del muerto en las que se ponen en evidencia nuevamente relaciones de reciprocidad entre vivos y muertos y entre la comunidad toda. De esta manera, la muerte como proceso refiere a un periodo “que comienza con los eventos de anticipación del deceso hasta la expulsión del difunto luego de los ritos que se celebran en el primer aniversario” (2013: 2687).

Si bien la autora está analizando otro contexto, su etnografía da cuenta de la relevancia de los animales en el proceso de la muerte. En nuestro caso, la presencia de una fauna vinculada con la muerte es una constante, aun cuando se trate de un entorno urbano. La sistematización, a partir del trabajo de campo, nos permite nombrar colibríes, ratas, abejas, perros y gatos. Cada una de estas categorías, sin embargo, tiene particularidades diferentes que desarrollaremos a continuación.

Los colibríes han sido mencionados como actores no humanos que encarnan a un ser querido. En conversaciones relacionadas con la temática de la muerte en otros contextos, he escuchado una relación similar con mariposas y hasta con moscas. Une a estos diferentes seres la capacidad de volar. En el caso de los colibríes y de las mariposas, además, la rapidez con la que se mueven y la belleza con la que se los asocia colaboran con la construcción de un sentido: sería el actor no humano el que elige presentarse ante alguien y el actor humano el que tiene la fortuna de verlo.

Las ratas aparecen en algunas intervenciones un tanto personificadas, como podemos ver en la caracterización de uno de mis interlocutores, en la que el animal tiene una actitud desafiante. En ese caso, no se trataría solamente de una rata.

Las abejas están presentes en la necrópolis, es posible ver algunas frecuentemente, sobre todo, rondando los cestos de basura, en torno a las flores. Sin embargo, la historia del enjambre que se oye a la mañana temprano, en invierno, en el subsuelo de una galería de nichos se presenta como algo inexplicable desde la lógica naturalista.

Los perros son mencionados, generalmente, para destacar su fidelidad. Varios de los trabajadores del Central trabajaron antes en Boulogne y algunos de ellos recuerdan con cariño y destacan a dos perros que vivían en el cementerio. En sus descripciones los caracterizan como guardianes del lugar, es decir, ellos lo cuidarían. También me han comentado el célebre caso del perro que permanecía en la tumba de su “dueño” en Boulogne y que fue adoptado gracias a una campaña que se viralizó y que incluyó cámaras de televisión en el cementerio¹⁸. Otro aspecto considerable en el caso de los canes es la

¹⁸ De hecho, hay varias historias de canes que permanecen junto a tumbas en cementerios. Respecto de nuestro caso, efectivamente, encontré la historia de Peque, en el cementerio de Boulogne, en 2018.

https://www.clarin.com/sociedad/historia-perro-separaba-tumba-dueno_0_Sk89jnl0f.html?srsId=AfmBOorntT6mXnwyqk8gO9ZjPVqOX5ZOvGo8Aah3tBFSRpfEciR_g31O

Otra historia famosa (esta, a nivel mundial) es la de Capitán, el perro que encontró por sus propios medios la tumba de su dueño en el cementerio de Villa Carlos Paz, Córdoba, y la visitó durante casi 11 años.

capacidad para percibir algo que los demás no somos capaces de descubrir. A modo ilustrativo y en relación con la necrópolis que nos ocupa, un extrabajador me contó de Jorge, un perro que entraba al Central y que, habitualmente, acompañaba en silencio los cortejos fúnebres caminando adelante. Él recordaba un episodio, durante un sepelio, en el que Jorge se detuvo y comenzó a ladrar y a atacar desafortunadamente a “alguien”, claramente direccionado a un punto, en el que nadie veía nada. La actitud del can daría cuenta de que él era capaz de percibir algo que los humanos no.

La presencia de gatos tiene otras aristas. En el cementerio de Boulogne, los perros se encargarían de mantener a los felinos alejados. El caso del Central es diferente. A partir de varios testimonios recopilados, se calcula que en él habitan entre veinte y treinta animales. Para algunos de los trabajadores, los gatos son “salvajes”. La única excepción parece ser una gata que se muestra amigable, que tiene muchos años, está castrada, pasa mucho tiempo cerca de la administración y cuyo nombre es conocido por todos: Luna. El resto aparece caracterizado como un conjunto indiferenciado. Incluso refieren un episodio en el que Zoonosis asistió al cementerio con la intención de llevárselos y no pudo capturar ni uno solo. Hay quienes los asocian directamente con la suciedad que se genera en algunas bóvedas o incluso en el osario: “están arruinando todo”, afirman. Otros discursos, en cambio, los destacan a los roedores: “preferible gatos y no ratas”. También aparecieron expresiones en las cuales los gatos del cementerio eran pensados como una categoría particular: no serían simplemente felinos, “tienen algo en la mirada”, sugiriendo que estos animales encarnan otros seres. Una señora suele visitar el cementerio por las tardes para darles alimento, leche y píldoras anticonceptivas. Ella los llama por sus nombres (entonces, escuché otros nombres) y los gatos se van haciendo presentes entre las tumbas. Para algunos de los trabajadores, ella “se ocupa”. Evidentemente, como afirma Mary

https://www.clarin.com/sociedad/murio-capitan-perro-cordobes-visito-tumba-dueno-11-anos_0_HJCyoKFPz.html

En ambos casos es posible identificar algunas recurrencias en el tratamiento de la temática: no son perros “de raza”, se destacan el amor y la fidelidad para con su respectivo “dueño” en una relación que continúa después de la muerte de este y en la que el animal identificaría el lugar en el que se halla para quedarse junto a él; se despliega una historia en la que hay faltantes de información y/o situaciones que no se llegan a explicar del todo o sobre las que hay versiones diferentes (cómo arriban los perros al lugar, cómo encuentran las tumbas de sus dueños, por ejemplo). En el caso de Peque, además, hay varias versiones que afirman que el can no permanece junto a la tumba de su dueño, sino junto a la sepultura de un niño que amaba a los perros. Capitán, el perro cordobés, tiene su estatua en el cementerio municipal de Villa Carlos Paz desde 2019.

Douglas, la sociedad no es tal en esencia, sino que depende de quien mira (Douglas, 1973: 14).



El día en que Luna se dejó fotografiar. Fotografía propia.

En este apartado ubicamos aquellas perspectivas en las que la necrópolis se construye como un espacio en el que se manifiesta lo sobrenatural. Esto no siempre es lineal, por el contrario, frecuentemente viene acompañado de vacilaciones y preguntas. Sin embargo, ante las dudas, las explicaciones que prevalecen terminan siendo aquellas que se orientan hacia la mirada encantada, es decir, que entienden que sonidos, apariciones, animales, sombras, cambios bruscos de temperatura son moneda corriente y dan cuenta de ese “algo” que no puede explicarse desde la racionalidad occidental. Asimismo, el cementerio condiciona y constituye las experiencias de los actores, ya que es factible “llevarse” cosas de él. De esta manera, lejos de concebirlo como un sitio inerte o dado, se presenta como

un espacio constituido por las narraciones y experiencias de los sujetos que lo habitan y a quienes simultáneamente constituye.

3.1.3. "Cosas raras", "casualidades", "cosas fuertes": el régimen híbrido/intermedio

Un trabajador de campo, con experiencia en este y otro cementerio, cava una fosa para sepultar un cuerpo cuando se encuentra, junto a ella, con una moneda que tiene la imagen de las Islas Malvinas. Este hecho le llama la atención y se pregunta a sí mismo quién puso la moneda ahí, cómo llegó a ese lugar. La pieza está oxidada y a él siempre lo conmovió la causa Malvinas: "Encima yo colecciono monedas", me explica. Poco después se entera de que el cuerpo que está por ser inhumado en esa tumba es el de un joven soldado.

En sus propias palabras, si bien trabajando en el cementerio uno "naturaliza", suceden "cosas raras", "casualidades", "cosas fuertes" con la muerte. Entre las experiencias que relata menciona el ruido "inconfundible" del carro que se usa en las galerías de nichos. Sostiene que lo escuchó varias veces, fue a ver y no había nada. Esa situación se repite frecuentemente: la primera vez va a ver, la segunda también, la tercera no va más (indicando así que sabe que no verá nada, pero que el sonido lo escucha igual). En el ejemplo anterior, él mismo interpreta la moneda como una señal que puede ligarse a la identidad del fallecido, una extraña "casualidad".

Gran parte de los trabajadores están incluidos en este acápite que combina, de alguna manera, los dos anteriores. En efecto, el régimen naturalista y el encantado pueden coexistir. Notaremos aquí que los actores sociales expresan articulaciones en las que se materializan lógicas diferentes que pueden convivir perfectamente: alguien puede definirse como "ateo" e inmediatamente agregar que es devoto del Gauchito Gil; alguien puede afirmar que no cree en "nada" pero, luego, hablar de energías; alguien explica que jamás tuvo experiencias sobrenaturales en el cementerio, pero da cuenta de los pequeños rituales cotidianos que se efectúan con la finalidad de no "llevarse nada".

Veamos algunos ejemplos. Uno de los trabajadores de campo me explica que en su labor se absorben "muchas energías negativas". Fundamentalmente, entiendo que hace alusión a la tristeza y el dolor de otros, sentimientos con los que convive cotidianamente. La

misma persona descrea de las prácticas vinculadas con la umbanda y el africanismo¹⁹. Al respecto, asegura que dicen que la umbanda “te afecta si está destinado a vos”, y que, además, la creencia de que no hay que tocar las ofrendas es un “mito”. Me explica que él “las toca y no le da miedo”. Creo que parte de su evaluación de algunos rituales tiene que ver con que, muy probablemente, él será uno de los encargados de limpiar, porque, de hecho, refiere a la “suciedad” que generan. En un momento, se define como ateo. Cuando lo interrogo respecto de sus familiares, me cuenta que le dice a su abuela, sobre sus fallecidos:

"Los tenés ahí y se los están comiendo los bichos. Cremá [...] Es algo sin sentido [...] Hay un envase ahí que se está pudriendo [...] Yo soy partidario de la cremación [...] No somos nada [...] Somos nada [...] Me impresiona cómo funciona el ser humano y después somos nada".

Él me habla de cómo nos comunicamos, por ejemplo, en ese momento, señala cómo estamos hablando él y yo, y afirma que después: "Somos polvillo". La referencia al “polvillo”, además, tiene una explicación literalmente ligada a su tarea. En efecto, me cuenta que “las costillas son de lo primero que desaparece, yo lo veo, un polvillo”. Afirma que tiene más dimensión estando “acá” (en el cementerio). Minutos más tarde hablamos sobre el Gauchito Gil y me cuenta que se hizo devoto de él porque tres veces le pidió y le cumplió inmediatamente²⁰. Luego, se detiene a narrarme esas historias.

Entonces, el mismo actor se define como ateo, pero es devoto del Gauchito Gil, sostiene que “somos nada” y refiere al aspecto más material de la muerte, como la desintegración

¹⁹La umbanda es una religión de matriz afro. De acuerdo con Alejandro Frigerio (2023), existen diferentes variantes de religiones afroamericanas sobre la base del modo en que se han combinado en los distintos países cuatro elementos: las creencias de los pueblos africanos, el espiritismo europeo, el catolicismo de españoles y portugueses y las creencias de pueblos originarios (Frigerio, 2023). Sobre la umbanda como puente entre el catolicismo popular y el africanismo, ver Frigerio (1999).

²⁰La devoción por el Gauchito Gil se extendió fuertemente en Argentina en la década del '90. Es un santo popular cuya historia comienza en el siglo XIX en Mercedes, provincia de Corrientes. Se trata de “un trabajador rural, injustamente perseguido y muerto por la policía, que robaba a los ricos para ayudar a los pobres y que logró después de muerto no sólo impedir que el dueño del campo, el intendente y el ingeniero de rutas movieran la cruz que recordaba el lugar de su muerte sino que también tuvieron que reconocer su poder milagroso” (Carozzi, 2006).

de los huesos, pero también habla de la absorción de energías, aunque no cree, al menos parcialmente, en las prácticas de las religiones de matriz afro.

Otro de los trabajadores, también con experiencia en otra necrópolis, me dice que escuchó ruidos en una bóveda. Que fue a revisar y no había nada, pero que los ruidos venían de ahí. Cuando le pregunto si hace algo cuando se va del cementerio, menciona que hay gente que se va de espaldas, persignándose para "no llevarse nada". Dice que, a veces, le hacen sacarse los zapatos antes de entrar a su casa. Narra también una ocasión en la que él llegó y su pareja notó una especie de luz brillante que salía de su espalda. Se sugiere aquí que se había "llevado algo" del lugar, pero que él no era capaz de percibirlo, sí otras personas.

Otro trabajador de campo, incorporado al cementerio hace unos pocos años, sostiene que nunca le pasó nada sobrenatural ni raro. De acuerdo con él, eso es sugestión, y lo asocia más a la mente de las personas. Me aclara, además, que él no cree en "nada". Luego, me cuenta que está leyendo un libro que habla sobre las energías y que en eso sí cree, que hay buenas energías y malas energías. Su lectura del fenómeno tiene directamente que ver con las relaciones sociales: entiende que hay gente que tiene buena y mala energía y que, de alguna manera, eso se percibe y genera consecuencias.

Vinciane Despret (2021) enfatiza la relación de los muertos con un lugar: "No solo los muertos les generan problemas a los vivos -ubicar sitios, inventar lugares- sino que son literalmente geógrafos. Dibujan otras rutas, otros caminos, otras fronteras, otros espacios" (2021: 25). En efecto, a partir de diferentes investigaciones sobre la temática y del postulado de dejarse "instruir" (2021: 36), Despret, siguiendo la línea de pensadores como Bruno Latour y Donna Haraway, entre otros, indagará en los distintos "modos de existencia" (2021: 20) que se trazan en las relaciones entre vivos y muertos. La autora afirma que los muertos deben ser situados en un lugar y, en ese sentido, deben ser primero, "instalados", y luego, "instaurados" (2021:23). Despret afirma, además, que "los muertos convierten a los que quedan en fabricantes de relatos" (2021:24). Es decir, espacio y narrativa son dos instancias cruciales. Afirma también, al respecto, que "Las historias necesitan espacio" (2021: 32). Si bien ella trabaja con los propios muertos (2021), también indaga en la conformación de muertos "en común", muertos que generan comunidad (Despret, 2024). En este sentido, la narrativa tiene un rol trascendental para darle "densidad" al fallecido, para "reactivarlo". Según Despret (2021, 2024), no se trata de elaborar un duelo en los términos tradicionales de la Psicología, sino, al contrario, de

tejer relaciones, de constituir continuidades de existencia. El arte, el lenguaje de lo onírico cobran especial relevancia en estos relatos, así como también la cuestión de las sincronicidades. Señales, extrañas coincidencias, manifestaciones sutiles dejan la puerta abierta a otros modos de existencia.

En una entrevista, un extrabajador con amplia experiencia en la necrópolis me explica la importancia de respetar lo que la gente quería: “Cada uno el dolor lo vive como puede”, afirma. Menciona que hay “miles de historias así”, para hacer referencia a la necesidad de alguien de llevar un objeto a una tumba (peluches, cigarrillos, etc.). Aunque el tiempo ha pasado, es posible percibir que sostener las ofrendas sigue siendo la constante: he visto una campera de Boca Juniors sobre una sepultura, un día. Estaba encima de ella, como “tirada” allí. Un mes después volví y la campera, dobladita, yacía aún sobre la tumba.

Uno de los trabajadores más antiguos, con experiencia en este y otro cementerio, asegura que él nunca sintió “nada raro”. Me cuenta que otros dicen que sí, que les han pasado cosas, pero que a él nunca le sucedió nada. Un rato después, cuando le pregunto si hace algo al irse del cementerio, me da a conocer una oración que suele decir: “Que me vaya como llegué. Que no me lleve nada”. Luego, aclara que se refiere a “cosas que se ven o invisibles”. En este punto podemos observar que hay una mención a la posibilidad de “llevarse” algo material, por ejemplo, en el calzado, pero también a chance de cargar con algo “invisible”.

Esto da cuenta de una hibridación entre las lógicas anteriores y significa que aquello que podría leerse en términos de contradicción o, cuanto menos, de ambigüedad, como las situaciones que estamos abordando en este apartado, debe ser planteado del modo en que lo explican los actores y no debe pensarse como pasible de ser simplificado para ingresar en categorías preexistentes. Esta sección da cuenta de que los actores conviven con esa hibridación, articulando los regímenes naturalista y encantado. Como en otros órdenes de la existencia, solo es posible encontrarnos con estos matices en el marco del trabajo etnográfico, dado que muchas de estas historias aparecieron a lo largo del tiempo y a través de conversaciones descontracturadas. Entonces, aun cuando un actor puede definirse de una manera cuando se le pregunta, por ejemplo, como ateo, puede también manifestar diversas creencias (Williams y Robertson, 2023) que se desprenden de sus prácticas.

Un extrabajador menciona en una entrevista que, al trabajar en el cementerio, la gente siempre le pregunta por historias de fantasmas. Estamos por terminar la entrevista y yo había olvidado preguntarle por ese tema. Afirma que muchas veces han sucedido “cosas raras”. Sin embargo, agrega: "Vos estando ahí no le tenés miedo." Cuenta que, en ocasiones, se disparaba la alarma y él debía ir a desactivarla porque parte del personal de cuidado comunitario no quería entrar al cementerio de noche. Hay algo intransferible, entonces, en ese “estar ahí”.

Me cuenta que una vez él atiende a una señora que viene a avisarle que, mientras ella arreglaba el nicho de su marido, había visto a una nena sola sentada llorando en el panteón. La señora habló con ella, pero luego se dio vuelta y la nena “no estaba más”. Mi interlocutor solicita a “los muchachos” (trabajadores de campo) que vayan a buscar una nena que estaba sola por ahí, estimaban que quizás se escondió jugando y se separó de sus padres. Los trabajadores regresan poco después sin haberla encontrado.

Entonces, él mismo agarra una fotocopia del documento de una nena y se la muestra a la señora, sin decirle a quien pertenecía. Solamente le mostró la foto y le preguntó: “¿Es esta la nena que vio?”. “Sí”, respondió la señora. La señora la reconoció. Pero nunca supo que la imagen que estaba identificando era del documento de una nena que había sido inhumada una semana antes. Los empleados, en cambio, que sí tenían esa información, estaban muy sorprendidos. Durante un tiempo, después de ese episodio, algunos trabajadores notaban en la necrópolis "juguetes que aparecen desparramados", como si la nena estuviese haciendo travesuras.

En el caso de este último interlocutor, lo incluimos aquí porque refiere a “cosas raras” que le han sucedido. En otros sentidos, su lectura del cementerio es racional, pero hay también un halo de indefinición al referirse al contacto con lo “sobrenatural”. Aunque la historia anterior no lo tiene como protagonista directo, él es parte crucial de ella y, en este sentido, podría vincularse también con el régimen anterior.

3.2. Mediaciones y mediadores

En su teoría del actor-red, Bruno Latour (2021) define lo social como un tipo de relación (2021: 19), como un “movimiento de asociación y reensamblado” (2021: 21) del que forman parte actores humanos y no humanos. El autor reconoce, además, la figura de los

mediadores en contraposición con la idea de intermediarios: mientras que los intermediarios son solamente un vehículo para transportar o transmitir algo, los mediadores “transforman, traducen, distorsionan y modifican el significado o los elementos que se suponen deben transportar” (Latour, 2021: 63).

En el marco de nuestro trabajo, la espacialidad descrita en el capítulo primero podría ser entendida como una mediación: se construye y es construida mediante prácticas. Pero las mediaciones son muchas más que las de la materialidad de las prácticas asociados con los artefactos y el espacio del cementerio, en esos ámbitos también resultan significativas otras mediaciones entre vivos y los muertos. En el capítulo segundo desarrollamos algunos rituales cotidianos que también operarían como mediaciones en la experiencia cotidiana del trabajo mortuorio. En este capítulo hemos mencionado oraciones, narrativas -que se construyen sobre la base de experiencias propias y/o ajenas-, explicaciones, objetos, sonidos, sombras, sensaciones táctiles, apariciones, animales.

En esta dinámica los actores son parte de una red en la que se trazan relaciones entre ellos, el barrio, el espacio de la necrópolis, sus tareas, otros vivos, muertos, agentes no humanos. Esta red no es preexistente ni está definida de antemano: al contrario, se trata de rastrear los vínculos y los movimientos, tarea crucial para detenernos en lo que ellos *hacen*. (Latour, 2021:187).

Por otro lado, desde el punto de vista de las relaciones entre frequentadores al cementerio y trabajadores, estos últimos constituyen una parte de la red del vínculo entre deudos y muertos. Los trabajadores del cementerio no son simplemente vehículos, orientan, escuchan, acompañan e imprimen sus propios sentidos a las prácticas, dentro y fuera del cementerio.

Si bien, como hemos indicado, hay una diferenciación entre los muertos propios y los ajenos que es transversal a las prácticas de los trabajadores, considero que, en el caso del Central, estos últimos son actores clave en el proceso de generar continuidad entre vivos y muertos: hacen a las veces de guías, de “psicólogos”, escuchan, orientan, asisten, contienen a los deudos. Y, simultáneamente, inscriben esos procesos en sus trayectorias vitales, gestan sus propios sentidos, sus propias materialidades, sus propios recorridos y narrativas en la necrópolis y en sus vidas.

3.3. A manera de conclusión

Hemos recorrido perspectivas diferentes que sistematizamos en torno a tres regímenes de mediación entre vivos y muertos. En función de sus características, los denominamos naturalista, encantado e híbrido respectivamente. Consideramos, sin embargo, que estas categorías no son excluyentes y que queda mucho por explorar.

Hemos distinguido la noción de mediador de la de intermediario: mientras que la última refiere solo a un vehículo, un instrumento que parece no incidir en una relación, y tiende a reducir lo social a explicaciones de causa y consecuencia, la primera se propone rastrear lo social en su complejidad y dinamismo. Cada instancia de mediación, además, implica la posibilidad de múltiples formas de agenciamiento.

Lejos de pensar a los trabajadores como seres pasivos, la categoría de mediadores da cuenta de cómo estos actores intervienen en los procesos de los que forman parte de alguna manera. Y en esas intervenciones habitan la necrópolis, la transforman, construyen narrativas y espacialidades.

El cementerio constituye una red material e inmaterial de relaciones entre vivos-muertos. Los trabajadores son parte sustancial de esta red y sus vínculos con los muertos se hallan mediados por la espacialidad, como mencionamos en el primer capítulo. Además, sus propias actividades laborales, sus rutinas y concepciones acerca de sus tareas y de la muerte en general fueron descritas en el segundo capítulo. En este tercer capítulo, hemos caracterizado modos de vinculación con los muertos que pueden tener distintos matices y formas, pero que están directamente vinculados con el ejercicio cotidiano de habitar la necrópolis. En este sentido, explicaciones, narrativas, objetos, experiencias sensoriales de diferentes órdenes (sonidos, sombras, sensaciones táctiles, entre otras), oraciones, apariciones, animales son instancias que median en sus propias relaciones con los muertos y que nos permiten dar cuenta de la riqueza, el dinamismo y la complejidad de esa red.

Consideraciones finales

Todo proceso de escritura es también un proceso de mediación y una tesis, en consecuencia, es el resultado final de una serie de largos caminos recorridos. Como esta es además una tesis en antropología, una de las premisas que me propuse fue dar cuenta de ellos. Hemos procurado aquí organizar información recabada durante el trabajo de campo. Mucha de ella, en un primer momento, se me presentaba como accesorio o poco relevante. En gran medida, esas percepciones se fueron transformando a medida que pasaba el tiempo y conforme el proyecto se fue delineando.

Les debo mucho a los trabajadores y extrabajadores del cementerio Central porque, mediante las conversaciones y los momentos compartidos, aprendí de ellos lo que solo ellos pueden enseñar. Y en ese ejercicio de aproximarse al mundo desde otras perspectivas, también repensamos, problematizamos y hasta transformamos las propias.

Esta tesis se inscribe dentro de los estudios de la antropología de la muerte y pone especial atención en el cementerio como sitio. En este sentido, hemos tratado de manifestar la importancia de poner en diálogo diferentes líneas de investigación que tienen como eje los espacios funerarios a partir de la etnografía como modo de construcción del conocimiento. Pretendemos, así, focalizar en los actores que constituyen y habitan la necrópolis. Mi objetivo general fue tematizar las formas de habitar este espacio cotidianamente a partir de tres dimensiones: la construcción de la espacialidad, el trabajo mortuario y las relaciones entre vivos y muertos desde la perspectiva de los trabajadores del cementerio.

En el primer capítulo hemos trazado un recorrido que va de lo general a lo particular: caracterizamos brevemente el municipio, los otros espacios funerarios del partido, el barrio. Además, rastreamos los orígenes de la necrópolis que nos ocupa para observar algunas de las correspondencias más frecuentes que se entablan con otras surgidas en contextos próximos. En esta línea, explicamos algunas de las asociaciones frecuentes que se hacen entre nuestra necrópolis y el cementerio de la Recoleta. La antigüedad del Central y ciertos rasgos históricos y estéticos, además, le otorgan para los actores un valor particular y lo tornan inescindible de la memoria barrial.

La última sección de este capítulo se aboca al análisis de las prácticas de los actores en relación con la espacialidad. Consideramos allí también la noción de *memoria colectiva*

para indagar en las relaciones entre el cementerio y su barrio y enfatizar, además, que la memoria no solo debe pensarse desde la perspectiva temporal, sino también desde la espacial.

En el segundo capítulo, hemos abordado la condición del “trabajo mortuorio” (Sudnow, 1971) y nos hemos centrado en nuestra unidad de análisis: el trabajador del cementerio. La mirada se pone aquí en las experiencias de los actores, en sus percepciones, acciones, manifestaciones y sensaciones. Asimismo, hemos explorado los aspectos de sus tareas que han naturalizado, los actos que se han tornado rutinas y las dimensiones que siguen presentándose como límites o instancias que los afectan ineludiblemente. Es este marco y en nuestro caso, hemos considerado que el estatuto de trabajador del cementerio les ha permitido a los protagonistas de la etnografía ser partícipes y testigos de las transformaciones y de los climas de época en torno a la necrópolis. Es por eso que hemos dedicado un acápite a lo que los mismos trabajadores denominan “la cultura del cementerio” y su caracterización general.

En el capítulo final, nos hemos focalizado en las relaciones entre personas vivas y personas muertas. Para dar cuenta de ello hemos organizado a través de tres regímenes diferentes las relaciones entre vivos y muertos. Ninguna de estas categorías excluye a la anterior, de hecho, nos parece más interesante trazar continuidades entre ellas que pensarlas en términos de oposición. A partir de las experiencias de los actores, hemos sistematizado tres regímenes: el naturalista, el encantado y el híbrido. Hemos explicitado aquí, además, una idea que es transversal a la tesis en general: la que propone al cementerio y a los propios trabajadores como parte de una red en la que se generan diferentes instancias de mediación -y no de intermediación- entre vivos y muertos. Las mediaciones pueden ser de diverso orden: narraciones, oraciones, experiencias sensoriales, animales, objetos, apariciones, entre otras. Los mediadores no son inertes ni meramente transmisores: imprimen su sesgo, transforman, actúan sobre los objetos y los otros/as en ese ejercicio de mediar. Es por eso que nos parece sumamente relevante incorporar las perspectivas de quienes habitan la necrópolis, que no son homogéneas, que revisten de matices y de complejidades, y que hacen, sin duda alguna, a la construcción del espacio.

Es frecuente escuchar que el cementerio es un “espejo” de la ciudad de los vivos. Entendemos que estos espacios siempre “dicen” de sus contextos, suelen presentar relaciones de continuidad y de ruptura con los lugares de los que son parte. Sin embargo,

nos parece interesante, en este punto, problematizar la noción de “espejo”, ya que, si bien algunas lógicas se replican, la necrópolis no siempre se muestra como un reflejo transparente de su entorno. En todo caso, proponemos indagar en esas generalizaciones y no darlas por sentadas. La figura del “espejo” puede justificarse en muchos casos, en otros, en cambio, tiende a reducir el cementerio a su fisonomía arquitectónica e invisibilizar otras dimensiones, entre ellas, la de los actores.

Consideramos que, en el caso de nuestra necrópolis, la etnografía ha manifestado, además, cómo los límites pueden ser porosos. El adentro y el afuera del cementerio están en permanente contacto, no solo en términos de la memoria colectiva barrial, sino también a través de los trabajadores que habitan el espacio cotidianamente.

Los trabajadores del Central valoran y respetan el cementerio. Parecen concebirlo como parte de un patrimonio vivo, es por eso que lo definen como “un ícono” o “un lugar sagrado”, una “segunda casa”, un “lugar nuestro”. Ese sentido de pertenencia es un valor que convierte esta necrópolis en un espacio particular, pero, además, que pone en discusión cualquier noción de patrimonio que no los involucre como actores clave. Destacamos, en este sentido, el valor de la etnografía como modo de construcción de conocimiento, ya que ha permitido visibilizar matices y percibir sutilezas a las que no hubiésemos podido acceder de otro modo. En este punto es donde, entendemos, los trabajos etnográficos pueden aportar a no dar por sentada la categoría de patrimonio y, al contrario, a poner en relación los espacios funerarios con quienes los habitan en el día a día.

En mi última visita al campo, un domingo cerca de las diez de la mañana, conversábamos en las escalinatas del pórtico una guía del municipio especializada en patrimonio funerario, un trabajador de campo y yo. Allí, en mi presencia, acordaron dar forma a un pedido que varios de los trabajadores plantearon en reiteradas ocasiones: ser parte de una visita guiada por el cementerio. Se acordaría para una mañana de diciembre, bien temprano, alrededor de las siete, cuando todavía no hay tanta actividad, pero dentro del horario laboral. Se convocaría a quienes quisieran asistir. Yo enfatiqué que, en ese recorrido, ellos podrían ir narrando sus experiencias, ya que nosotras también aprendemos de ellos. Me parece que esos espacios de construcción colectiva son la clave para seguir pensando con otros y para “llevarse cosas”, de las buenas, del cementerio.

Bibliografía

ANGÉ, O. y BERLINER, D. (2015). ¿Por qué la nostalgia? *Terrain*, 65.

ARGENTINA. ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Estado de Buenos Aires. Gobierno. Libro X-28-1-12. Papel. San Isidro. Expediente sobre Construcción de un Cementerio (sic). (1852/07/14).

ARIÈS, P. (2012). *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días*. Adriana Hidalgo Editora.

BÉCCAR VARELA, A. (1981). *San Isidro. Reseña Histórica*. Talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina.

BLANCO, G. (2020). Cementerio Central de San Isidro, provincia de Buenos Aires. En LAJE, M. (Comp.). *Primera Guía de Cementerios de la República Argentina. Una sinfonía inconclusa 2020*, 62-64.

BLANCO, G. (2021a). *Patrimonio funerario sanisidrense. Historia de dos ciudades* [Ponencia]. XXII Encuentro de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales: “Los cementerios como museos a cielo abierto”. Catamarca, Argentina.

BLANCO, G. (2021b). La tumba de las chicas. Un mausoleo público en el Cementerio Central de San Isidro. *Revista del Instituto Histórico Municipal de San Isidro*, XXXIII, 31-44.

BLANCO, G. y GESUALDI, S. (2022). *San Isidro en los 200 años de La Recoleta. Lazos de unión* [Ponencia]. III Jornada de Historia de los Barrios del Fondo de la Legua, Villa Adelina, San Isidro.

BONDAR, C. (2013). Ofrendas para los angelitos. Cementerios públicos municipales de la provincia de Corrientes, Argentina y Sur de la Región Oriental del Paraguay. *Revista Sans Soleil - Estudios de la Imagen*, v. 5, n° 2, 92-104.

CALAVIA SÁEZ, O. (1996). *Fantasmas falados: mito, escatología e historia no Brasil*. Editora da UNICAMP.

CANELO, B. (2013). *Fronteras internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Antropofagia.

- CAROZZI, M. J. (2006). Antiguos difuntos y difuntos nuevos. Las canonizaciones populares en la década del 90. En MÍGUEZ, D. y SEMÁN, P. (Eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes: las culturas populares en la Argentina reciente*. Biblos.
- CISTERNAS IRARRÁZABAL, C. (2018). Percepciones de los Trabajadores del Cementerio sobre la Muerte: Estudio de Caso en Dos Cementerios de La Araucanía (Chile). *Papeles de Trabajo*, año 12, n° 22, 142-155.
- DE CERTEAU, M. (2000). *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- DE MASI, O. (2017). Del antiguo camposanto al cementerio central de San Isidro. *Revista del Instituto Histórico Municipal de San Isidro*, XXX, 117-129.
- DESCOLA, P. (2005). Más allá de la naturaleza y de la cultura. *Etnografías Contemporáneas*, 1, 75-96.
- DESPRET, V. (2021). *A la salud de los muertos. Relatos de quienes quedan*. Cactus.
- DESPRET, V. (2024). *Muertos a la obra*. Cactus.
- DOUGLAS, M. (1973). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo Veintiuno.
- DUCHE PÉREZ, AB. (2012). La antropología de la muerte: Autores, enfoques y períodos. *Sociedad y Religión: Sociología, Antropología e Historia de la Religión en el Cono Sur*, XXII (37), 206-215.
- ELIAS, N. (2011). *La soledad de los moribundos*. Fondo de Cultura Económica.
- ESTEBAN, P. O. (2017). *Entre ciudad y fábrica: las representaciones sociales y las prácticas laborales de los trabajadores del Cementerio de la Chacarita respecto a la muerte* [Tesis de Maestría, Universidad Nacional de San Martín].
- FERRÁNDIZ, F. (2009). Fosas comunes, paisajes del terror. *Disparidades. Revista De Antropología*, 64 (1), 61-94.
- FLORES MARTOS, J. A. (2014). Iconografías emergentes y muertes patrimonializadas en América Latina: Santa muerte, muertos milagrosos y muertos adoptados. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 9 (2), 115-140.

- FLORES MARTOS, J. A. y ABAD GONZÁLEZ, L. (Coords.). (2007). *Etnografías de la muerte y las culturas en América Latina*. Universidad de Castilla-La Mancha/Ministerio de Asuntos Exteriores/Agencia Española de Cooperación Internacional.
- FRIGERIO, A. (1999). Estableciendo puentes: Articulación de significados y acomodación social en movimientos religiosos en el Cono Sur. *Alteridades*, 9, n° 18, 5-18.
- FRIGERIO, A. (2023). La umbanda y otras religiones de matriz afro. En RUIZ DÍAZ, E. y REDONDO, M. (Coord.), *Devociones populares argentinas*. Biblioteca Nacional.
- GANDULFO, J. (2019). *La represión y el ocultamiento de los cadáveres: el caso de las tumbas de N.N. del cementerio de Grand Bourg (1976-1982)* [Ponencia]. Primeras Jornadas de Historia Reciente del Conurbano Bonaerense Norte y Noroeste, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- GOLFIERI, M. (2018). Estudios preliminares sobre el patrimonio funerario de Mar del Plata: el cementerio de La Loma. En BARILE, C. y CASTIGLIONE, C. (Comps.), *Morir no es poco. Estudios sobre la muerte y los cementerios*. Continente.
- GOODY, J. (1998) *El hombre, la escritura y la muerte*. Conversación con Pierre-Emmanuel Dauzat. Península.
- GORDILLO, G. (2010a). Deseando otro lugar. En GORDILLO, G. y HIRSCH, S. (Comps.), *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. La Crujía.
- GORDILLO, G. (2010b). *Lugares de diablos: tensiones del espacio y la memoria*. Prometeo.
- GUBER, R. (2004). El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento. En *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- HABER, A. (2013) Anatomía disciplinaria y arqueología indisciplinada. *Arqueología*, 19 (3), 53-60. Instituto de Arqueología, FFyL. UBA.
- HALBWACHS, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- JANKÉLÉVITCH, V. (2006). *Pensar la muerte*. Fondo de Cultura Económica.

- JELIN, E. y LANGLAND, V. (Comps). (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Siglo XXI Editores.
- LATOUR, B. (2021). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- LEENHARDT, M. (1961). *Do Kamo*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- LÓPEZ, A. M. y ROCO, J. (2011). *Museo Monumento a Perpetuidad, un proyecto cultural y social* [Ponencia]. XII Encuentro Iberoamericano de Valorización y Gestión de Cementerios Patrimoniales - V Encontro Nacional da Associação Brasileira de Estudos Cemiteriais, Salvador de Bahía, Brasil.
- LOZIER ALMAZÁN, B. (1995). *El Arcón de los Recuerdos. Crónicas sanisidrenses*. Editorial Abierta.
- MALINOWSKI, B. (1986). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Planeta-Agostini.
- MARONESE, L. (2005). Registros del Patrimonio Simbólico Acerca de La Muerte: Del Cementerio a la Calle y Viceversa. En *Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte*. Tomo II. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- MARTÍN-BARBERO, J. (1981). Prácticas de comunicación en la cultura popular. En M. SIMPSON GRINBERG (Comp). *Comunicación alternativa y cambio social, I América Latina*. UNAM.
- MARTÍNEZ, B. (2010). Rituales de muerte en el sector Sur de los Valles Calchaquíes. En HIDALGO, C. (Comp), *Etnografías de la muerte*. Ciccus.
- MARTÍNEZ, B. (2013). La muerte como proceso: una perspectiva antropológica. *Ciência & Saúde Coletiva*, 18, n° 9, 2681-2689.
- MEO LAOS, V. y PADULA, A. (2011). *Patrimonio y fuentes primarias* [Ponencia]. XII Encuentro Iberoamericano de Valorización y Gestión de Cementerios Patrimoniales y V Encontro Nacional da Associação Brasileira de Estudos Cemiteriais, Salvador de Bahía, Brasil.
- MINISTERIO DE JUSTICIA. SECRETARÍA DE DERECHOS HUMANOS. (14 de noviembre de 2023). *La Secretaría de Derechos Humanos señaló como sitio de memoria el Cementerio Municipal de Boulogne*.

<https://www.argentina.gob.ar/noticias/la-secretaria-de-derechos-humanos-senalizo-como-sitio-de-memoria-el-cementerio-municipal-2>

NÚÑEZ, L. (1970). *Los cementerios*. Ediciones Culturales Argentinas. Ministerio de Cultura y Educación.

PANIZO, L. (2010) Cuerpos desaparecidos. La ubicación ritual de la muerte desatendida. En HIDALGO, C. (Comp.), *Etnografías de la muerte*. Ciccus.

PANIZO, L. (2018). La corporeidad del muerto: exhumación e identidad en el caso de la Guerra de Malvinas. *Revista Antropologías del Sur*, año 5, n°10, 69 – 87.

RÍOS, D. (2023). El Bajo de San Isidro y las elites. Modernización, imaginarios geográficos e identidades de un paisaje de privilegio en tensión (1850-1940). *Revista de Geografía Norte Grande*, n°86, Pontificia Universidad Católica de Chile.

RIVERO, PEDRO E. (1999). Historia de la medicina en el San Isidro del siglo XIX. *Revista del Instituto Histórico Municipal de San Isidro*, XV, 93-98.

ROCKWELL, E. (2009). Reflexiones sobre el trabajo etnográfico. En *La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós.

SÁNCHEZ, A. (2020/2021). Uno trabajando en el Cementerio aprende lo que es la vida: Procesos de subjetivación y objetivación de restos humanos en el Cementerio San Vicente, Córdoba, Argentina. *Síntesis*, (11), 23-34.

SÁNCHEZ, A. (2021) Restos humanos: procesos de “objetivación” y “subjetivación” en el cementerio San Vicente. *Revista Museo Antropología*, 14, n° 3, 229-236.

SANDOVAL RAMOS, B. TESSONE, A. y MIRANDA DE ZELA, P. (2022) El uso de isótopos estables como herramientas en la identificación de restos humanos sin identidad: una propuesta de trabajo para el periodo de 1983 al presente. *Publicar*, año XX, n° XXXII.

SUDNOW, D. (1971). *La organización social de la muerte*. Editorial Tiempo Contemporáneo.

THOMAS, L. V. (1991). *La muerte, una lectura cultural*. Paidós.

TUMA, M. E., LALANNE, L. y ROTHKOPF, L. (2005). Los trabajadores del cementerio. En *Patrimonio cultural en cementerios y rituales de la muerte*. Tomo II. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

VISACOVSKY, S. (2008). Usos del espacio y creencias encarnadas: psiquiatría y psicoanálisis en un servicio psiquiátrico argentino. *Antípoda*, 6, 91-112.

VIVAS YEPES, V. (2023). “La muerte y sus espacios”. *Mundo Funerario Argentino*, junio, 16-17.

WILLIAMS, J., & ROBERTSON, D. G. (2023). “I Believe in Bees”: Belief, Reconsidered. *Implicit Religion*, 25(1-2), 1–14.